
Grupo Editorial
Portal
La inesperada
HIJA
del
MAFIOSO
Bajo la ley Lennox ⚖ LIBRO III
JÉSSICA MACEDO

La inesperada HIJA del MAFIOSO

Bajo la ley Lennox LIBRO III

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traducción

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Epílogo
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Un chico malo implacable.

Una fiscal decidida y firme.

Una bebé adorable que va a sacudir la vida de dos personas completamente opuestas.

River Lansky era un joven peligroso y heredero de la familia criminal más temida de la ciudad. Junto con su hermano, dictaba las normas del crimen organizado.

Deborah Lennox nació en una familia respetada de abogados y decidió seguir la carrera de fiscal, convirtiéndose en un nombre de referencia. Sin embargo, su decisión de apuntar a una familia peligrosa puso en riesgo toda su carrera y su vida.

El subjefe de la mafia de Nueva York tenía una misión: sacar de en medio a una fiscal que se creía una heroína, para que los Lansky pudieran seguir operando sin problemas. Pero había una química explosiva entre ellos, y cedieron fácilmente, lo que resultó en una bebé que se convirtió en el mayor desafío de sus vidas.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.



Capítulo uno

—Hola, Bob. —Puse mi bolso sobre mi regazo mientras me acomodaba en un pequeño taburete de madera junto a la barra del bar.

Aunque provenía de una familia de dinero, ir a lugares como esos me ayudaba a conseguir contactos y personas dispuestas a ofrecerme información importante para mis casos, a cambio de unos cuantos dólares.

—Hola, Deby. —Llenó un vaso con agua y me lo dio—. Lo mismo de siempre.

Antes de que me diera tiempo a responder, un hombre se detuvo a mi lado y se inclinó sobre el mostrador.

—Prepárale una margarita a la señorita.

Pasé la mano por mi rostro, apartando un mechón de pelo para poder verlo mejor. Lo primero que noté fue su blazer oscuro y la camisa blanca sin corbata. Tenía la barba bien recortada, y cuando se giró hacia mí, me llevé un susto, inclinándome hacia atrás.

—Lansky... —El nombre salió de mis labios en un susurro, casi como un suspiro. Me preguntaba si aquello no era un mal sueño.

—¡Deborah Lennox! —Esbozó una amplia sonrisa que habría resultado entrañable si no me hubiera provocado un terrible escalofrío que me recorrió la base de la columna vertebral y me heló.

Sentía que me enfrentaba al mismísimo diablo, pero su apariencia era demasiado seductora.

—Es un placer conocerla en persona, fiscal. —Me tendió la mano en un acto de cordialidad.

Me quedé mirando sus dedos largos y anchos, su mano era firme y pesada, con la fuerza adecuada podría hacer mucho daño, sobre todo con los músculos que llevaba bajo la camisa.

—¿Qué haces aquí? —Dejé de lado cualquier formalidad para ir directo al grano.

—Estaba por hacerte la misma pregunta. —Su sonrisa se amplió aún más y el escalofrío en mi espalda se intensificó—. No creo que un bar como este, a esta hora de la noche, sea un lugar seguro para una mujer tan hermosa como tú.

—No creo que a dónde vaya o deje de ir sea asunto tuyo.

—¡Ay! Esa me dolió. —Se rió—. Solo era un buen consejo, fiscal. Al final, el que avisa no traiciona.

—Nunca confiaría en un hombre como tú.

—¡Uy! Así me vas a hacer sentir ofendido. Estoy seguro de que podría ser una excelente compañía, ¿verdad, Bob? —Se inclinó para tomar la margarita del barman y me la ofreció.

—Sí, señor.

—*Mademoiselle*... —Me tendió el vaso y lo rechacé, aunque podía ver la preparación delante de mis ojos, temía que hubiera algún ingrediente que pudiera ponerme en desventaja—. Acéptala.

—No.

—¿Así que rechazas las bebidas que los caballeros te ofrecen?

—Solo de los más peligrosos.

—Suena inteligente de tu parte, o no tanto... —Dio un sorbo a su bebida y la volvió a dejar sobre la barra mientras me miraba de nuevo—. Tengo entendido que has estado haciendo preguntas sobre mi familia.

—Son poderosos y ricos. —Me encogí de hombros y bebí un poco más de agua—. Apuesto a que muchos buscan información sobre ellos.

—Digamos que una fiscal de lo penal llama más la atención.

—Obtener información no es ilegal.

—Hasta cierto punto. —Inclinó la cabeza y me tocó el brazo, rodeándolo con los dedos.

El firme contacto hizo que mis ojos se abrieran de par en par mientras una oleada me recorría, tomándome completamente desprevenida.

—Siga mi consejo, fiscal. Deje de hacer preguntas sobre mi familia.

—¿O qué? —Tiré de mi brazo, obligándolo a soltarme.

—Eres una mujer inteligente.

—¿Eso es una amenaza, River Lansky?

—Para quien entiende, pocas palabras bastan. —Mantuvo esa sonrisa arrogante, como si no acabara de lanzarme una amenaza disfrazada.

No había elegido esa profesión pensando que sería fácil o segura, de lo contrario habría sido mejor continuar en Lennox & Associates junto a Thomas. Como fiscal en Nueva York, a menudo tenía que ir en contra del criterio de mis hermanos y enfrentarme a situaciones que no me gustaban tanto, pero formaba parte de las decisiones que había tomado por mí misma. Creía que mi trabajo era muy importante para mantener la paz en la ciudad.

—Puedes guardarte tus palabras para ti. —Apreté los dientes mientras me levantaba, sacaba un billete de cinco dólares y lo ponía sobre el mostrador antes de abandonar el establecimiento—. Hasta otra ocasión, Boby.

Antes de llegar a la puerta, River fue más rápido y me agarró del brazo, haciéndome girarme hacia él en un acto reflejo.

—Espero no volver a tener esta clase de conversación contigo. Hay temas mucho más interesantes que podría discutir. —Se humedeció los labios.

Le empujé el pecho, irritada, y él retrocedió, sorprendido.

—Eres valiente.

—Aún no has visto nada. —Acomodé mi bolso y seguí caminando por la calle hasta llegar a mi coche, que estaba estacionado no muy lejos.

Si ellos pensaban que podían hacerme callar, pronto descubrirían que lidiar con una Lennox no era tan sencillo.



Capítulo dos

Demasiado bonita, pero igual de estúpida, pensé mientras me hundía en el asiento de cuero de mi auto.

Me miré en el espejo y me pasé la mano por el cabello, intentando lidiar con mi frustración. Deborah Lennox era una buena fiscal, había ganado varios casos para el estado con honores, pero la muy imbécil estaba adentrándose en un terreno peligroso que podría ponerla en una situación en la que yo preferiría que no se encontrara.

Desde que descubrimos que estaba intentando armar un caso contra nosotros, le aseguré a mi hermano mayor que me encargaría de todo. Pensé que sería mucho más fácil si solo me escuchara, pero las mujeres siempre eran tercas. Eso lo había aprendido de mi madre y confirmado con mi cuñada.

Arranqué el auto y conduje hacia la casa en el Upper West Side donde vivía con mi familia. Le diría a mi hermano que había hablado con la fiscal, aunque no era exactamente lo que él quería escuchar.

Me tomó un rato estacionar en nuestro garaje. Saludé a algunos de los guardias con un gesto de cabeza y me quité el saco antes de entrar a la sala. Por poco no me tropiezo con uno de los juguetes de mis sobrinos.

—Niños... —murmuré en voz baja.

Vinieran de donde vinieran, siempre ensuciaban y dejaban el caos a su paso.

Steven ya había asegurado la continuidad de nuestra familia y el control de Nueva York con esos dos, así que no tenía que preocuparme por dejar mi propio legado. Creía que todo estaba en orden tal y como debía estar.

Solo encontré empleados en el piso de abajo, así que subí, viendo a mi padre mirando la televisión en su habitación con la puerta abierta y a mi madre con cara de estar leyendo un libro. Ambos me miraron y solo asentí con la cabeza.

—¿Estás bien, hijo mío? —me preguntó mi padre, dándome una rápida mirada para asegurarse de que no había nada grave.

—Sí, solo lidiando con algo, pero nada de lo que debas preocuparte.

—Es sobre la fiscal. Tu hermano me comentó algo al respecto.

—Nos hemos enterado de que ha estado haciendo preguntas sospechosas sobre nuestro negocio.

—No es la primera vez que tenemos que encargarnos de alguien de la ley —dijo él, mientras mi madre solo levantaba la vista de su libro, sonriendo sutilmente antes de volver a leer.

Su tiempo en el FBI ya había pasado, pero apostaría que aún recordaba bien cómo era todo.

—Lo sé, lo sé. Ya le he asegurado a Steven que me ocuparé de ello.

—Si necesitas ayuda…

—Gracias, papá, pero sé bien lo que hago.

—De acuerdo. —No me contradijo.

Desde que había cedido el control del negocio familiar, mi padre había intentado mantenerse al margen, solo dando consejos cuando los necesitábamos.

Seguí por el pasillo hasta la puerta del dormitorio de mi hermano. Levanté el puño y me disponía a llamar cuando oí la voz de mi cuñada desde adentro.

—Dame más por atrás... ¡Ah!

Me alejé antes de escuchar algo más. La conversación con él tendría que esperar hasta el día siguiente. En el fondo, era mejor así, porque no tenía las mejores noticias que darle.

Claro que había problemas mucho más grandes que una fiscal tratando de armar un escándalo y meter a alguno de nosotros en la cárcel, pero siempre intentábamos no subestimar a nuestros enemigos.

Los rusos habían llegado a la ciudad, y desde el matrimonio de mi tía, la relación con ellos no era la mejor. También estaba la exnovia de mi hermano, quien lo había dejado para casarse con el pakhan. Si fuera por Steven, los mataría a todos, pero necesitábamos ser cautelosos. Una guerra en nuestra ciudad sería terrible para los negocios y atraería una atención innecesaria.

Abrí la puerta de mi habitación y encendí la luz. Miré a mi alrededor y vi mi escritorio. En la pared había muchos de mis dibujos, algunos más antiguos y otros más recientes. Desde que era niño, me gustaba dibujar a lápiz y papel, personas y entornos. Mi madre incluso me había

alentado a estudiar arte y tal vez aprovechar mi talento, pero para mí solo era un pasatiempo que a veces resultaba útil, o causaba problemas.

Me reí al recordar la reacción del hermano de mi cuñada cuando vio un dibujo que hice de su chica. Steven se enfureció conmigo, y mis padres también, pero en mi opinión no había nada malo en ello.

Las mujeres bonitas merecían ser inmortalizadas en ilustraciones, ¿no hacían eso los artistas del Renacimiento y otras épocas?

Me senté en el borde de la cama y empecé a quitarme la ropa. Iba a darme una ducha y a descansar un poco.

No dejaría de vigilar de cerca a la fiscal, y si no tomaba en serio mis advertencias, tendría que ser más directo.



Capítulo tres

—El estado de Nueva York contra la familia Lansky. —Señalé la pizarra que había montado con algunas fotos, reportajes y toda la información que había recopilado sobre esa familia en casi dos años de investigación.

La noche pasada no había podido dormir. Desde que River se acercó, empecé a pensar que tal vez estaba demasiado cerca de descubrir algo importante, tanto que ellos podrían estar planeando hacer algo.

—¿Has obtenido alguna información nueva? —preguntó Tatiana, esposa de mi hermano y ayudante en mi despacho, mientras analizaba la foto.

Desde que mi sobrino había crecido un poco más y ella había vuelto a trabajar conmigo, podía contar con una gran aliada. Aunque a veces era difícil separar su opinión de la de Tyler.

—Por desgracia, no. —Resoplé—. Mis fuentes se han callado. Imagino que las habrán coaccionado para que no hablen.

—Deborah, quizá no sea tan buen caso.

—¿No es un buen caso? —Quería gritar—. La familia Lansky ha controlado el crimen organizado en la ciudad durante décadas. Son responsables de las drogas que entran, el contrabando, las pandillas...

—Lo sé, pero son peligrosos...

—¿A cuántos criminales hemos enviado a la cárcel desde que trabajas conmigo? —Me crucé de brazos y me incliné hacia ella.

—Varios.

—Creo que Tatiana puede tener razón —comentó Dolores, que llevaba más tiempo trabajando conmigo.

—¿Tú también, Bruto?

—Estas organizaciones criminales son como hidras, Deborah. Cuando cortas una cabeza, otras dos aparecen en su lugar.

—Entonces, ¿por qué hay otros asesinos, no tenemos que detener a uno? —Me enfadé aún más.

—No me refería a eso —replicó.

—Creemos que hay que tener cuidado. —Tatiana intentó sortear la situación.

Las miré a las dos, pero no dije nada más. Si ellas siquiera sospecharan que River Lansky había venido a amenazarme de manera indirecta, harían todo lo posible para que me retirara del caso. Pero no había trabajado tanto para simplemente rendirme. Sí, los Lansky eran la familia más peligrosa de la ciudad, y precisamente por eso debía hacer algo.

No había dejado de defender a grandes empresarios junto a Thomas solo para cruzarme de brazos y ver cómo los criminales se apoderaban de mi ciudad.



RIVER Lansky

Capítulo cuatro

Me esquivé de un derechazo de Steven y salté hacia atrás, protegiendo mi rostro mientras me preparaba para contraatacar. Habíamos adquirido el hábito de entrenar boxeo juntos por las mañanas, lo que también nos daba la oportunidad de hablar sobre negocios mientras hacíamos ejercicio.

No había duda, aunque estuviéramos rodeados de seguridad todo el tiempo, todos teníamos que saber defendernos, de lo contrario estaríamos muertos en poco tiempo.

—Aún no me has contado si fuiste a ver a la fiscalcita ayer. —Se golpeó los guantes antes de intentar pegarme otra vez.

Esquivé, secándome el sudor de la cara y di unos pasos a un lado antes de responder.

—Lo intenté, pero estabas ocupado metiéndole la verga a tu mujer.

Él esbozó una sonrisa burlona y soltó una pequeña carcajada.

—Esa es la mejor parte del matrimonio, tal vez deberías conseguir una para ti.

—¿Para que me apuñale mientras duermo? No, gracias.

—Ya superamos esa fase.

—Prefiero seguir revolcándome con las putas de Manhattan.

—Siempre y cuando no vuelvas a meterle mano a una mujer comprometida.

—Tu cuñado es un imbécil, y ni siquiera intentaba conquistarla. Solo hice un dibujo.

—Tú y tus dibujos... —murmuró.

—Me han sacado de más problemas de los que me han causado.

—¡Claro que sí!

Me distraje y Steven me dio un puñetazo justo en el estómago, haciéndome tambalear hasta que me detuvieron las cuerdas que bordeaban el ring.

—Despierta —se burló.

—Estoy bien despierto. —Me abalancé sobre él, intentando golpearle la cabeza, pero mi hermano fue más rápido, se agachó a un lado y giró para golpearme en la espalda, pero conseguí girar y protegerme a tiempo.

Como represalia, intenté golpearlo en el pecho, pero se protegió. Sin duda, la noche anterior le había sentado bien, porque reaccionaba satisfactoriamente a mis ataques. Intenté hacerlo tropezar, pero fue su pie el que me rozó la barbilla y por poco evito que me noqueara. Parecía que yo iba perdiendo, pero cuando mi cuñada entró en el gimnasio acompañada de nuestro primo, le di un puñetazo a Steven, tirándolo al suelo.

—Eso es un golpe bajo —refunfuñó mi hermano.

—Ya deberías haber aprendido a no bajar la guardia.

—Los chicos se están divirtiendo, Otto —comentó Manuela, alternando la mirada entre nosotros—. Creo que se olvidaron de que tenemos trabajo por hacer.

—Solo estamos calentando, amor. —Steven le sonrió.

—Vayan a ducharse. Otto trae noticias del Queens, los rusos intentaron vender su droga a unas pandillas de por allá.

—Mierda. —Mi hermano saltó del ring y yo hice lo mismo, sabiendo que cualquier momento de relajación había terminado.

Ver a Manuela en los negocios no me resultaba extraño, porque había crecido viendo a mi madre al lado de mi padre, ayudándolo a manejar el negocio y tomar decisiones importantes. De cierta manera, veía algo de ella en la esposa de mi hermano, aunque la italiana era mucho más temperamental.

—Tenemos que hacer algo al respecto. —Steven expresó lo obvio que ya estaba en la mente de todos.

—Esta vez el mensaje tiene que ser un poco más agresivo —aconsejó Otto.

Mi primo siempre estaba en contacto con los líderes locales y entendía sus necesidades, pero, como buen diplomático, sabía cuándo era momento de pasar al ataque. Nuestro negocio no era para niños; involucraba una competencia feroz por el poder y, muchas veces, derramamiento de sangre.

—¿River? —Steven se volvió hacia mí, esperando mi opinión.

Mi hermano mayor era el jefe, el capo que dirigía la mafia de Nueva York desde que mi

padre le había traspasado ese papel, pero como segundo al mando, contaba con mi opinión para muchas cosas.

—Estoy de acuerdo con Otto. Los rusos tienen que saber quién manda en esta ciudad y no vamos a darles margen para que entren aquí. Si no luchamos contra ellos ahora, podrían acabar convirtiéndose en un cáncer que nos daría muchos más dolores de cabeza más adelante.

—Exactamente. —Manuela afirmó—. Mátenlos a todos.

—¿Otto? —Steven se volvió hacia su primo—. Encárgate de eso.

—No te preocupes, separaré a nuestros mejores hombres y prepararé un equipo para perseguir a los rusos por la ciudad. Se arrepentirán de haber puesto un pie aquí.

Con el asunto de los rusos resuelto, mi primo se levantó para encargarse de la situación, y los tres nos quedamos para discutir otros temas que no podían dejarse de lado, especialmente el suministro en las calles.



DEBORAH Lennox

Capítulo cinco

Mi hermano se acercó a mí y me besó la mejilla antes de rodear la cintura de su mujer con los brazos.

Reconozco que después de haber crecido con Tyler, no esperaba que se rindiera a la estabilidad de una relación monógama como lo había hecho Thomas, pero como solían decir, todo el mundo encuentra su media naranja en algún momento. Tati supo amarrarlo bien, y eso les garantizaba felicidad.

—¿Quieres que te deje en casa?

—No necesito que me lleves, Tyler.

—Solo intento ser amable. —Frunció el ceño.

—Gracias, pero estoy bien.

—¿Segura?

—Sí. Además, hay alguien a quien quiero ver antes de irme a casa. Estaré bien.

—Hasta mañana, Deby. —Tatiana me sonrió.

—Denle un beso a esa cosita adorable de mejillas gorditas de mi parte.

Se rieron.

—Por supuesto —aseguró mi cuñada.

Mientras ellos se alejaban por el pasillo, me despedí de Dolores y la dejé encargada de cerrar la oficina. Me dirigí a donde estaba estacionado mi auto y subí.

No podía pensar en otra cosa que no fuera ese caso. Había hecho de los Lansky la misión de mi vida y no veía una salida sencilla. Esa familia estaba tan enraizada en el crimen de la ciudad que sentía que, si arrancaba esa mala hierba, todo colapsaría.

Incluso podrían aparecer nuevos bandidos para ocupar su lugar, pero llevaría mucho tiempo y mientras tanto tendríamos una ciudad más segura.

Estacioné mi coche y caminé por el Central Park, dirigiéndome a una zona más apartada donde había quedado en encontrarme con una testigo. Julián Herrera era parte de un cartel sudamericano y uno de los principales proveedores de los Lansky. Había aceptado ayudarme a cambio de una reducción de pena y de traer a su mujer y a su hija, que estaban en una situación precaria en Venezuela. Ese hombre tenía muchas respuestas que podrían ayudarme a conectar los puntos y conseguir pruebas definitivas para acusaciones y arrestos.

Me apoyé en el tronco rugoso de un árbol, observando cómo los rayos del sol de última hora de la tarde atravesaban la copa. El parque era hermoso y atraía a muchos visitantes, lo que lo convertía en un buen lugar público para quedar con alguien cuando no querías levantar sospechas.

Ese hombre necesitaba el acuerdo que le había ofrecido, y no creía que no fuera a presentarse, a menos que algo le hubiera sucedido. Para ser sincera, desde que comencé esta investigación, muchas personas se habían negado a testificar, y otras simplemente desaparecieron. El miedo era una herramienta poderosa, y esos malditos sabían usarla muy bien.

Me removí cuando escuché el sonido de pasos sobre una hoja. A lo lejos, un hombre con el pelo castaño y gafas de sol estilo aviador se acercaba. A medida que se acercaba más, me di cuenta de que no era el hombre que esperaba, moreno y con rasgos latinos, sino alguien a quien no quería ver.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes y me puse a la defensiva.

—Hola, fiscal. —Se quitó las gafas, dejándome ver sus ojos marrones. Tenían un brillo que hizo que algo en mi interior se revolviera.

¿Cómo un tipo tan guapo puede estar metido en tanta mierda?

—Imagino que mi testigo no aparecerá.

—Tenía otra cita.

—¿Qué has hecho con él? —Apreté los dientes, resoplando como un animal rabioso.

—¿Yo? —Alzó una de sus perfectas cejas y su sonrisa sádica se hizo aún más intensa—. Yo no hice nada.

El muy imbécil supo esquivar muy bien mis preguntas para no comprometerse.

—Por supuesto que no. —Me reí, pero nerviosamente—. Hay mucha gente para hacer el trabajo sucio en tu lugar.

—Eso lo dices tú. —Se encogió de hombros.

—¿Dónde está? —repetí.

—Sinceramente, no tengo ni idea.

Se me hizo un nudo en la garganta y pensé que podría haber ocurrido lo peor. Era un hombre que se había metido en el negocio equivocado, pero no merecía ese final, sobre todo porque había aceptado ayudar al bando correcto.

—Me voy. —Di un paso hacia el lado, pero antes de que pudiera alejarme, River me agarró del brazo y me hizo girar hacia él.

Nuestros ojos estaban tan cerca que me quedé sin aliento. Aquello era una pésima señal, porque de todas las manzanas podridas de Nueva York, él era la peor para sentir algún tipo de atracción. Me enfurecí, lo que solo aumentó la tensión en mis muslos.

—¡Espera!

—¡Suéltame! —gruñí—. O gritaré.

—Conozco innumerables maneras de hacerte gritar.

—¿Es una amenaza?

—No tiene por qué serlo. —Acercó su boca a la mía y mi pelo se erizó con su aliento.

—Entonces déjame ir... —Bajé la voz, porque mis instintos me traicionaban.

—Estoy siendo cordial contigo, fiscal, pero temo que esta sea la última vez.

—¿Y qué vas a hacer, matarme? —Apreté los dientes aún más furiosamente mientras su mano no me soltaba.

—No me gustaría que pasara algo así. —Se acercó y noté que las pupilas de sus ojos se dilataban. Desde luego, la excitación no era lo mío y aquello se estaba volviendo cada vez más peligroso teniendo en cuenta que estábamos en bandos opuestos de aquella batalla por la ciudad —. Vuelve a hacer tu trabajo.

—Estoy haciendo mi trabajo. —Intenté apartar la muñeca, pero era mucho más fuerte que yo.

—Cambia tu enfoque.

—¿Solo porque tú lo dices?

—Se lo recomiendo encarecidamente.

—Maldito. —Intenté empujarlo con la mano libre, pero me agarró el otro brazo, y antes de darme cuenta, tenía ambas muñecas sujetas contra el árbol donde me había apoyado antes de que River llegara.

Sacudí el cuerpo y gemí, resoplando y jadeando para obligarlo a soltarme, pero parecía completamente inútil.

—Suéltame o gritaré.

—¿Gritar? —Se burló como si no le importara en lo más mínimo que mi escándalo pudiera atraer a alguien más. River Lansky me tenía atrapada, y solo por eso ya podría lograr que

pasara la noche en una celda—. Quiero ver cómo gritas con la boca ocupada.

No lo había visto venir e intenté liberarme una vez más, pero en cuanto sus labios tocaron los míos, me sentí completamente traicionada. Ya no sabía dónde estaba mi racionalidad, porque mi deseo me abrumaba.

¿Qué carajo, Deborah? ¡Aleja a ese hombre!, me grité cuando me soltó las manos para agarrarme por la cintura y apretarme aún más contra el tronco del árbol. Debería haberlo empujado los hombros, pero los rodeé y clavé las uñas.

Devoró mi boca, presionando mis labios hasta dejarlos doloridos, robándome el aliento antes de deslizarse por mi cuello, bajando hacia el borde de mi camisa, haciéndome sentir un calor intenso.

El palpitar entre mis muslos era frenético. *Tenía que decir que no...* Si nos pillaban besándonos, perdería toda mi credibilidad y mi caso, como otros en los que había trabajado, se iría a la mierda.

Debería decir que no...

No quería decir que no...

Eché la cabeza hacia atrás cuando tiró del escote de mi blusa e hizo saltar uno de los botones sobre la hierba.

No... ¡Oh, sí!

Su lengua rodeó mi pecho, y mordió suavemente, provocando una mezcla de dolor y placer que evaporó mi capacidad de pensar. Mientras dejaba marcas de dientes y chupetones en mis senos que sobresalían del sostén, su mano pesada bajó de mi cintura, subiendo por la parte interna de mis muslos, más allá del borde de mis medias, hasta alcanzar mi ropa interior.

—Suéltame. —Ahí se fue mi última gota de cordura cuando su dedo se deslizó por el delgado tejido ya empapado.

—¿De verdad quieres que te suelte? —Me acarició el clítoris bajo el encaje.

No pude responder, porque no podía admitir la verdad. Iba en contra de todo lo que creía. No es que pensara que una mujer no puede tener sexo casual, pero no con alguien como él. No en Central Park, al atardecer, con River Lansky.

—Lo sabía. —Celebró, como si hubiera ganado algo.

Sus dedos entraron en mi ropa interior, pero en vez de acariciarme, tiró de ella con fuerza, haciendo que se rasgara. No era de papel, pero así lo pareció cuando la rompió y la metió en su bolsillo.

—¡Te has vuelto loco! —Jadeando, le apreté los hombros.

—Es mucho mejor sin ella. —Finalmente, sus dedos comenzaron a provocarme, y creí que iba a perder la cabeza.

Separé lentamente los muslos en una silenciosa súplica de más y él se dio cuenta.

—Sí, abre las piernas para mí…

Hubiera odiado oír esa frase en cualquier otra situación. Yo no era una puta que simplemente abría las piernas para que un hombre me hiciera lo que quisiera, excepto que eso era exactamente lo que estaba pasando. El mayor problema era que, sinceramente, ni siquiera podía acusarlo de violación, porque estaba disfrutando demasiado, por muy malo que fuera, no estaba luchando contra los dedos que entraban y salían de mí, simplemente me revolcaba en ellos.

Probablemente me culparía el resto de mi vida por haberme sometido a algo así, pero de momento me limité a echar la cabeza hacia atrás y morderme el labio para no gemir. Estábamos en una zona más apartada del parque, sin cámaras y ya había empezado a oscurecer, pero si nos oían sabrían lo que estábamos haciendo.

Estaba temblando, mi interior pulsaba con cada embestida frenética de sus dedos, estaba enloquecida. Cuando pensé que River Lansky era el mismo diablo, supe que tenía razón, pero no pude evitar que me arrastrara a esa situación.

Subió por mi cuello, lamiendo y dejando mordiscos, y mordió mi labio inferior. Miré el brillo en sus ojos antes de que pusiera un dedo sobre mis labios, silenciándome.

—Shhh... —Con una mano sobre mi boca, usó la otra para desabrocharse los pantalones.

River agarró mis muslos, y tuve que contenerme para no gritar mientras me levantaba contra el árbol, acomodándome para que se metiera en mí.

Cuando me penetró, rodeé su cintura, cruzando las piernas y clavé mis uñas en su espalda. Mi boca terminó en su cuello, donde mordí para no dejar escapar ningún sonido mientras él me empujaba más y más contra el árbol.

No era virgen, había tenido aventuras y novios, pero eso estaba muy lejos de cualquier locura que se me hubiera ocurrido.

Ah... Por lo que más quieras...

No puede ser tan bueno, no debería estar disfrutándolo tanto.

Quise empujarlo, pero solo lo apreté más fuerte.

Sentía mi espalda chocando contra el árbol mientras él se hundía en mí. Estaba tan mojada que su verga entraba con demasiada facilidad.

Cuanto más me decía a mí misma que debía apartar a aquel hombre, más se retorcía mi cuerpo de placer, como si no tuviera control sobre nada. Estaba allí, teniendo sexo con el subjefe de la mafia de Nueva York, y en lugar de gritar, solo quería gemir.

¡Maldito seas!

Me agarró del pelo y volvió a repartir mordiscos entre mi cuello y mis pechos que seguramente me dejarían marcas. Estaba segura de que el imbécil lo hacía a propósito, pero era imposible resistirse.

Cuando sentí que el placer se acercaba, creciendo y palpitando allí donde me llevaba, me rendí y lo dejé fluir, experimentando uno de los mejores orgasmos de mi vida. No fui la única en alcanzarlo, porque pronto sentí su líquido.

Necesité algunos segundos, o minutos, para recuperarme, y cuando finalmente dejé de temblar por el placer, junté todas mis fuerzas para empujarlo. Apenas River me bajó al suelo, me

arreglé la falda lo más rápido que pude y le di una bofetada.

—¡Ay! —Se sorprendió a sí mismo masajeándose la zona afectada, pero la sonrisa de quien celebra una victoria no desapareció.

—¡Acabas de cometer un delito!

—¿Delito? —Se rió—. ¿Segura? —Se acercó más y mi corazón volvió a acelerarse—. Un delito es cuando una mujer dice no, ¿tú dijiste que no?

Apreté los dientes, resoplando. No lo detuve, al contrario, lo permití hacerlo y quise que continuara.

—¡Cretino!

Estaba tan furiosa que quería darle una patada en los huevos. Lo habría hecho si la falda no me hubiera impedido moverme.

—Admite que lo necesitabas...

Intenté abofetearlo de nuevo, pero esta vez me esquivó.

Su risa solo alimentó mi rabia. Estar cerca de ese hombre ciertamente no sería beneficioso.

Salí corriendo, algo tambaleante, casi cayendo varias veces en el camino. Sentí su semen escurriéndose por mis muslos y apreté las piernas para que nadie lo notara, pero solo dificultaba más mi caminar.

Me di cuenta de que se me veía el sujetador, porque River me había desabrochado algunos botones de la blusa. La gente intentó acercarse a preguntarme qué había pasado, pero yo me limité a correr, quería alejarme de la escena del crimen lo antes posible.

Solo volví a sentirme segura cuando estaba en mi coche. Pero esa tranquilidad no duró mucho. Temía que se acercara, así que arranqué el coche y conduje hasta mi apartamento.



Capítulo seis

Me acerqué el dedo que había estado dentro de ella a mi nariz y lo olí. Era un deseo tan intenso que la fiscalcita no iba a poder negar. La había domado.

Una hermosa manera de domarla...

No pensaba cogérmela así, pero la calentura pudo más, junto con la necesidad de callarla. Esperaba que la próxima vez que viniera a buscarme fuera por más, y no para darnos problemas.

Antes de que pudiera saborear demasiado lo que acababa de pasar, mi celular comenzó a vibrar. Lo saqué del bolsillo y vi un mensaje de mi hermano.

Steven:

¿Dónde estás?

River:

Resolviendo un asunto.

Steven:

Necesito que vayas a la dirección que te envié, de inmediato. Creo que Otto necesita ayuda. Ya estoy en camino y mandé a otros hombres.

River:

De acuerdo.

Cuando vi la dirección parpadear en la pantalla, comprobé la pistola que llevaba en la parte trasera del pantalón y volví a mi coche, donde había otras dos armas y algo de munición. No podía imaginar qué tipo de dificultades podría haber encontrado mi primo, pero era mejor que estuviera preparado.

Conduje hasta un barrio del Queens, y antes de llegar al lugar específico, escuché los disparos. Parecía que venían de todas direcciones, intentando darle a los vehículos blindados en medio de la calle.

—¡Oh, mierda! —murmuré.

Podría terminar mi día con la imagen mental de la fiscal gimiendo mientras la penetraba, pero tendría que enfrentarme a problemas inesperados. Gajes del oficio, no había mucho que pudiera hacer.

Detuve el coche en una esquina, debía tener cuidado al acercarme. Saqué mi chaleco antibalas del asiento trasero y me lo puse antes de salir. Pistola en mano, seguí lentamente, intentando predecir dónde estaban los enemigos. Vi a un tipo en la ventana, disparando a Otto y a los soldados, pero no contaba con mi presencia. Le disparé en la cara y cayó hacia atrás. No podía saber si estaba muerto, pero fue suficiente para sacarlo del juego.

Lancé otro disparo, pero este rebotó en el metal de una ventana, alertando a otro tipo que se giró para dispararme. Tuve que correr y esconderme detrás de un contenedor de basura. Aunque no siempre iba al frente de batalla, mis padres me habían entrenado bien. La experiencia de mi padre y el entrenamiento de mi madre me convirtieron en lo que soy.

Fueron astutos, disparando desde lo alto de los edificios nos resultaba mucho más difícil acercarnos.

Me asomé desde el contenedor y dejé que Otto me viera desde el blindado.

—Cúbreme.

Asintió e hizo un gesto a uno de los hombres para que me acompañara.

El soldado rodó rápidamente por el suelo hasta detenerse a mi lado. Hice una señal a Otto, que empezó a disparar, lo que me permitió correr hasta la entrada del edificio y, con la ayuda del soldado, derribé la puerta y entré. Me cubrió mientras subía los escalones. Varios tiradores aparecieron en mi camino, pero como en los entrenamientos que mi madre había preparado, los fui eliminando uno por uno.

Mi movimiento dentro del edificio facilitó las cosas a Otto, porque él y los demás hombres no tardaron en seguirme.

Fuimos pateando puertas, entrando en apartamento tras apartamento. Hasta que en uno de ellos me encontré con un tipo apuntando hacia afuera. Me eché hacia atrás antes de que pudiera dispararme.

—Sería mejor que te rindieras y nos dijeras quién es tu jefe.

—Ustedes van a caer.

—Eso lo dudo.

El soldado a mi lado sacó una granada de su bolsillo y me la entregó

—Muerte a los Lansky.

—Hoy no. —Lancé la granada a la habitación.

Me encogí para protegerme de la explosión y pronto su culo saltó por los aires.

—¿Hay alguien más? —pregunté unos instantes después, cuando Otto subió las escaleras y se detuvo frente a mí.

—No, limpiamos todo.

—No creo que hayamos acabado con todos los rusos que nos van a dar problemas, pero mejor nos largamos antes de que esto se nos salga de las manos.

Saqué el móvil y envié un mensaje a mi hermano.

River:

Todo resuelto aquí.

Steven:

Perfecto, me doy la vuelta.

River:

Nos vemos en casa.

Steven:

De acuerdo.

—Vámonos. —Le di una palmada en el hombro a mi primo y salimos del edificio.

Subimos a nuestros coches y nos marchamos.



DEBORAH Lennox

Capítulo siete

Me iba a terminar atrasando, pero aún estaba frente al espejo en la suite de mi apartamento, tratando de cubrir con maquillaje los moretones que el maldito de River Lansky me había dejado en la piel. Sabía perfectamente que me había marcado a propósito, para que no olvidara lo que había pasado.

Pensé que esa era una razón aún mayor para seguir tras ellos, pero había una parte temerosa de mí que me recordaba el consejo de mi equipo y el peligro al que me estaba exponiendo si me metía demasiado en el asunto. No eran solo asesinos por impulso o ladrones; tenían el control de la mafia y la ciudad de Nueva York en sus manos.

Este caso era enorme. Tal vez debería buscar al FBI, mostrarles lo que ya había reunido y trabajar en conjunto, pero renunciar... ¡Nunca!

Apliqué más maquillaje hasta el punto en que era lo suficientemente espeso como para que no se viera el morado.

Solo pensar en él, en sus manos, su boca... me provocaba tanto deseo que me enfurecía conmigo misma. ¡Era un error! De todos los hombres en el mundo, él era uno con el que no debía involucrarme.

Tenía que ir a trabajar. Había una audiencia en la tarde y necesitaba dar lo mejor de mí para evitar que el asesino de dos hermanas quedara libre. Era un juicio con jurado, así que todo importaba, especialmente mi imagen. Si no me mostraba segura y clara en lo que estaba diciendo, todo el caso podría venirse abajo.

No servía de nada maldecir a River si seguía permitiendo que me desestabilizara así. Este juego no había terminado y él no iba a ganar.

Tomé el labial que estaba sobre el lavabo, me dirigí al cuarto, recogí mi bolso de la cama y las llaves del auto. Había llegado hasta aquí creyendo en mí misma y eso no iba a cambiar.

Bajé al estacionamiento y, antes de arrancar, vi que entraba una llamada telefónica por el tablero del auto.

—¿Mamá? —respondí en el tono más tranquilo que pude.

—Cariño, ¿cómo estás?

—¡Estupenda! —Podía mentir fácilmente—. ¿Y tú?

—Te extraño. Desde que se mudaron, esta casa se siente demasiado grande.

—Está lejos de todo y necesitamos estar aquí.

—Lo sé. Ustedes crecen y se van como si nada.

—Todos seguimos en Nueva York.

—Menos mal. —Se rió.

—Bueno, pero, ¿qué necesitas ahora?

—Yo y otras mujeres de la sociedad estamos organizando un acto benéfico para ayudar a las víctimas de delitos domésticos y pensé que tu presencia sería muy importante, ya que manejas tantos casos así.

—Mamá, sabes que no tengo tiempo para esos eventos de sociedad.

—Te haría bien. Sé que has estado encerrada en la fiscalía sin descanso últimamente. Eres joven y hermosa, mi hija. Un día mirarás atrás y verás cómo pasó tu vida.

—Me da la sensación de que solo quieres que vaya para presentarme un pretendiente.

—Hay muchos hombres en Nueva York esperando una bella esposa como tú, ¿lo sabías?

—No tengo el tipo de trabajo que la mayoría de ellos aprobaría.

—Es solo un detalle, cariño.

—Es mi vida, mamá.

—Me parece bien. Aún así me gustaría que vinieras. ¿Puedo contar con tu presencia?

—Veré lo que puedo hacer.

—Sé que puedes venir.

—Está bien, mamá. Necesito ir a la corte ahora, tengo una audiencia pronto.

—Buena suerte, cariño.

—Gracias.

Desconectó la llamada y respiré hondo mientras echaba la cabeza hacia atrás. Tal vez entretenerme con cualquier pretendiente que mi madre considerara digno de mí me haría dejar de

pensar en mi terrible error de tener sexo con River Lansky.

Ese maldito era mucho más astuto de lo que había imaginado, y me tomó tiempo darme cuenta. El sexo, sin importar las circunstancias, podía comprometer todo. Si se llegaba a saber, cualquier juez podría usarlo para desacreditarme.

La fiscal despechada que perseguía a un ex porque las cosas no habían salido como ella esperaba.

—¡Maldita sea! —grité desde el interior del coche, golpeando el volante con tanta fuerza que me sobresalté al oír el claxon—. Te odio, River Lansky.

Me estaba manipulando y, por lo visto, yo había caído perfectamente en su juego. Tenía que prepararme para enfrentar ese argumento y fortalecer mi caso lo suficiente para que no se desmoronara frente al juez y terminara haciendo el ridículo.

Ya podía imaginarme a Tyler diciéndome que necesitábamos más, que haber tenido sexo con él ponía en duda mis acusaciones. *¡Maldición!*

Quizá Tatiana podría ayudarme mejor con esto. Si ella defendía los argumentos desde un punto de vista neutral, tendríamos más posibilidades. Pero también estaría exponiendo más a la esposa de mi hermano y poniéndola en el mismo riesgo que yo. Ellos tenían un hijo que criar, y Tyler nunca me lo perdonaría.

Salí de la entrada de mi casa y me dirigí al juzgado. Si hablaba de ello con Thomas, imaginaba que la opinión de mi hermano mayor no diferiría de la que tenía por costumbre. *Mantente alejada de ese asunto, Deby.*

Sí, era arriesgado. No había entrado en esto sin prever los riesgos, pero no podía seguir siendo fiscal si cerraba los ojos ante los verdaderos culpables.

Ellos eran tan buenos que podían ocultar muy bien sus huellas y todas las transacciones. El dinero que llegaba a las cuentas de la familia estaba tan "limpio" que brillaba. Venía de restaurantes de lujo, hoteles, cafeterías y todo tipo de negocios donde el efectivo no requería registro del cliente final. Pagaban impuestos, y una fortuna terminaba en las arcas públicas. Para todos los efectos, no había razón para molestar a los Lansky; así, seguían siendo los emperadores absolutos de la ciudad.

Los rumores siempre estaban, pero nunca había pruebas. Incluso el porte de armas estaba justificado y registrado. Obviamente, nunca estaban cerca de grandes operaciones, siempre mandaban a sus secuaces a hacer el trabajo sucio.

Parecían intocables, pero yo estaba dispuesta a demostrarles que estaban equivocados.

Estacioné el auto cerca del tribunal y me apresuré a subir las escaleras. El lugar estaba lleno de abogados, fiscales y gente buscando justicia. Al doblar un pasillo, vi a Tatiana levantarse de un banco y caminar hacia mí.

—¿Dónde estabas? Pensé que llegarías tarde. —Me entregó una carpeta—. Aquí están los archivos del caso. Fueron actualizados esta mañana y parece que la defensa ha incluido un nuevo testigo.

—¿A quién?

—Un vecino que alega adulterio por parte de la víctima.

—Como si la infidelidad justificara un asesinato —murmuré.

—Lo harás bien. —Tatiana me sonrió.

—Gracias. —Asentí y entré en la sala, dirigiéndome a mi silla y levantándome justo cuando llegaba el juez.

Era un anciano que parecía próximo a la jubilación y tendía a fallar a favor de condenar a los sospechosos, lo que me favorecía, pero no significaba que fuera a ser fácil.

Estaba allí para hacer mi trabajo y durante un tiempo pude olvidarme del caso Lansky.



Capítulo ocho

Con un lápiz sobre una hoja de papel, acentué los rasgos del rostro de Deborah, transmitiendo un poco de su genial personalidad al dibujo.

Necesitaba otra inspiración en la que emplear mi tiempo y mis materiales, porque ése era ya el tercer dibujo de ella que hacía de un día para otro.

Me removí en la silla cuando oí unos golpes en la puerta que llamaron mi atención.

—¿Quién es?

—¿Tío River?

Sonreí al darme cuenta de que era mi sobrina.

—Hola, Melissa. Adelante.

Abrió la puerta y se acercó a mí, parándose junto a mi escritorio y mirando mi dibujo. La niña de ocho años era una mezcla de mi hermano y mi cuñada y parecía muy curiosa.

—¿Quién es esta mujer, tío?

—Solo alguien desconocida.

—Es preciosa. —Agarró la ilustración para verla mejor antes de que pudiera detenerla.

—Sí, lo es —murmuré.

—¿Alguna modelo?

—No.

—¿Tu novia?

—Ninguna de las dos opciones. —Me reí.

Imaginando a aquella fiscal de temperamento ardiente, sin duda ella aborrecería la idea de mantener cualquier relación con alguien como yo, por mucho que se revolcara sobre mi verga mientras la penetraba. Por supuesto, esa no era información que fuera a darle a mi sobrina.

—Pero, ¿qué querías aquí querida? —Le quité el dibujo y lo metí en un cajón con los otros dos.

Era mejor que mi hermano no viera esos dibujos, porque no quería que me causaran problemas.

—¿Tienes un lápiz rojo?

—¿Para colorear el moño de Minnie?

—No, para las gotas de sangre. —Me mostró un dibujo en blanco y negro en el que se veía un cuchillo con algunas manchas—. El tío Thiago dijo que parecía más realista con rojo.

Claro que el idiota de Thiago diría algo así...

—¿Qué tal si juegas a videojuegos con tu hermano y dejas que los adultos se ocupen de los cuchillos?

—Mamá me ha prometido que cuando sea mayor me enseñará a disparar armas de verdad.

—Sí. —Le acaricié el pelo castaño claro—. Cuando seas mayor, pero preocúpate de las cosas de niños por ahora, ¿de acuerdo?

Ella asintió, dejó caer el dibujo, pero me tomó de la mano.

—¿Por qué no vienes a jugar conmigo?

—De acuerdo. —Le sonreí y dejé que mi sobrina me llevara a la habitación donde estaban los videojuegos.

No tenía nada importante que hacer en ese momento y podía pasar un rato con ella.



Capítulo nueve

Después de una semana terrible con un caso perdido, un juicio aplazado y la desaparición de posibles testigos, hubiera preferido estar en casa, con una buena copa de vino, hundida en mi sillón.

Sin embargo, estaba entrando en el vestíbulo de un hotel cerca de la Quinta Avenida, dirigiéndome hacia el salón de eventos. Me recibieron en la puerta sin necesidad de decir mi nombre, obviamente los guardias sabían perfectamente quién era.

—Señorita Lennox. —Uno de ellos me sonrió y me ayudó a quitarme el abrigo, que se llevó para guardarlo.

Puse mi pequeño bolso a un lado de mi cuerpo y entré en el salón. El ambiente era muy refinado, con maravillosas arañas de cristal que colgaban de los altos techos y una espléndida decoración, que abusaba de las flores frescas y los detalles dorados.

Mi madre era un encanto la mayor parte del tiempo, pero nadie sabía cómo gastar dinero como ella. Y pensar que ese evento era para recaudar fondos contra la violencia hacia las mujeres.

Al igual que mi madre, varias otras señoras ricas de la alta sociedad de Nueva York dedicaban su tiempo a causas benéficas y hacían donaciones. A mí realmente no me importaba mucho en qué ocupaba su tiempo, mientras estuviera contenta y no me molestara con eso. Esta vez había sido bastante insistente. Ya podía adivinar cuáles eran sus planes para esa noche, y no me gustaba lo que se me estaba pasando por la cabeza.

—¡Deborah! —Me saludó en cuanto me vio.

Respiré hondo y me acerqué. Hablaba con un hombre de al menos treinta y cinco años, con algunos mechones grises en el pelo bien peinado y un smoking que reflejaba su cuenta bancaria.

—Querida, este es Harrison Johnson, un viejo conocido. Es un gran productor de Broadway que ha trabajado con muchos artistas. Le estaba contando lo mucho que te gustan las obras de teatro.

—Cuando tenía tiempo para verlas… —murmuré en voz baja.

—Siempre es bueno tomarse un poco de tiempo para apreciar el arte. —Se inclinó, esperando mi mano, y cedí.

El hombre dio un suave beso en el dorso de mi mano, y luego me miró directamente, sin disimular que estaba coqueteando.

—Encantado.

—Es un placer, señor Johnson.

—Puedes llamarme Harrison, Deborah.

—Gracias.

—Tu madre me estaba hablando del trabajo que has estado haciendo en la fiscalía. ¡Es maravilloso!

—No todos están de acuerdo con mis decisiones, pero siento que no podría estar en otro lugar.

—Debemos comprometernos con lo que hace que nuestro corazón hable más alto.

—Absolutamente.

Un camarero pasó junto a nosotros y el hombre tomó dos copas de champán, entregándome una a mí.

—Gracias.

—En absoluto.

—Bueno, ahora que se conocieron, los dejo para atender a los demás invitados. —Mi madre puso una mano sobre su hombro—. Cuida bien de mi niña.

—No se preocupe, señora Lennox.

—Sabía que ella me metería en una trampa. —Sonreí con cierta incomodidad mientras lo miraba de nuevo.

—Aún así viniste. Eso significa que merezco una oportunidad.

—Admito que eres bastante carismático, Harrison.

—Hago un esfuerzo. —Me guiñó un ojo.

La compañía de un hombre guapo durante unas horas no me haría daño, al menos era mucho mejor que las amigas de mi madre hablando de compras o quejándose de sus maridos

que, incluso jubilados, pasaban más tiempo con sus amigos que con ellas.

—Es una pena que el jurado haya fallado a favor de la acusada en el caso de Jane Winchester.

—En esos casos es muy difícil probarlo y el jurado siempre termina con una duda razonable... Veo que has hecho tu tarea. —Levanté una ceja al analizarlo.

—Tengo que admitir que tu madre ya me había comentado su intención de presentarnos.

—¿Así que estabas participando en la trampa?

—Por una buena razón. —Se rió.

—Lo recordaré.

—Espero que también recuerdes que hemos tenido una conversación muy agradable. —Sonrió de una manera que, lo admito, me hizo tambalear un poco.

Era un hombre guapo, tenía que admitir que mi madre había hecho una buena elección, pero eso no significaba que me casaría con él.

—Me encantaría que me acompañaras a un estreno la semana que viene.

No tuve tiempo de responder, porque sentí una mano tocar mi hombro antes de que pudiera decir algo.

—Estará ocupada la próxima semana y todas las demás a partir de ahora.

—Perdone, ¿quién es usted? —Harrison entrecerró los ojos, analizando al hombre que estaba detrás de mí.

Quería negar que fuera quien creía, pero esa voz y el inconfundible aroma amaderado lo delataban.

—Alguien a quien preferirás no conocer, payaso.

Me giré de golpe y casi choqué mis pechos contra su torso. River Lansky estaba detrás de mí, con un esmoquin negro, moño y el cabello bien peinado, igual que cualquier otro de los ricos invitados de este evento. No es que el dinero fuera un problema para él, pero no esperaba que lo invitaran.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Apreté los dientes y sujeté mi bolso con más fuerza.

—Asegurándome de que tengas un acompañante para el baile.

—Esto ya se está convirtiendo en acoso —gruñí.

—Acoso es cuando una persona no quiere que la otra esté cerca, y después de nuestro último encuentro, estoy seguro de que no es el caso...

—¡Cállate! —interrumpí antes de que dijera algo en voz alta que no quería que nadie oyera.

—Ella estaba ocupada —me guiñó un ojo, y sentí cómo mis mejillas se encendían, aunque no quería que eso sucediera.

Aquella rabia que crecía en mi interior no hacía más que alimentarse por su forma de

actuar y podía llevarme a cometer otro acto de locura del que me arrepentiría el resto de mi vida.

—Deborah, ¿quieres que llame a seguridad? —Harrison se sintió incómodo por una situación que ni siquiera él había esperado.

—No, ella no quiere. —River me rodeó la cintura con la mano y me acercó. Se me metió el corazón en la boca.

Tuve que controlarme para no convertir la fiesta de mi madre en un escándalo.

—¿Deborah? —Harrison me miró preocupado.

—No pasa nada. —Forcé una sonrisa, no podía explicarle por qué estaba en una situación tan incómoda.

—Hablaremos en otro momento.

—Sí.

Se alejó avergonzado y confuso y, en cuanto me di cuenta de que nadie me miraba, aparté a River.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Soy rico. —Sonrió, pasándose una mano por el pelo—. Puedo entrar a cualquier evento como este.

—¿Rico? ¿Con qué dinero...?

—Negocios familiares —dijo como si no fuera gran cosa.

—Negocios sucios…

—Los registros no coinciden con tu versión. Solo gente envidiosa hablando de más.

—Ni siquiera sé por qué he venido a esta fiesta —gruñí, pasando junto a él y saliendo del salón de eventos.

Mi madre se enfadaría conmigo por escaparme así, pero ya le inventaría una buena excusa en otra ocasión. Simplemente no quería tener que estar tan cerca de River otra vez, especialmente con tanta gente importante de la ciudad mirándonos. Sus apariciones solo empeoraban mi caso.

—¡Deborah! —Me siguió por el pasillo y me detuvo, agarrándome del brazo para que me volteara hacia él.

—¿De verdad quieres que pida una orden de restricción en tu contra?

—No creo que vayas a hacerlo. —Esbozó una sonrisa de suficiencia que solo hizo que la ira ardiera aún más.

No pude contenerme y volví a abofetearle la cara, intentando borrar aquella sonrisa de quien ya había ganado sin necesidad de que fuéramos a juicio.

—Agresión o acoso, ¿cuál conlleva la pena más larga, fiscal?

—Aléjate de mí.

—No.

—¿Cómo?

—No me voy a alejar.

Ese hombre debía estar dispuesto a volverme loca, y parecía que lo estaba logrando rápidamente.

Volví a empujarlo, pero antes de que pudiera volver a levantar la mano, River me agarró la muñeca y la inmovilizó contra la pared.

—¿De verdad quieres pegarme? —Acercó su cuerpo al mío y sentí que mis venas palpitaban locamente. El muy imbécil sabía muy bien lo que hacía.

—Quiero que desaparezcas.

—No... Sé que no es eso. —Se acercó, hasta el punto en que nuestras respiraciones se mezclaron y su boca estuvo muy cerca de la mía, pero no me besó, solo para excitarme aún más. Quería partirlo en dos con las uñas, pero sus labios tan juntos me parecían demasiado sabrosos.

—Así que, pequeña fiscal... —comentó en tono burlón—. ¿Qué vas a hacer?

—¡Te dije que me dejaras ir!

Me tomó la otra mano y la estampó contra la pared, atrapándome por completo.

—¿Para que vuelvas a coquetear con el idiota de allá adentro?

—Puedo coquetear con quien se me dé la gana —respondí, con mis labios a solo milímetros de los suyos—. Estoy soltera.

—Mmm...

Se detuvo, mirándome fijamente, y el ambiente entre nosotros se tornó aún más incómodo. Rogaba para que alguien pasara y detuviera aquella situación tan vergonzosa, pero no ocurrió.

Sentí que se me secaban los labios, que el corazón no me latía bien, como si hubiera perdido el ritmo. Cuando me di cuenta, ya me había inclinado hacia él, besándolo.

Las manos de River eran pesadas, firmes y muy fuertes, y cuando acabaron rodeándome la cintura, apretándome aún más contra la pared, me di cuenta de que ya había cedido a un camino muy peligroso.

Nuestras lenguas se entrelazaron en un beso salvaje mientras mis manos se dirigían a sus hombros, subían hasta su nuca y se adentraban en su suave cabello, tirando de él con fuerza, pero a River no parecía importarle. Aquel deseo casi brutal era violento, pero mi cuerpo no le tenía miedo, lo que lo hacía aún más enfermizo.

Me mordió el labio inferior y probé el ligero sabor a hierro de la sangre antes de que su boca descendiera hasta mi cuello. No tendría maquillaje suficiente para borrar todas aquellas marcas si seguía haciendo esto.

—Estamos en el pasillo del hotel —Logré articular, tratando de ser mínimamente racional —. Hay cámaras.

Aborrecía la idea de que un video mío teniendo sexo pudiera terminar en internet, y

menos con River Lansky.

—Vamos por aquí —dijo, tomándome por la cintura y empujándome hacia la primera puerta del pasillo, cerrándola tras nosotros.

Me tropecé con algo y me di cuenta de que era una escobilla de goma cuando cayó al suelo. El lugar en el que estábamos era una especie de armario escobero para las camareras, pero estaba oscuro y no parecía haber cámaras.

Fui empujada contra lo que me pareció una mesa, y River volvió a besarme. Fue mi turno de morderle la boca. Mis uñas subieron por su cuello, y supe que también le dejarían marcas. Mordí su garganta mientras sus manos apretaban mis pechos a través del vestido.

Sentí el roce de su miembro contra mí y toda racionalidad volvió a evaporarse. *¿Dónde estaba la centrada y sabia Deborah en ese momento?*

River me levantó y me hizo sentarme sobre la mesa, tirando productos de limpieza al suelo.

—No me rompas el vestido. —Supliqué, con la esperanza de conservar algo de decencia al salir de allí.

Se acercó más, posicionándose entre mis piernas mientras yo levantaba la larga falda para que no se rompiera.

—Buena chica —se burló en mi oído antes de mordisquearme la oreja—. Quizás hasta te ganes una recompensa.

Su mano se metió entre mis muslos y me bajó las bragas tan deprisa que no supe si me había roto otro par de bragas o si habían caído al suelo enteras. Antes de que pudiera cuestionarlo, vi su silueta agazapada en la oscuridad y entonces sentí un mordisco en el interior de mi muslo.

—¡Ah! —Incliné el cuerpo hacia atrás, clavando las uñas en la superficie en la que me apoyaba.

Quería que mi decencia, mi cordura y mi sentido de la justicia me salvaran en ese momento, pero estaba cediendo a su toque demente y prohibido.

Jadeé cuando su boca empezó a subir.

—Abre bien las piernas —me ordenó como si tuviera autoridad sobre mí. Lo peor fue que obedecí, ofreciéndole mi vulva caliente.

Utilicé el banco como apoyo para inclinarme hacia delante y acercar mi intimidad a su boca.

Me capturó con sus manos, hundiendo sus dedos en mis muslos y manteniéndolos bien abiertos mientras su boca me rendía. Incluso su sexo oral era desenfrenado y hambriento, sin una pizca de romanticismo, que dudaba que fuera apropiado en aquel momento, ya que ambos estábamos en lados opuestos de la ley.

Su lengua me recorrió por todas partes, como un explorador despejando todos los caminos y derribando todos los obstáculos. Me chupó, me lamió, me mordió y me penetró, como si todo estuviera permitido y lo único que yo pudiera hacer fuera revolcarme, suplicar más y

rendirme.

Estaba a punto de llegar al clímax cuando se detuvo, claramente a propósito. Sabía que no saldría de esa habitación sin haberlo sentido dentro de mí. El muy cabrón no me iba a dejar ir sin más.

—Ven aquí, fiscalcita... —Me jaló hacia él, y sentí el sabor de mi propia excitación en su lengua mientras me volvía a besar.

Con las piernas abiertas, jadeaba, perdida en un deseo enfermizo en el que no me reconocía.

Me tiró de la mesa y me hizo girar, aplanando la superficie e inclinándome sobre ella. La fina tela del vestido se deslizó hacia abajo, cubriéndome y restableciendo mínimamente mi decencia, pero no duró mucho, porque River volvió a subirla.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes un culo precioso? —Puse los ojos en blanco cuando su lengua me rozó el lóbulo de la oreja y me incliné hacia delante cuando recibí un inesperado azote que me dejó las nalgas palpitantes.

River me agarró las nalgas con ambas manos y sentí su verga entre ellas. Frotando sin penetrar, jugando conmigo. Después de un rato de este juego prohibido, puso su rodilla entre mis muslos y volvió a separarlos.

Una de sus manos subió por mi cuello, agarró mi cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás mientras su glande rozaba la entrada de mi cuerpo.

—¿Lo quieres...? —Golpeó su pene en la entrada de mi vagina—. Admite que lo quieres.

—No, no lo quiero. —Eso es lo que mi racionalidad quería responder—. No quiero. Toda esta situación ha cruzado la línea.

—¿Cruzado la línea? —Empezó a frotarme de nuevo y no pude aguantar más.

—¡River! —Me aferré a la mesa, arqueando mi espalda hacia él.

—¿Ese es tu "no"?

—Mételo ya. —Me rendí, sabiendo que había perdido antes de siquiera luchar. No podía salir de allí sin eso.

—Lo sabía. —Se rió con burla, disfrutando de mi rendición.

Cuando su verga se deslizó dentro de mí, deliré como una adolescente dominada por sus hormonas. El fuego y la lujuria eran más de lo que podía manejar. Arqueé más la espalda, y él me penetró con fuerza, haciéndome parecer una bestia en celo.

Al mismo tiempo que pensar que era un Lansky me hacía sentir fatal, el fuerte y animal agarre de aquel hombre me hacía neutralizar las voces que me imponían la razón.

Recibí otra bofetada en el culo y no pude contener el gemido que llenó toda la pequeña habitación. Solo podía esperar que nadie nos oyera, porque ya era demasiado tarde para cualquier otra medida prudente.

Había muchas formas de sacarme de ese caso, pero involucrarme en un sexo tan depravado no estaba en las que había previsto. Lo peor era que no podía entender por qué mi

cuerpo ansiaba desesperadamente a ese hombre.

Clavé las uñas en la mesa mientras gemía sin control. Su cuerpo chocaba con el mío cada vez con más frenesí y yo sentía que iba a explotar por dentro. Cuando por fin llegué al clímax, solo podía pensar en lo maravilloso que había sido.

Me desplomé, jadeando, exhausta mientras escuchaba a River prepararse para salir.

—Piensa en esto cuando estés coqueteando con el idiota de ahí fuera. —Me acarició el culo y se marchó, dejándome allí de pie como una puta.

El deseo volvió a convertirse en ira y quise gritar. Si tuviera la oportunidad de matar a ese hombre, lo haría.



Capítulo diez

Conduciendo de vuelta a casa, mi sonrisa se hizo aún más grande. Tenía a la fiscal en mis manos, o mejor dicho...

Me reí con los pensamientos, las visiones y las sensaciones.

Era valiente, con una lengua afilada, pero tenía un culo precioso. Tal vez la próxima vez iría más allá del sexo vaginal con ella. Si seguíamos encontrándonos así, tendría la oportunidad.

Llegué a casa y mi madre estaba en el salón. Parecía estar hablando con mi padre, pero ambos se detuvieron al mirarme, mientras me quitaba el moño que me apretaba el cuello.

—¿Estabas en una fiesta? —preguntó ella.

—Una más de los actos benéficos. —Preferí no entrar en detalles, probablemente ella no aprobaría la forma en que estaba manejando la situación.

—No quiero que andes por ahí solo —dijo mi padre, analizándome en busca de cualquier pista que pudiera indicar que me había metido en un lío.

—Puedo cuidarme, ustedes me lo enseñaron bien.

—Tu padre habla en serio, River. —Mi madre siguió mirándome con su habitual postura autoritaria—. Después del ataque a los rusos, tememos represalias. Si vienen por ti y estás solo...

—Entiendo, mamá. Cuidaré de mí mismo.

—Por favor...

Asentí con la cabeza.

Pasé junto a ellos y subí a mi cuarto. No quería compañía en mis encuentros con la fiscal, pero quizá debería reconsiderarlo si surgían otros asuntos.

—¿Dónde estuviste? —Ahora fue Steven quien me interceptó al llegar al piso de arriba.

—Pensé que la mayoría de edad me eximiría de responder a estas preguntas.

—Te intenté llamar y no contestaste. Con alguna puta, seguramente.

—Es sábado por la noche, todos tenemos derecho a divertirnos un poco. —Mis labios se humedecieron al recordar el sabor de Deborah en mi lengua.

—La diversión no puede anteponerse a los negocios...

—¿Qué necesitas, Steven?

—Que revises la entrega de una mercancía en el puerto. Está programada para las cuatro de la mañana, en un contenedor de alimentos enlatados.

—¿Heroína?

—Sí. La necesitamos para el lunes. Nuestro stock está casi agotado.

—Déjamelo a mí, yo me encargo.

—Bien. —Steven me dio una palmada en el hombro y se fue a su habitación.

Ser el segundo al mando tenía sus ventajas; la ciudad me respetaba, pero las responsabilidades eran igual de grandes. Nada nos ponía más tensos que recibir un cargamento. Nuestro negocio dependía de los suministros, que generalmente venían de Centro y Sudamérica, y cuando llegaban, atraían la atención de los federales y nuestros enemigos. Cambiábamos las rutas y los horarios constantemente para evitar ser rastreados, pero a veces era difícil evitar ataques.

Siempre teníamos que estar preparados para todo.



DEBORAH Lennox

Capítulo once

Me dejé caer en el colchón, girando de un lado a otro, impaciente, inquieta y con el corazón a punto de salirse por la boca. Ya no sabía qué más hacer para seguir adelante con ese caso. River me había destrozado.

Ningún juez aceptaría mi caso contra los Lansky si sabían que estaba involucrada sexualmente con uno de ellos. Para empezar, ni mi hermano podía ser completamente imparcial conmigo.

Era poco más de la medianoche en el reloj digital junto a mi cama. Ya no tenía sentido seguir en la fiesta después de que River se había ido. ¿Cómo iba a mirar a la cara a Harrisson después de haberme tirado a otro hombre en el armario de las escobas?

Saqué mi celular y me atreví a enviarle un mensaje a mi cuñada. No tenía idea de con quién hablar. Desde que me sumergí en la fiscalía, había perdido el contacto con mis amigos de la universidad y de otros momentos de mi vida. Era como si no existiera una Deborah fuera de la sala de juicios.

Deborah:

Creo que la cagué...

Tatiana:

¿De qué estás hablando?

Deborah:

¿Estás despierta?

Tatiana:

Sky tiene fiebre porque le están saliendo sus dientitos.

Deborah:

¿Necesitas ayuda?

Tatiana:

Tyler está aquí conmigo. Si empeora lo llevaremos al hospital, pero de momento el pediatra dice que solo tenemos que observarlo.

Deborah:

Está bien, avísame cómo sigue mi sobrino.

Tatiana:

Lo haré, pero, ¿qué fue lo que arruinaste?

Deborah:

Mi caso contra los Lansky.

Tatiana:

¿A qué te refieres?

Deborah:

No te enfades conmigo.

Tahitiano:

Eres mi jefa, ¿por qué debería enfadarme?

Deborah:

River Lansky vino por mí un par de veces.

Tatiana:

¿Te amenazó? ¡Por Dios, Deborah! Tienes que ir a la policía. Tyler está preocupado por ti metiéndote con esos tipos.

Deborah:

Se supone que no debes discutir estos asuntos con él. Secreto, ¿recuerdas?

Tatiana:

Él no es el único preocupado.

Deborah:

Como sea, no creo que ningún juez tome mi caso nunca más.

Tatiana:

¿Cómo que no? Has reunido tantas pruebas. ¿Acaso mataron a las testigos?

Deborah:

Han sido silenciados de diversas maneras, pero ese no es el problema principal.

Tatiana:

¿De qué se trata?

Deborah:

Tuve sexo con River.

Tatiana:

¡¿QUÉ?!

Deborah:

Es una locura, lo sé.

Tatiana:

No tiene sentido. ¿Te forzó? ¿Te bañaste? Podemos hacer un kit de violación.

Deborah:

No necesito pasar por ese examen horrible porque no fue una violación. No puedo mentir sobre eso. Fue salvaje, tengo marcas por todo el cuerpo, pero lo haría de nuevo, y eso es lo que más me asusta.

Tatiana:

¿Ha ocurrido más de una vez?

Deborah:

Dos.

Tatiana:

¡Mierda! Deborah, tienes que alejarte de ese hombre.

No olvides que es un criminal al que intentabas detener.

Deborah:

¡Lo sé!

Precisamente por eso estoy tan aterrorizada.

Tatiana:

Mantente alejada. Contrata seguridad y deja este caso por un tiempo.

Deborah:

Odio la idea de que él consiga lo que quiere y me aparte de mi trabajo de dos años.

Tahitiano:

Es mejor que meterte en más problemas. ¿Te imaginas si esto sale a la luz y pone en duda todos los casos en los que has trabajado? Otro fiscal puede encargarse de ellos más tarde.

Deborah:

¿Y que también lo silencien?

Tatiana:

Sé que no es lo que quieres escuchar, pero parece lo más sensato ahora.

Deborah:

Estoy muy frustrada.

Tatiana:

Me lo imagino.

Solo prométeme que te mantendrás lejos de ese hombre.

Haz lo que sea necesario para lograrlo.

Deborah:

Lo haré.

Tatiana:

¿Lo prometes?

Deborah:

Sí.

Tatiana:

Me preocupa.

Deborah:

Puedo manejarlo.

Tatiana:

No si sigues involucrada con él.

Deborah:

No volverá a ocurrir.

Tatiana:

Si lo necesitas, no dudes en contactar con la policía. Tienes amigos allí.

Deborah:

Lo haré.

Tatiana:

Avísame si necesitas cualquier cosa.

Deborah:

Gracias y que se mejore mi sobrino.

Mi cuñada me envió una foto de mi sobrino, cada vez más grande, y sonreí al verlo.

Sí, quería ser una heroína y llevar justicia al mundo, no defender a idiotas ricos como lo hacía Thomas. Pero necesitaba recordar que toda acción tiene una reacción, y haber ido tras los Lansky había provocado que River se metiera en mi cabeza.

Si quería mantener la cordura, no podía dejar que ese hombre se cruzara en mi camino nunca más.

River había ganado y yo me iba a retirar.



Capítulo doce

Me subí al auto y el guardia cerró la puerta que había dejado abierta para mí, luego rodeó el vehículo para sentarse en el asiento del copiloto.

Miré la hora en mi reloj de pulsera: las dos de la madrugada. Pronto llegaría el cargamento al puerto y yo tenía que estar allí para que la transacción saliera según lo previsto. No solo mi hermano confiaba en mí, sino también todos los otros traficantes del estado.

Desde que nací, nunca me ocultaron quién era ni a qué familia pertenecía. Mi padre había sido un jefe de la mafia, y antes de él, mi abuelo. Aunque mi madre fue agente del FBI por un tiempo, al final se rindió y se unió a nuestro lado. Sin embargo, aunque nos juzgaran por eso, no éramos vistos como los grandes villanos de la ciudad; al contrario, nos asegurábamos de que prácticamente todo funcionara.

—Jefe —llamó el soldado al volante—, ¿podemos irnos?

—Sí.

Encendió el motor y miré por la ventana mientras el auto salía del garaje. Apenas doblamos la esquina, noté un vehículo negro que nos seguía a distancia durante varias cuadras.

—Nos están siguiendo —advertí a mis hombres.

—¿Está usted seguro? —El soldado del asiento trasero miró hacia atrás, tratando de confirmar mi afirmación.

—¡Claro que sí!

Era de madrugada y la probabilidad de que un coche se dirigiera al mismo lugar que el nuestro era muy escasa. Podían ser policías o enemigos, pero nunca alguien que se había perdido.

—Cambien de rumbo —les ordené—. Perdámoslos, sean quienes sean, no pueden seguirnos hasta nuestro cargamento.

—Sí, jefe.

Giramos en una esquina de forma abrupta, y el conductor aceleró para pasar un semáforo. Me giré para mirar atrás y vi que el carro seguía persiguiéndonos. Se saltaron el semáforo en rojo y casi chocan de frente con un camión de bebidas, que les tocó la bocina con fuerza por el susto.

Si tenían alguna intención de pasar desapercibidos, ya era demasiado tarde.

—¡Desháganse de ellos! —Apreté los dientes mientras miraba hacia atrás.

—Sí, señor.

Uno de los hombres del carro que nos seguía bajó la ventana y sacó un arma, apuntando hacia donde yo estaba. El disparo rebotó en la superficie blindada y solo hizo ruido.

—¿Les disparamos? —preguntó el hombre del asiento trasero.

—No.

—Pero, jefe...

—Tenemos la protección del blindaje. Si asoman la cabeza, van a recibir un balazo. Vamos a un lugar más aislado.

Siguieron mis órdenes y el coche aceleró cada vez más mientras dejaba polvo tras de sí. Nos dispararon otros tiros, pero mientras no fueran perforantes, el intento fue inútil.

Me incliné y saqué una caja con armas y municiones de debajo del asiento. Tardé en encontrar lo que buscaba: una granada de mano. Miré a mi alrededor, estábamos en una calle apartada, con un deshuesadero de un lado y edificios de bajos recursos del otro. Habíamos llegado lejos en el intento de perder a nuestros perseguidores.

Me agaché en el asiento trasero, protegiéndome detrás del respaldo, y abrí la ventana lo justo para sacar la mano y lanzar la granada. Cerré rápidamente la ventana y miré hacia atrás.

Unos segundos pasaron lentamente mientras la granada rodaba por el asfalto hasta meterse debajo del auto. La explosión iluminó todo, y tuve que cerrar los ojos y apartar la cara por un momento.

—No creo que nos molesten más —murmuré—. Vamos hacia el puerto.

Asintieron y el coche giró en la dirección que necesitábamos. Tardamos más de lo previsto en llegar, pero era mejor así o tendríamos problemas aún mayores.

Cuando el auto se detuvo junto al borde de la acera, salí por la puerta trasera y caminé con mis hombres hasta el lugar acordado para que los cargadores dejaran el contenedor.

—Llegas tarde, jefe —se quejó uno de los hombres, dándole una mordida a su sándwich.

—Tuve un contratiempo, pero aquí estoy. Espero que mi mercancía esté en orden.

—Puedes revisar —dijo, señalando el contenedor. Me acerqué.

Esperé a que mis hombres abrieran la cerradura y entré. Estaba oscuro, sofocante y había un nauseabundo olor a pescado. Abrí una de las cajas, saqué una lata y, con mi navaja, hice una abertura. Bajo una capa de pescado, estaba la heroína.

—Mis hombres cargarán todo al camión y se lo llevarán.

—Todo en orden —asintió.

—Ya veremos cuando se abran todos los paquetes y se pese el contenido, pero tenemos una buena relación desde hace años y no creo que el proveedor nos vaya a defraudar en este momento.

Hice un gesto, y mis hombres comenzaron a cargar las cajas en varios camiones que ya esperaban.

Después de varias horas, volví al auto y seguí los vehículos a través del rastreador GPS. Para evitar grandes pérdidas, cada vehículo tomaba una ruta diferente y se dirigía a un laboratorio en distintos puntos de la ciudad.



Capítulo trece

—¿Señora fiscal?

Parpadeé varias veces y me di cuenta de que la jueza me estaba hablando. Me había perdido completamente en mis pensamientos y había olvidado que estaba justo en medio de una audiencia de fianza.

—Disculpe, Jueza...

—¿Está bien? ¿Necesita un momento? —Se inclinó hacia mí para analizarme mejor.

—No, lo siento. —Parpadeé, intentando alejar los recuerdos y pensamientos que me estaban dejando completamente perdida aquel día. Sentía que River Lansky había conseguido meterse en mi cabeza más de lo que me gustaría admitir—. La fiscalía se opone a solicitar la libertad bajo fianza, el acusado es peligroso, ya ha sido acusado de tres delitos y ha cumplido condena por uno. Tiene conexiones con bandas y los recursos para escapar.

—¿Abogado? —Se dio la vuelta.

—Mi cliente tiene familia y trabajo aquí, está dispuesto a entregar su pasaporte, no tiene intención de escapar.

—Doctor Evans, teniendo en cuenta el historial de su cliente y otros puntos planteados por la acusación, el acusado no podrá salir bajo fianza y deberá permanecer en Rikers hasta el juicio.

El acusado empezó a refunfuñar y yo sonreí aliviada: al menos mi distracción no había puesto en peligro mi caso.

Cerré el maletín y recogí mis pertenencias antes de dirigirme al fondo de la sala, donde me esperaba Tatiana.

—¿Qué pasó allí?

—Nada. —Sacudí la cabeza, abrazando mi maletín.

—No eres de las que se distraen, Deborah.

—Simplemente no dormí anoche. ¿Tú cómo estás?

—¿Anoche o desde el sábado?

—Tenemos un caso contra ese asesino al que hay que dar prioridad. —Cambié de tema para que no se me quedara mirando con esa expresión interrogante que me incomodaba aún más.

Pensar que contarle a mi cuñada sobre mi enredo con el subjefe de la mafia no había sido la mejor idea.

—Sabes cómo esquivar.

—Aún no he empezado.

—Si necesitas hablar...

—Estoy bien, Tatiana.

—De acuerdo. —Asintió y caminó a mi lado.

Lo único que quería era llegar a la oficina de la fiscalía y concentrarme en mi trabajo. Puede que el caso contra los Lansky se hubiese ido al diablo, pero aún había muchos traficantes y asesinos sueltos por la ciudad, y dependía de mí que pagaran por lo que habían hecho.

—¿Cómo está Sky?

—Creciendo. —Esbozó una amplia sonrisa—. Quisiera que no fuera tan rápido. Siento que cada día que llego a casa está más grande. A veces es difícil dejarlo con la niñera y venir aquí.

—Tati, si necesitas más tiempo...

—No. —Me interrumpió—. No soy ama de casa. Quiero a mi hijo, de verdad, pero estudié para estar aquí y es lo que siempre he querido.

—Estás haciendo un trabajo excelente. —Sonreí.

—Gracias.

Tan pronto como llegamos a la oficina, me puse a trabajar. Ignoré el tablero con la información sobre los Lansky y me concentré en otros casos, aquellos en los que realmente podía marcar una diferencia. Estaba angustiada, frustrada y con el corazón hecho un nudo, pero tenía que aceptar que, a veces, se pierde, por más terrible que sea.

Lo odiaba con todas mis fuerzas, porque realmente creía que era capaz de cualquier cosa. Tal vez fuera culpa de mis padres, que me hicieron pensar que el mundo era mío si lo quería.

Pero por muy malas que fueran las decepciones, ese sentimiento siempre me empujaba a ir más allá.

—Dolores, necesito que envíes estas citaciones a los testigos del caso Asher. Necesito reunirme con ellos para preparar su testimonio. Arréglalo para el jueves. —Inmediatamente continué con más indicaciones—. Tatiana, ¿puedes asegurarte con la policía sobre su protección? Cuanto más tiempo pase, más miedo tendrán de testificar.

—El teniente del departamento de policía me aseguró que los testigos están vigilados las 24 horas.

—Recuérdales que esas mujeres deben estar protegidas.

—No hay problema.

Me masajeé las sienes e inspiré profundamente mientras leía el expediente del caso.

No podía ganar todas las batallas, pero cada una importaba.

Al final del día, me despedí de mi equipo y salí hacia mi coche. Helena tenía una cena en su casa más tarde para celebrar el cumpleaños de mi hermano mayor y no podía perdérmela, por mucho que quisiera hundirme en el sofá con las piernas en alto.

Iba a llegar a casa, darme una buena ducha y luego ir allí, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, vi unos dedos firmes que la sujetaban, lo que me hizo asomarme.

Me dolía el pecho, se me oprimía el corazón y se me revolvía el estómago a la vez, pero me esforcé por parecer firme.

—Si te cruzas en mi camino una vez más, presentaré una orden de restricción contra ti.

—No querrás alejarte de mí, fiscal. —La sonrisa en sus labios me enfureció aún más, porque en el fondo había algo de verdad que no quería admitir.

Ese hombre era un criminal con un historial terrible, sin pruebas, claro, porque siempre se las arreglaba para hacerlas desaparecer.

—¿No ves que ya lograste lo que querías?

—¿Y qué quería yo? —Levantó una ceja, analizándome detenidamente.

—Que deje de investigarte. El caso contra los Lansky queda suspendido. ¡Felicidades! Has ganado.

—Creo que ya pasamos esa fase.

—No hemos pasado nada. —Inhalé con fuerza para mantener mi postura erguida y mi expresión segura.

Ese hombre podría desestabilizarme, pero no se lo permitiría.

—¡Suelta la puerta de mi coche! —Le enseñé los dientes y acabó retrocediendo.

—¡De acuerdo!

Tan pronto como pude, me encerré en el auto, encendí el motor y salí de allí como una fugitiva. Pensándolo bien, mi enredo con River era el mayor crimen de mi vida.



Capítulo catorce

Con una sensación extraña, me quedé mirando cómo ella se alejaba en el horizonte. Era raro sentir ese impulso de ir tras ella, aunque me pareciera algo absurdo. Si le contara esto a Steven o a mis padres, sin duda se molestarían conmigo. Meterme con una mujer como ella era buscar problemas, y con los nuevos enemigos que estábamos enfrentando, lo último que necesitábamos eran más complicaciones.

Me pasé la mano por la nuca y palpé las costras que se habían formado donde ella me había arañado la última vez que tuvimos sexo. No era la única que me había causado marcas, pero eran superficiales y desaparecerían.

Mi móvil vibró en mi bolsillo y lo saqué para ver quién era. El mensaje de mi primo no me sorprendió, aunque pensé que era más probable que fuera de Steven.

Otto:

¿Dónde estás?

River:

Volviendo a casa.

¿Qué necesitas?

Otto:

¿Qué tal si nos vemos en mi apartamento?

Trae unas cervezas.

River:

Solo si pides pizza.

Otto:

Déjamelo a mí.

Me dirigí a mi coche, donde dos de nuestros hombres me estaban esperando. Aunque me gustaba pensar que podía cuidar bien de mí mismo, después de lo que había pasado últimamente, no podía darme el lujo de correr riesgos innecesarios.

Pasé por un supermercado y luego me dirigí al apartamento de mi primo, dejando a los hombres afuera y subiendo hasta el ático. Mi primo vivía en un flat bien ubicado, pero no muy grande, porque siempre decía que los espacios vacíos daban eco.

Desde que mi padre y mi tío se jubilaron, nos tocó a nosotros ocuparnos del negocio, pero eso también significaba que ya éramos lo bastante mayores para cuidar de nosotros mismos.

Llamé a la puerta y vino a abrirme, llevando solo unos pantalones cortos.

—¿Te quedaste sin camisas? Podríamos asaltar una tienda —me burlé.

—Estoy en casa. —Torció los labios—. Pasa.

—¿Cuál es el plan? —Di un paso dentro y miré la sala.

Había un ligero desorden en la habitación, pero en general parecía ordenada. Supuse que no había pasado mucho tiempo desde que la tía Lauren había enviado a alguien para limpiar el desastre de su hijo mayor.

—Tengo un juego nuevo. —Señaló la consola de videojuegos—. O podríamos llamar a algunas señoritas y montar una fiestecita. —Se echó a reír.

—Apuesto que no te haría gracia que me revolcara con tu hermana —bromeé, y él puso mala cara de inmediato, descartando la idea.

—A Diana no, viejo...

—Nunca le he hecho nada. —Me encogí de hombros.

—Eso espero.

—Mejor nos limitamos a los videojuegos por hoy, no estoy de humor para prostitutas.

—¿Qué te pasa? —Frunció el ceño, analizándome más de cerca.

La pregunta correcta sería qué no me pasa...

Pensar en eso no haría que el resto de la noche fuera más productivo. Decidí no contarle nada a Otto, era un buen primo, pero siempre encontraba problemas donde yo no veía ninguno.

Mi misión de alejarla de los negocios había tenido éxito. Lo mejor era alejarme de ella

ahora y no causar conflictos innecesarios.



Capítulo quince

Unas semanas después...

Me comí el desayuno a toda prisa en una cafetería cerca de la oficina de la fiscalía, porque había salido corriendo de casa y, cuando estacioné, sentía que el estómago se me había pegado a la espalda.

Creía que mi vida por fin había vuelto a su cauce, aunque algunas cosas ya no eran lo mismo.

Tomé la taza de café que estaba sobre uno de los archivos de mis casos y terminé de masticar el croissant antes de levantarme. Mi celular vibró, pero no le presté mucha atención a la notificación, hasta que se resbaló y cayó.

Lo recogí y, al darle la vuelta, me llevé un buen susto. Pensé que solo sería otro de esos mensajes genéricos de alguna de las muchas apps que había descargado, pero no. Era la app donde llevaba control de mis ciclos menstruales. Nunca había sido muy regular, pero la app me ayudaba a prever y evitar situaciones vergonzosas, como manchar la ropa. También me recordaba sobre la inyección anticonceptiva que me aplicaba cada tres meses. Evidentemente, había olvidado la última, considerando todas las locuras de los últimos días. Pero ese no era el único problema. La notificación no era sobre la inyección, sino sobre el retraso en mi periodo.

Diez días...

No uno o cinco, como solía ocurrir, sino diez. Me alarmó. El embarazo inesperado de

Sky debería haber sido una lección para toda la familia y, sin embargo, me paralizó.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Un tipo se detuvo a mi lado, notando que me había quedado inmóvil cerca del paso de peatones.

Solo asentí con la cabeza, indicando que sí.

—¿Necesita ayuda?

—No. Está bien. —Forcé una sonrisa.

Era más fácil fingir que la aplicación tenía un problema que pensar en otra alternativa.

El estrés del último mes podría haber sido una buena razón para el retraso, no necesitaba pensar en la posibilidad de un embarazo. Sobre todo porque hacía tres años que había roto con mi último novio. Después de eso, ningún otro había podido adaptarse a mi ajetreada vida laboral.

Tenía que preparar el testimonio de varias personas clave para un caso de tráfico de drogas y de seres humanos. No podía permitirme perder el día preocupándome por esto. Si lo ignoraba, tal vez la menstruación bajaría.

—Buenos días. —Me saludó Dolores en cuanto crucé las puertas y fui a sentarme detrás de mi escritorio.

Se levantó y se acercó a mí con un sobre que contenía varias carpetas.

—Estos son los informes finales del departamento médico sobre el caso Francis.

—Gracias. —Sonreí y puse el sobre en un rincón para poder analizarlo más tarde—. ¿Dónde está Tatiana?

—Aún no ha llegado. Llamó para decir que llegaría un poco tarde. Parece que Sky no está bien y tu hermano tiene una audiencia importante esta mañana a la que no puede faltar.

—De acuerdo.

—¿Necesitas algo?

—No, gracias. —Le sonreí—. Solo avísame cuando lleguen las testigos y llévalas a la sala para que pueda hablar con ellas.

—No te preocupes. —Ella asintió y se alejó de mí.

Volví a centrarme en mi trabajo mientras mi atención se desviaba hacia el móvil. No es que no me gustaran los niños, pero el embarazo no entraba en mis planes. Había dejado de creer que tendría una familia como Thomas o una sorpresa como Tyler. Mi vida giraba en torno a la fiscalía, y así estaba bien.

Podía involucrarme con un hombre de vez en cuando. Sería mentira decir que no disfrutaba el sexo, pero ya estaba cansada de los idiotas que me rompían el corazón y me dejaban con cara de tonta. Esa fase de mi vida la había superado hace mucho tiempo.

Abrí el calendario de la aplicación y lo comprobé. Efectivamente, llevaba diez días de retraso. ¿Cuánto más tenía que esperar para que se volviera alarmante?

No mucho...

—Doctora, una de las testigos ha llegado.

Me sobresalté cuando Dolores se acercó y volteé el celular sobre la mesa. No quería que nadie supiera mis sospechas hasta que tuviera una idea clara de cómo manejar la situación.

—Gracias, dile que ya voy.

Dejé el celular a un lado, junto con mis tormentos mentales, y me puse a hacer mi trabajo.



Capítulo dieciséis

Estaba en silencio en una esquina de la sala, dibujando a los principales líderes del submundo de Nueva York mientras mi hermano intentaba que dejaran de murmurar. Aunque parecían estar alborotados, yo no me uní al coro con mi voz.

Una de las principales ventajas de no llevar la corona era que a veces podía retirarme a mi rincón y limitarme a observar. Analizar todo y a todos me daba algunas ventajas y me ayudaba a saber cómo actuar cuando el momento lo requería.

—¡Silencio! —La voz fina pero firme de Manuela resonó en la sala, haciendo que algunos se sobresaltaran—. Esto no es un patio de estudiantes.

—Mi mujer tiene razón. —Steven proyectó su voz, que ahora era la única en la sala—. Sé que están preocupados porque los rumores sobre los rusos siguen rondando la ciudad, pero les aseguro que son solo eso, rumores. Ya nos ocupamos de ellos como lo hacemos con cualquiera que se nos cruce en el camino.

—¿Y los Yakuzas? —Saltó una voz, pero ni siquiera levanté la cabeza para asegurarme de quién era.

—Nada de teorías conspirativas, Julius. Ustedes saben que la seguridad de esta ciudad y el mantenimiento de nuestros negocios siempre ha sido la prioridad de mi familia, y eso no va a cambiar. Fue así con mi padre, lo es conmigo, y será igual cuando Andrew tome las riendas. Cualquier cambio en el esquema que ya conocen, se les informará con antelación.

—Está bien...

Todo ese caos era innecesario. Nada había cambiado, pero siempre había manzanas podridas que intentaban envenenar el ambiente, y Julius era una de ellas. Mi hermano lo tenía en la mira desde que asumió el control hace casi diez años, pero la familia de Julius era tradicional en la ciudad y debíamos ser cautelosos para no generar enemistades innecesarias. Más allá de los disparos y las peleas, la mafia se trataba de buena política.

Di la vuelta a la hoja y empecé un nuevo dibujo, dándome cuenta de que pronto se estaba convirtiendo en los rasgos de la fiscal. Deborah Lennox se había convertido en una imagen frecuente en mi cabeza, por mucho que intentara luchar contra ella.

Desde nuestro último encuentro, en el que prácticamente salió huyendo, intenté mantenerme alejado. No había razones, aparte de mis propios impulsos, para insistir en algo, especialmente porque nadie me informaba que ella estuviera buscando posibles testigos. Si fuera lo suficientemente inteligente, ni siquiera habría comenzado. Ninguna de las personas involucradas en este asunto tendría el valor para testificar contra nosotros. Si no temían por sus propias vidas, estaban preocupados por sus amigos y familiares.

La reunión continuó, y mi hermano discutió los temas habituales, fijando las fechas para las próximas entregas y pagos. Había algunas familias que nos debían dinero, y era mejor que eso no se prolongara para que las cosas no se complicaran para ellos.



Capítulo diecisiete

Compré un test en la única farmacia abierta de camino a casa después de un día ajetreado. En el envase estaba escrito que el autoexamen podía hacerse en cualquier momento a partir del primer día de retraso.

Estaba segura de que el retraso se debía al estrés y de que volvería en sí en unos días.

El despertador de mi celular sonó y me acerqué al lavabo del baño, donde había dejado la tira del test...

¡Mierda!

No estaba preparada para un resultado positivo, porque me había convencido de que no pasaría. Tenía 31 años, aún se me consideraba saludable, pero mis condiciones de trabajo y mi situación sentimental no me hacían esperar un embarazo.

Me acordé del último tipo con el que había tenido sexo. Galer, el investigador de Lennox & Asociados, que solía hacer trabajos para mi hermano y me ayudaba de vez en cuando.

Nos habíamos encontrado en un bar hace un par de meses, después de unos tragos celebrando que había conseguido la sentencia máxima en un caso. Terminé besándolo y acabamos en el asiento trasero de su coche. Solo pasó esa vez, y al día siguiente él se disculpó, diciendo que se había excedido. Nunca más hablamos del tema.

Si Galer no era el padre, solo me quedaba...

—No, no... —Empecé a tartamudear y dejé caer la prueba de embarazo al suelo—. ¡No puede ser!

En los últimos sesenta días, el único hombre con el que había tenido sexo era River Lansky. Por supuesto, ya había encontrado la forma de poner fin a esa loca aventura y no involucrarme con un hombre tan peligroso.

Mi trabajo era meter en la cárcel a tipos como él, no podía estar embarazada.

No tenía ni idea de cómo iba a explicar la situación a mi familia o, peor aún, a mis compañeros de trabajo.

Salí del baño tambaleándome y caí en la cama, mirando el techo en silencio, observando las manchas y las telarañas que la señora de la limpieza no había quitado.

—¿Qué voy a hacer?

De repente, comencé a analizar toda mi vida, todo lo que había querido para mí y lo que alguna vez pensé que desearía.

Pensé en el hijo de Tyler y en cómo ese niño había cambiado a mi hermano para mejor. Había alternativas para deshacerme de aquel desastre, pero no podía ni pensarlo. Si me deshacía de ese bebé, tal vez nunca volvería a tener la oportunidad de ser madre y tendría que lidiar con ese peso en mi conciencia durante el resto de mi vida.

Thomas había criado gemelos él solo y era un reto al que yo también podía enfrentarme. No dejaba de darle vueltas, de martirizarme... Aunque después del susto había cierta felicidad en saber que estaba embarazada, el padre de ese bebé no era alguien con quien quisiera tener una relación. Tal vez había tenido sexo con River, pero seguía creyendo que debía ir a la cárcel.

No podía decirle a nadie que el bebé era suyo. Esa omisión debería acompañarme a la tumba.

Conocía a una amiga de mi madre que en los años ochenta decidió ser madre soltera. Se sometió a una fertilización y crió a su hijo sin tener nunca contacto con el padre.

Era una mujer exitosa y muy apasionada por su trabajo. Podría inventar una historia de inseminación artificial y hacer que todos lo creyeran. Era la mejor opción.

River Lansky nunca sabría que estaba embarazada de él.



Capítulo dieciocho

—¿Qué piensas de ella? —Steven pasó el móvil por delante de mí y levanté la vista para ver la foto en la pantalla.

—Parece sacada de un anime escolar —gruñí, sin prestarle mucha atención. Ni siquiera mis propios dibujos eran suficientes para mantenerme enfocado.

—Keiko Inagawa-kai es la tercera hija de uno de los mayores líderes de la Yakusa. Es hermosa, habla cinco idiomas, canta...

—¿Por qué me das el currículum de una japonesa? —Lo miré con más firmeza, esperando lo que iba a decir mi hermano.

—Tendrás treinta en un mes...

—¿Y qué con eso?

—Sería bueno que te casaras, además de asegurar buenos aliados para nosotros.

Me giré para mirarle mejor y acabé poniéndome de pie.

—Pensé que después de tu compromiso desastroso y un matrimonio que tardó en funcionar serías el primero en estar en contra de esas uniones arregladas.

—Manuela y yo estamos bien.

—Casi diez años después —refunfuñé.

—¿No es eso lo que importa?

—Me da igual. —Me encogí de hombros.

—No te estoy imponiendo a nadie, hermano. Es muy diferente de lo que fue conmigo. Estoy dejándote elegir.

—Estoy bien como estoy.

—Elige a alguien.

—Deja mi vida como está, ¿sí? —Apreté los labios con más fuerza, tratando de que mi hermano dejara el tema.

—¿Ya tienes a alguien? —Parecía curioso.

—No, Steven, no tengo a nadie —respondí, molesto—. ¿Por qué no te ocupas de tu propia familia?

—Tú también eres mi familia, hermano.

—Pero estoy bien —dije una vez más.

—Está bien, no se diga más.

Mi hermano se alejó y yo hojeé mi cuaderno de ilustraciones. Había relaciones condenadas al fracaso, y esa sería una de ellas.



DEBORAH Lennox

Capítulo diecinueve

La tradicional comida de los domingos en casa de mis padres sería diferente ese día, porque tendría que enfrentarme a mi familia y decirles que estaba embarazada. Después de ir al médico y hacerme análisis de sangre y de imagen, ya no podía negar que tenía un bebé creciendo dentro de mí, por más inesperado que fuera.

Debería haber aprendido la lección con Tyler, pero al parecer no era tan fácil.

Bajé del auto y puse la mano en mi vientre; aún no se sentía nada, pero no faltaría mucho. Era mejor que lo dijera antes de que empezaran a hacer preguntas. Ya tenía toda una historia planeada y la había repasado mentalmente varias veces.

Entré por la puerta principal y me topé con el mayordomo.

—Señorita Deborah.

—Jaime. —Le sonreí—. ¿Dónde está mi familia?

—Tus padres y Thomas están en el jardín. Tu madre ha decidido que hoy almorzarán allí. Tyler aún no ha llegado.

—Gracias. —Pasé junto a él y seguí por el pasillo de la mansión hasta donde estaba reunida mi familia.

—¡Tía Deby! —Anne vino corriendo y me rodeó la cintura con los brazos.

—¡Hola, princesa! —Me incliné para besarle la coronilla—. ¿En qué andas?

—Haciendo una casita para pájaros.

Seguí su mirada y vi que su hermana gemela y mi padre estaban construyendo una casa de madera.

—¡Qué lindo!

—Sí. —Se levantó de un salto—. ¿Quieres verla?

—Luego la veo, ¿sí?

Asintió y volvió junto a su abuelo mientras yo me acercaba a mi hermano mayor, que parecía estar luchando con una parrilla.

—Esto parece un juicio popular —bromeé.

—Son más fáciles de convencer. —Resopló como si estuviera a punto de darse por vencido.

—Siempre lo logras. Eres el temido abogado Thomas Lennox.

—Díselo al carbón.

Me reí y él se apartó de la parrilla para abrazarme.

Luego me acerqué a mi cuñada, que estaba dando de comer a mi sobrino. El niño parecía cada vez más grande y ya se servía él solo, tan independiente como el resto de la familia.

—Hola, príncipe.

—*¡Pa… pa… pa…!*

—¿Está rica la comidita?

—*Mmm… tí.*

Hablaba con soltura, aún tenía un vocabulario limitado y se le entendía poco, pero era apropiado para su edad y apuesto a que no tardaría en desafiar al mundo con sus argumentos como todo buen Lennox.

—¡Mira quién está aquí! —Tyler, con su estilo de siempre, entró al jardín haciendo un avioncito con su hijo, que reía a carcajadas, aún siendo un bebé.

—Ten cuidado con ese niño, Ty —Tatiana iba detrás, tratando de detenerlo.

—Todo va a estar bien. ¿Verdad que sí, campeón? —Mi hermano le dio un beso en la frente antes de devolverlo al regazo de su madre—. Hermana.

—¡Hola, Ty!

—Hoy estás radiante.

—Es tu imaginación.

Esperé a que todos se reunieran y se tranquilizaran, al menos eso me dije a mí misma mientras intentaba armarme de valor para contárselos. Mientras tanto, Thomas consiguió por fin domar la parrilla y preparar las hamburguesas.

Bajo la mesa, puse mi mano sobre el vientre e inspiré profundamente. Sabía que, si podía

contar con alguien en ese momento, era con mi familia. Suponía que me dirían que estaba loca, pero también que me apoyarían.

—Gente… —Solté la palabra casi como un gemido, pero fue suficiente para que se dieran la vuelta y me miraran fijamente.

—¿Todo bien, hija? —Mi madre se inclinó hacia mí.

—Sí. —Contuve la respiración para ver si el corazón se me estrujaba menos y la angustia no me hacía cambiar de opinión sobre decírselo—. Tengo algo que decir.

—Habla, cariño.

—Sé que van a pensar que tomé una decisión impulsiva y que es una locura, pero sentí que era el momento y quería hacerlo. Estoy lista, aunque no esté casada...

—¿Qué quieres decir, Deborah? —Mi padre quería que fuera directo al grano.

—Estoy embarazada.

—¿Qué? —Se sorprendió.

—Pero no estás saliendo con nadie... —Mi madre frunció el ceño, tratando de comprender y conectar los puntos que no parecían encajar en su cabeza—. A menos que lo estés y no nos lo hayas dicho. ¿Quién es el padre?

—No estoy saliendo con nadie, y no sé quién es el padre.

¡Mentirosa!

—¿Cómo que no lo sabes? —Mi madre parecía aún más sorprendida—. Eres lista y puedes hacer los cálculos para averiguarlo. En el peor de los casos, recurriremos al ADN...

—No, mamá. El donante era confidencial. ¿Recuerdas aquella amiga tuya que se hizo la inseminación artificial? Pues así fue.

—¿Por qué has hecho eso? —La sorpresa en la cara de Thomas me hizo retroceder—. ¿No era mejor esperar a otra persona para compartir este momento? Deby, aún eres joven...

—Tu hermana tiene derecho a decidir cuándo quiere tener un hijo, amor. —Helena lo detuvo, apoyándome.

—Pero...

—He oído que hay mujeres que se ponen muy nerviosas cuando llega el momento —continuó la maestra, ayudándome a enfrentar la situación.

—Eso fue lo que pasó. —Balanceé la cabeza.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —Quería saber mi madre.

—Estoy de seis semanas.

—¡Felicidades! —Helena esbozó una enorme sonrisa que no fue replicada por nadie más, a pesar de que aún estaban asimilando la noticia.

Ya sabía que no sería fácil contárselo a mi familia, pero lo había conseguido y eso ya era un paso. Analizarían la historia y todos pensarían que mi embarazo fue mi elección y que no

hubo padre, solo un donante de esperma. Eso era mucho mejor a que supieran la verdad de que estaba embarazada de uno de los mayores delincuentes de Nueva York.

Después de comer me senté en un viejo banco de acero del jardín, cerca de un columpio y un árbol alto. Esperaba estar sola, pero no fue así, porque Tatiana se acercó y se sentó en el columpio.

—Es de él, ¿verdad?

—¿De él? —Reaccioné como si me hubieran golpeado en el pecho.

—De River Lansky.

—¿Por qué lo preguntas?

—Sé muy bien lo que es estar embarazada de un hombre que crees que no es el padre más adecuado.

—Tatiana...

—No estoy aquí para juzgarte, Deborah.

Respiré hondo e incliné la cabeza hacia atrás unos instantes.

—Mi familia no puede saberlo —confesé.

—¿Se lo contaste a él?

—¿Qué? ¡No! Claro que no. —Tuve que bajar la voz para no gritar y atraer a los demás —. Está involucrado con la peor escoria de la ciudad. ¿Crees que eso es lo que quiero para mi bebé?

—Claro que no, pero ¿y si él se entera?

—Si nadie lo dice, él no lo sabrá. La gente empezará a hacer preguntas, por supuesto. Por eso pensé en la historia de la inseminación. Thomas y Tyler tienen hijos, yo quise tener el mío y eso es todo...

—De acuerdo. —Acabó aceptando—. Puede parecer aterrador, pero ellos te apoyan y te permiten superar cualquier cosa.

—Ahora puedo sentirlo. —Sonreí mientras colocaba las manos sobre mi vientre—. Seré una buena madre.

—Estoy segura de ello. —Tatiana se levantó para darme un abrazo y yo le devolví el abrazo.



Capítulo veinte

Un año después...

Los rusos parecían estar tranquilos, al menos por ahora. Mi vida se había vuelto demasiado monótona y solía odiar cuando eso pasaba, porque, lamentablemente, dibujar no era suficiente para mantener mi mente en paz.

No era el tipo de hombre que creía en premoniciones o cosas así, pero no podía quitarme la sensación de que había algo que me estaba perdiendo. Como si hubiera una verdad delante de mis narices que yo fuera el único que no veía.

Ese día pedí a tres hombres que me acompañaran y me fui a dar una vuelta por la ciudad. Era una excusa para relajarme y también para ver qué podía estar pasando o no. El territorio era muy extenso, así que me limité a Manhattan. Bordeé Central Park y seguí de largo, acabando frente al palacio de justicia, recordando a alguien que intentaba evitarme y no quise insistir para no causar dolores de cabeza innecesarios a mi familia.

La fiscal...

Me quedé allí un rato, esperando a que apareciera, pero no lo hizo, las posibilidades eran escasas y ya era el final del día. Tal vez ya se había ido.

Había pasado casi un año desde la última vez que la vi y era mejor no pensar en ello. Mi madre me habría aconsejado que me mantuviera alejado de aquella mujer si no quería un gran dolor de cabeza. Podría estar de nuestro lado, pero había intentado encarcelar a mi padre varias

veces antes.

—Señor, ¿pasa algo? —preguntó uno de los soldados.

—No.

Abandoné la parte delantera del tribunal para que no siguieran haciendo preguntas para las que ni siquiera yo tenía respuesta.

A pocas manzanas había un pequeño parque, con juegos para los niños y bancos para que los adultos los vigilaran. Había varios parques como ese por toda la ciudad, sin nada especial que llamara mi atención, pero el semáforo se puso en rojo y tuve que esperar cerca de un cruce peatonal. Entonces la vi...

—¡Deborah!

Llevaba puesto un típico conjunto formal y la vi inclinarse hacia un cochecito para sacar a un bebé.

¿Qué niño era ese? Me quedé quieto intentando ver mejor, pero estaba demasiado lejos para ver algún detalle. Entonces alguien tocó el claxon detrás de mí, recordándome que el tráfico tenía que fluir.

Di la vuelta y busqué un lugar para estacionar.

—Quédense aquí —Les dije a mis hombres.

—Será mejor que no esté solo...

—Puedo defenderme solo durante unos minutos. —Corté la conversación, cerrando la puerta de un golpe.

Los dejé allí y volví andando al parque donde había visto a Deborah. Afortunadamente, ella no había desaparecido y no era una ilusión de mi cabeza. La bella fiscal sostenía a una niña en brazos. Tres, cuatro meses... Yo no era muy experto en bebés, la verdad, pero fue cuando la acunó contra su pecho y la carita apareció por encima de su hombro cuando me llevé la mayor sorpresa. Se parecía a mí...

Dibujando tantas caras y grabando en papel los rostros de muchas personas, había aprendido a fijarme en los rasgos más llamativos, esenciales para un dibujo más preciso, y aquella bebé tenía algunos de los míos.

—Deborah... —La llamé por impulso.

La fiscal se giró hacia mí y en cuanto me vio su piel se puso blanca como si estuviera frente a un fantasma.

—River... —Aturdida, retrocedió unos pasos y estrechó aún más a la niña contra su pecho —. ¿Qué haces aquí?

—Me preguntaba cómo estabas y decidí venir a comprobarlo en persona.

—Estoy bien. —Apretó los dientes.

—Esa niña... —Todavía estaba demasiado sorprendido para poder formular la frase correctamente. No había ido tras la fiscal esperando encontrarme con algo así.

—Es hija de uno de mis hermanos. La tomé para cuidarla.

—¿Tus hermanos? —repetí incrédulo.

—Sí. —Hinchó el pecho y mantuvo el rostro de la niña vuelto hacia otro lado, intentando evitar que la analizara demasiado.

Esto solo demostraba que ocultaba algo, una información tan explícita para mí que era difícil de asimilar.

—No es de uno de tus hermanos.

—Sí que lo es. —Apretó los dientes.

—¿De cuál?

—De Tyler.

Su mentira no me convencía, pero Deborah tampoco parecía dispuesta a decirme la verdad.

—¿Por qué me lo ocultaste? —Intenté acercarme un paso, pero ella retrocedió dos.

—No te he ocultado nada. Porque no hay absolutamente nada que decir. —Me dio la espalda y llamó a la niñera—. Darla, vámonos de aquí.

—Sí, señorita Lennox.

—¡Deborah! —grité, pero ella no se atrevió a darse la vuelta.

Me masajeé las sienes mientras la veía alejarse. Era una locura pensar que esa niña podría ser mía.

—¿Jefe?

Estaba tan concentrado en que Deborah se alejara que no me di cuenta cuando uno de mis hombres se detuvo a mi lado, llamando mi atención.

—¿Qué pasa? —murmuré mientras me volvía hacia él.

—Se ha dejado el móvil en el coche.

—Dame unos minutos más.

—Es su hermano el que llama, imagino que puede ser importante.

—Ya lo atenderé. —Resoplé cuando me di cuenta de que Deborah había desaparecido de mi campo de visión. Se había esforzado tanto por desaparecer que lo había conseguido muy rápidamente.



DEBORAH Lennox

Capítulo veintiuno

—¿Está bien, señora? —preguntó Darla, mi niñera, mientras conducía de vuelta a casa, apretando el volante con fuerza y mirando fijamente hacia adelante.

—Sí...

—¿Segura?

—Claro. —Mentí.

Obviamente, no tenía ninguna certeza. Estaba temblando, nerviosa, con una sensación de asfixia que no me dejaba respirar. No debería haber permitido que Darla trajera a mi hija tan cerca del tribunal. Había sido arriesgado, aunque al principio no vi el peligro.

—¿Quiere que llame a uno de sus hermanos?

—No hace falta, estamos de camino a casa.

—Pero, señora...

—Todo va a estar bien, Darla —le grité, más fuerte de lo que pretendía, lo que la asustó. No era mi intención, pero al menos quería creerme mis propias palabras.

Ella asintió y dejó de insistir. Solo quería llegar pronto a casa y respirar tranquila.

Aparqué en el edificio y apenas activé el freno de mano, me bajé del auto, dejando la puerta abierta, y corrí hacia la parte de atrás para sacar a mi hija. Tan pronto como la saqué del

asiento, la pequeña empezó a llorar.

—Ah, mi amor. —La abracé—. Está bien, mamá está aquí. Shhh... —Besé su cabecita—. Mamá está aquí y te quiere mucho.

Mi corazón se calmó un poco y conseguí encontrar la calma cuando ella apoyó su cabecita en mi pecho y se tranquilizó y dejó de llorar.

—Subamos, señora. —Darla cerró la puerta que yo había dejado abierta, tomó el bolso de Karen y me puso la mano en el centro de la espalda para guiarme hasta el ascensor.

Tan pronto como entramos en el apartamento, cerré con llave y me senté en el sofá con mi hija en brazos, mirándola a esos ojos verdes que me devolvían la mirada, sin entender por qué yo estaba tan desesperada. A diferencia de mi hija, que apenas conocía el mundo, mi niñera fue lo suficientemente lista como para captar lo que sucedía.

—¿Ese hombre es el padre de Karen?

Contuve la respiración y conté hasta tres.

—Karen fue una inseminación artificial.

La mentira que había estado contando desde que di a conocer mi embarazo había sobrevivido un año, pero ya no sabía si era posible seguir así.

—Pero fue con el esperma de alguien, ¿verdad? Entonces, ¿ese hombre...?

—Ese hombre no tiene nada que ver con mi hija. —Corté el tema.

Pensaba que si le contaba la verdad a Darla, por más que confiara en ella, solo complicaría más mi vida. Ni siquiera se lo había contado a mis hermanos, y esperaba no tener que hacerlo.

—Entiendo.

—Mejor así. Puedes irte a casa —le dije—. Yo me encargaré de mi hija el resto de la tarde.

—¿No tiene ningún compromiso?

—No.

—De acuerdo. —Forzó una sonrisa y sacudió la cabeza.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Esperé a que Darla recogiera sus cosas y se marchara antes de dejar escapar un largo suspiro de alivio.

Necesitaba estar con mi hija ese día y sentir que el mundo no me tragaría ante la mentira que intentaba sostener a toda costa.

Cuando Karen se durmió, me aparté de la cuna y fui al bolso a agarrar el móvil. Había algunos mensajes de Dolores y Tatiana, preocupadas por mí porque aún no había vuelto a la oficina. También había una llamada perdida de mi cuñada, pero preferí mandarle un mensaje en

vez de llamarla.

Tatiana:

¿Todo bien en el tribunal hoy? Aún no has vuelto.

Intenté llamarte y no contestas.

¿Deborah?

Deborah:

Estoy bien.

Tatiana:

Ah, ¡qué alivio! ¿Ya vienes? Descubrí algunos detalles sobre ese caso de asesinato pasional que querías que revisara. Sé que me encargaste ese caso, y por eso mismo no quiero decepcionarte.

Deborah:

Estoy segura de que lo harás excelente.

Tatiana:

Estoy nerviosa.

Deborah:

Eres muy buena en lo que haces.

Tatiana:

Muchas gracias.

Deborah:

No voy para allá.

Tatiana:

¿Por qué no?

Deborah:

Le pedí a Darla que se encontrara conmigo en un parque cerca del tribunal para pasar un rato con mi hija.

Tatiana:

Entiendo, sé cómo extrañamos a los pequeños, sobre todo cuando son tan chiquitos.

Debiste tomarte más tiempo de licencia.

Deborah:

Me encanta lo que hago, Tati.

Tatiana:

Lo sé, pero puedes equilibrarlo.

Deborah:

Eso es lo que intento hacer, pero no he vuelto a casa con mi hija por eso. River apareció en el parque.

Tatiana:

¿Cómo?

Deborah:

Así es. Estaba ahí, como salido de la nada, para arruinar mi paz.

Tatiana:

¿Le dijiste algo?

Deborah:

¡Claro que no!

Tatiana:

¿Cómo sabía dónde encontrarte?

Deborah:

No tengo ni idea.

Tatiana:

¿Averiguó lo de Karen?

Deborah:

Quería saber quién era la bebé y le dije que era la hija de Tyler.

Tatiana:

¿El tipo se lo creyó?

Deborah:

Parece que no.

Tatiana:

¡Mierda!

Deborah:

Dímelo a mí :(

Tatiana:

¿Crees que quiera algo con la niña? Recuerdo cómo reaccionó tu hermano cuando le dije que estaba embarazada.

Deborah:

Espero que no.

Tatiana:

Yo también.

¿No crees que ya es hora de contarle al resto de la familia la verdad sobre cómo te embarazaste de Karen?

Deborah:

No quiero alarmar a nadie ahora.

Tatiana:

Son tu familia.

Deborah:

Pero también conozco a mis hermanos y todo está bien como debe ser, no necesitamos entrar en pánico.

Tatiana:

Si eso es lo que sientes, me parece bien.

Deborah:

Gracias.

Tatiana:

Cualquier cosa, me avisas.

Deborah:

Sí. Hasta luego.

Dejé el móvil en el brazo del sofá y me hundí en la tapicería.

Ese último año, lo único que no quería era imaginar qué pasaría si mi camino volvía a cruzarse con el de River. Había pensado en ello día y noche, esperando que no ocurriera, a pesar de que seguíamos viviendo en la misma ciudad. Nueva York es inmensa, y él había dejado de fijarse en mí desde que desistí de mi caso por las veces que habíamos cogido.

River Lansky era la peor pesadilla de mi vida. Por más que recordar nuestros momentos juntos me dejara empapada mi ropa interior, la posibilidad de tenerlo en mi vida me helaba la sangre. Aunque nadie pudiera probarlo, seguía siendo uno de los cabecillas del crimen organizado en la ciudad. Detrás de esa cara sexy y esa sonrisa maliciosa, se escondía una mente perversa y cruel, responsable de las peores atrocidades en la ciudad.

Quedarme embarazada había puesto mi vida patas arriba y me había obligado a reorganizar muchas cosas, teniendo que renunciar a actividades y comportamientos que creía que nunca abandonaría. Sin embargo, amaba a mi hija. A pesar de lo descabellado que pudiera parecer, no deseaba que nada hubiera sido diferente.

Karen era la luz de mi vida y por ella era capaz de cualquier cosa, incluso de decir mentiras para ocultarla de su padre.



Capítulo veintidós

Cuando entré en el garaje de casa, estaba tan aturdido como si me hubieran dado una paliza. La mente me daba vueltas y trataba de atar cabos que parecían cada vez más evidentes y al mismo tiempo me chocaban.

Es la hija de mi hermano...

Deborah podía ser persuasiva en los juicios, logrando convencer a jurados y jueces, pero esa vez no pudo mentir tan bien.

Por la imagen mental que aún tenía de la niña, podía suponer que solo tenía unos meses. Teniendo en cuenta el tiempo que Deborah y yo llevábamos acostándonos, cabía la posibilidad de que fuera mía.

Mi hija...

La idea me dejó sin aire, completamente desorientado. No esperaba una noticia así.

—¿Por fin has vuelto? —Steven apareció frente a mí—. Estabas en un prostíbulo, ¿verdad? Por eso no contestabas a mis llamadas.

—¡Dame un respiro, hombre! —gruñí.

—Hay algunos asuntos que tengo que discutir contigo. Otto y Manuela ya están en la oficina. ¡Ven conmigo!

—¿Tiene que ser ahora?

—¿Cómo que si tiene que ser ahora? —Mi hermano levantó una de sus rubias cejas sorprendido por mi forma de hablar.

—Algo ha pasado.

—¿Tiene que ver con nuestro negocio?

—No.

—Entonces déjalo para después, sabes que la mafia es nuestra prioridad.

Me limité a mover la cabeza afirmativamente y subí tras él. Pensé que era mejor no decirle a mi hermano que había descubierto que era padre. Aún no era seguro y, además, Steven no sabía que me había acostado con la fiscal. No tenía ni idea de cómo reaccionaría mi hermano.

Entré en el despacho y mi cuñada se giró para mirarme mientras mi primo seguía sentado en el sofá.

Steven comenzó a hablar sobre los asuntos pendientes, pero yo me quedé completamente callado. Era difícil concentrarme en cualquier cosa cuando mi mente estaba en otro lado.

—¿River? —me llamó Steven y parpadeé un par de veces hasta que me di cuenta de que quería mi opinión.

—Creo que deberíamos escuchar más a Manuela.

—Pero si yo no he dicho nada —murmuró ella.

—A menudo tienes grandes ideas. —Intenté arreglar la situación para no quedar tan mal.

—¿Quieres ganar puntos conmigo, cuñado?

—Tal vez. —Me encogí de hombros.

—De acuerdo. —Se rió.

—No te metas con mi mujer —refunfuñó Steven.

—Ok, por ahora no me meteré… —bromeé, haciendo que su rostro se tensara y la pregunta sobre si me pasaba algo raro se esfumara.

—¿Entonces, Manuela? —Otto retomó el tema para que no nos desviáramos del objetivo.

—Hay que centrarse en las entregas. No podemos permitir que se ponga en peligro el suministro, si eso ocurre es una buena razón para que los líderes locales y los jefes de las bandas estén descontentos con nosotros.

—Nos aseguraremos de ello. —Garantizó mi hermano.

—Ese podría ser el punto en el que los rusos intenten debilitarnos y hacernos perder fuerza.

—Espera, ¿nos han vuelto a molestar los rusos? —pregunté, algo sorprendido por la información.

—Hermano, ¿dónde tienes la cabeza? —Steven me miró con cara de indignación.

—Lo siento. Debo haberme perdido en mis pensamientos durante esa parte de la conversación.

—Nos llegaron noticias de que los sobrevivientes se reagruparon en un barrio del Bronx y están haciendo algunos movimientos por ahí.

—Los mataremos como hicimos la primera vez —dije.

—Será mejor que seamos un poco más precavidos. —Otto pensó—. Podrían estar tendiéndonos una trampa. No serían tan estúpidos como la primera vez.

—Yo no los sobrestimaría —comenté.

—Enviaremos a algunos de nuestros soldados a comprobar lo que están haciendo sin hacer movimientos bruscos y tomaremos una decisión más tarde.

—¿Y dejar que ganen fuerza y vuelvan a ser un problema?

—River, vamos a pensar qué hacer, ¿de acuerdo? —continuó Steven y yo asentí con la cabeza—. Otto, envía a los hombres.

—No hay problema.

Oí que llamaban a la puerta, seguido de una voz infantil.

—¡Mamá, Drew me está tirando del pelo! —refunfuñó Melissa desde el otro lado.

—Dile que no debe hacerlo, hija —Manuela se retorció en la silla, pero no se levantó.

—Ya le dije. Le voy a pegar...

—Oh, no, Melissa. —Se inclinó hacia delante y se levantó para solucionar el problema de la pelea entre hermanos. Incluso una familia como la nuestra no estaba exenta de algunos desacuerdos de vez en cuando.

—¿Todavía me necesitas o puedo irme? —preguntó Otto a Steven.

—Puedes irte.

—Gracias.

Apenas se fueron, Steven se giró hacia mí con una expresión inquisitiva de la que no podría escapar.

—¿Qué te pasa hoy?

—Nada. —Me encogí de hombros y me quedé mirando la estantería por encima de sus hombros para no mirarlo directamente.

—Te conozco muy bien, muchacho.

Aunque ya no era un niño, siempre sería el más joven.

—Es complicado...

—Entonces será mejor que me lo cuentes antes de que se convierta en un problema para todos nosotros. —Cruzó los brazos y frunció el ceño.

—No estoy seguro.

—¡Deja de dar rodeos, carajo!

—Cuando me mandaste a buscar a la fiscal que nos estaba pisando los talones, me acosté

con ella —solté de una vez.

—Qué buena manera de mantenerla callada. —Se rió—. Al menos está buena... Que Manuela no me escuche.

—No es tan sencillo y divertido como parece...

—Te escucho. —Volvió a acomodarse en su sillón.

—Creo que tengo una hija.

—¡¿Crees?! —Se atragantó.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—Fui a buscarla hoy.

—¿A la fiscal? ¿Por qué?

—Pensé en verla, me preguntaba cómo estaría. Cuando la encontré, estaba con una niña que tiene una edad que coincide con la vez que nos acostamos, y se parece mucho a mí.

—Los bebés parecen rodillas, River.

—Reconozco muy bien los rasgos. —Fruncí los labios, pero intenté no mostrar que la forma en que había hablado me había enfadado.

—¿La fiscal te dijo que la niña es tuya?

Negué con la cabeza.

—Entonces olvídalo. —Steven se encogió de hombros.

—¿Así de fácil?

—Es una fiscal que quería arrestarnos.

—Mi madre es una ex agente del FBI que pensaba hacer lo mismo.

—¿Estás pensando en traerla a nuestro bando? —Steven intentó contener la risa.

—Solo quiero saber si la niña es realmente mi hija.

—¿Y qué harás si lo es?

—¿Tú abandonarías a Melissa?

—Sabes que es completamente diferente. —Dio un paso atrás, adoptando una postura más defensiva cuando utilicé ese argumento.

—¿Seguro?

Steven permaneció en silencio, reflexionando un momento antes de hablar.

—¿Y qué quieres hacer?

—Descubrir la verdad.

—Bien, hazlo, pero cuidado con las consecuencias que esto pueda traer para todos

nosotros.

Solo asentí.

Tenía una misión que cumplir, y esta parecía más grande que cualquiera otra, porque no iba a poder dormir hasta desenterrar la verdad.



Capítulo veintitrés

Acaricié a mi hija mientras la tenía en brazos y ella amamantaba. Estaba tranquila, serena, sin preocuparse por nada más que por succionar la leche de mi pecho.

Durante el primer mes mi madre me obligó a quedarme en casa con ellos, y aunque siempre me he enorgullecido de mi independencia, tuve que dar un paso atrás y aceptar la ayuda, después de todo, cuidar de una recién nacida no era tarea fácil, pero una vez adaptada, volví a mi departamento y contraté a una niñera para que me ayudara durante el día, porque afortunadamente Karen ya dormía toda la noche.

Había asumido ese reto y me iba muy bien como madre soltera hasta que llegó él...

Tragué saliva y mi hija se retorció, como si hubiera logrado percibir algo extraño en mí.

—Cálmate, pequeña. —Le acaricié la carita—. No pasa nada, mi amor.

Esperaba que River hiciera como si no hubiera pasado nada y siguiera con su vida sin venir a por nosotras. Con tantos años trabajando en el sector jurídico, lo que estaba más acostumbrada a ver eran hombres que huían de sus responsabilidades como padres. No había una palabra que los asustara más que “embarazo”.

Él era un poco más joven que yo y seguramente estaba en esa etapa en la que muchos hombres solo se enfocan en estar con tantas mujeres como puedan sin querer asumir ninguna responsabilidad con ellas. A mis hermanos les tomó un buen tiempo salir de esa fase, especialmente a Tyler. Tuvo que recibir una buena sacudida del destino para cambiar.

River no querría saber nada de la niña...

Apenas ese pensamiento cruzó por mi mente, me sobresaltó el sonido del intercomunicador de mi apartamento.

Qué terrible coincidencia.

Karen empezó a llorar por el ruido y la acomodé mejor en mis brazos.

—Shhh... Mamá está aquí.

El sonido continuó y eso me enfureció aún más. Si hubiera sido alguno de mis hermanos o mis padres, habrían subido sin que yo tuviera que autorizarlo en la puerta. Además, no recordaba haber pedido nada al delibery.

El ruido siguió irritando a mi hija hasta que tuve que ir a abrir la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Señorita Lennox, hay un hombre en la recepción que quiere subir a su apartamento.

—¿Son mis hermanos o mi padre?

—No, señora.

—Entonces no lo dejes subir —colgué el intercomunicador sin darle oportunidad de decir nada más.

Fuera quien fuera, no quería saberlo.



Capítulo veinticuatro

El portero volvió a colgar el teléfono y se volvió hacia mí.

—Lamentablemente, la señorita Lennox no quiere que subas.

—¿Le has dicho que soy yo?

El hombre negó con la cabeza.

—Ni tuve tiempo antes de que colgara el intercomunicador. Madre soltera con una hija pequeña, seguro que debe estar irritada. —Se rió—. Parece que incluso las mujeres ricas también terminan embarazadas de algún idiota que no quiere hacerse cargo.

Apreté los dientes, enfadándome muchísimo por lo que acababa de decir. Saqué mi pistola de la funda y le apunté, haciendo que abriera los ojos de par en par y se pegara a la silla tapizada.

—¿Esto es un robo? No tengo dinero...

—¿Sabes quién soy? Será mejor que me dejes subir.

—No puedo...

Destrabé la pistola, asegurándome de que escuchara el sonido mientras mantenía el cañón apuntado a su cabeza.

—No me pongas a prueba.

—Señor... —Empezó a temblar y me di cuenta de que movía la mano, probablemente para activar un botón de pánico bajo el mostrador.

—Si quieres seguir respirando mañana, será mejor que no llames a la policía. Ellos no harán nada, pero yo sí...

—Adelante. —Señaló el camino hacia el elevador, y yo asentí con la cabeza, esbozando una sonrisa.

—Gracias.

—En absoluto. —Todavía estaba pálido cuando salió de mi campo de visión.

Subí al piso de Deborah. Con los contactos adecuados, era relativamente fácil averiguar dónde vivía. Tratar con ella sería otra historia.

Toqué la puerta y esperé unos minutos hasta que escuché una voz del otro lado.

—¡No sé cómo llegaste ahí arriba, pero no te quiero aquí!

—Sabes que no me iré hasta que me dejes entrar.

—Voy a llamar a la policía. Soy fiscal, sabes que tengo amigos en diferentes departamentos.

—No vendrán y lo sabes.

—No todo el mundo está en nómina de tu familia.

—Esta es una discusión completamente inútil en este momento.

—Conseguiré una orden de restricción.

—Para eso tendrás que salir de ahí.

Se quedó en silencio por un momento antes de volver a gritar.

—Mi hermano es juez y voy a llamarlo.

—Si estás tan preocupada, es porque sabes que es mi hija.

—¿Esa bebé? —Fingió una risita—. No está aquí. Es de mi hermano.

Ni siquiera tuve que contradecirla porque enseguida oí un llanto de bebé que la delató.

—¡Vete, River!

—El portero dice que eres madre soltera. Cree que un tipo te dejó embarazada y luego te abandonó. Soy culpable de muchos crímenes, pero no de este.

El silencio volvió a apoderarse del pasillo y ella tardó en contestarme, como si estuviera reflexionando sobre mis palabras.

—Como si te importara.

—Ni siquiera me diste a elegir, Deborah...

No lo había admitido abiertamente, pero la frase era suficiente para que yo supiera con certeza que la bebé que trataba de ocultar era mía.

Aunque estaba seguro de ello desde que fui a buscarla, la verdad me golpeó con tanta fuerza que me dejó sin aliento. Deborah había quedado embarazada después de nuestro encuentro y me lo había ocultado...

¿Habría sido diferente si me lo hubiera dicho?

Me sorprendí y me enfadé al mismo tiempo.

—Quiero verla.

—No puedes.

—¡Es mi hija, Deborah! —Golpeé con fuerza la puerta con la mano, haciendo que el sonido resonara en el interior.

Los llantos de la bebé se hicieron aún más fuertes.

—¿No ves que la estás asustando?

—Sería mucho más fácil si me dejaras entrar.

—No te dejaré entrar.

—¿Por qué no?

—¿De verdad? ¿Necesito enumerar las razones?

—Me juzgas por hechos de los que no tienes pruebas y rumores que has oído. Si ningún tribunal tiene un caso contra mí, ¿por qué sigues insistiendo en esto?

—No por esconder bien tus trapos sucios eres inocente.

Respiré hondo, intentando encontrar las mejores palabras para que me escuchara, por difícil que fuera. A Deborah le gustaba usar la justicia, así que esta podía ser mi única alternativa.

—No me hagas solicitar un abogado.

—¿Lo dices de verdad?

—Podría tirar esta puerta abajo, pero tal vez sea mejor usar tus propios términos. Ya que tanto quieres verme en un tribunal, ¿qué tal en uno especialista de lo familiar?

—No tienes pruebas de que sea tuya. —Intentaba utilizar todos los argumentos para convencerme, pero yo no iba a echarme atrás tan fácilmente.

—Apuesto a que una prueba de ADN podría solucionarlo.

—No voy a...

—Puedo encargarme de eso.

Ella volvió a quedarse en silencio por un momento, hasta que escuché el ruido de su pie golpeando el suelo. Esa mujer sabía cómo hacer hervir mi sangre.

—No te dejaré entrar y la policía ya está en camino.

Oí el sonido de las sirenas y resoplé con rabia.

¡Mierda, Deborah!

—Si quieres que sea bajo tus términos, así será entonces.

Enfurecido, tuve que controlar la angustia y dar marcha atrás.

Había venido hasta aquí para disuadirla de intentar perseguirnos, pero no pude resistirme al deseo que mi cuerpo aún sentía por ella. Solo que no esperaba que eso la hubiera dejado embarazada.

A pesar de mi sorpresa, no iba a dejarlo pasar como si no me importara.

Apenas retrocedí unos pasos, la puerta de la escalera se abrió, y unos policías subieron con sus armas en alto, apuntándome.

—Hola, oficiales. —Sonreí, tratando de no mostrar lo irritado que estaba por toda la situación.

—Señor Lansky... —murmuró uno de ellos.

—Recibimos un llamado por disturbios —dijo otro.

—Creo que ha sido un pequeño malentendido, pero no importa porque ya me voy. ¿Podrían bajar sus armas?

—Por supuesto, señor. —No pensaron ni un momento antes de cumplir mi orden.

—Buenas noches. —Pasé junto a ellos y entré en el ascensor.



DEBORAH Lennox

Capítulo veinticinco

Cuando oí las voces de los policías y a River alejarse, dejé escapar un suspiro de alivio y me eché a llorar inmediatamente después.

Pensé que nunca tendría problemas con él, que River no sería un padre para mi hija. Veía los informes y solo me imaginaba a un chico malo que desde luego no tenía planes de ser padre. No le hacía falta, yo ya había decidido por los dos y cuidaría de Karen por mi cuenta. Aquella historia de querer a la niña después de tanto tiempo probablemente solo era una excusa para molestarme.

—¡Señorita Lennox! —Inmediatamente después llamaron a la puerta con otra voz, pero aun así no me atreví a abrir porque estaba aterrorizada—. ¿Está todo bien ahí dentro?

—Sí.

—El señor Lansky ya se ha ido.

—Me di cuenta.

—¿Quiere que vayamos a inspeccionar su departamento?

—No es necesario.

—¿Segura?

—Absolutamente.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Oí el ruido del ascensor poco después y supuse que se habían marchado.

Volví al sofá con mi hija aún en brazos y la acomodé mejor en cuanto me senté, observando su carita. Me miraba fijamente, como si no entendiera todo lo que ocurría a su alrededor.

—Te quiero, mi pequeña. —Le besé la frente.



Capítulo veintiséis

Cerré de golpe la puerta del coche, oyendo el eco del impacto metálico, y entré en la casa pisando fuerte como un toro furioso, a punto de cornear al hombre que agitaba la capa roja.

—Hijo, ¿qué pasa? —me preguntó mi madre cuando me crucé con ella de camino a mi habitación, pero no le dije ni una palabra.

Todavía estaba lidiando con todo y no era el mejor momento para dar explicaciones. Necesitaba estar solo y luchar contra la rabia y el dolor que me estaban volviendo loco.

Entré en mi habitación y tomé uno de los adornos de mi escritorio, lanzándolo contra la pared. Era difícil controlarme e imposible no rugir de rabia.

—¡River! —Mi madre apareció en la puerta de mi habitación, acompañada de mi hermano y mi padre.

Los tres se me quedaron mirando, intentando comprender el motivo de mi explosión.

—Déjenme en paz. —Hice un gesto con la mano, queriendo que se fueran.

—River...

—¡Es serio, mamá! ¡Dame un respiro!

—Fuiste a buscarla, ¿verdad? —Steven quería saber.

—Así es. —Acabé admitiéndolo.

—¿Buscar a quién? —la pregunta de mi hermano no hizo más que confundir aún más a mi madre.

—Fernanda... —Mi padre intentó alejarla.

—¡Cálmate, Lucian! Quiero saber qué le pasa a nuestro hijo.

—Después hablaré, mamá.

—Bueno... —Ella asintió y salió de la habitación.

Steven entró y cerró la puerta.

—Sabes que no te dejará en paz, ¿verdad?

Asentí. Ambos conocíamos demasiado bien a mi madre para entender que, de una forma u otra, querría estar al tanto de la situación.

—No quiero decirle que ahora tiene una nieta.

—Entonces, ¿estás así de enojado porque la niña es tuya? Te dije que simplemente podías dejarlo pasar.

—Estoy enfadado porque Deborah me la ocultó. Y lo que es peor, no me dejó verla. ¡Es mía, maldita sea! Tengo derecho.

—¿Es eso realmente lo que quieres?

Puse los ojos en blanco y fulminé a mi hermano con la mirada, resoplando de nuevo.

—Quiero darte un puñetazo, y te lo voy a dar si no dejas de decir tonterías.

—¡Está bien! —Levantó las manos en señal de rendición y se alejó unos pasos—. Sé lo que es lidiar con una mujer difícil. —Soltó una risa—. Vamos allá y nos llevamos a la niña. Problema resuelto.

—¿Para que Deborah siga viéndome solo como un criminal?

—¿No es eso lo que somos? —Steven se encogió de hombros.

—Tengo derecho a vivir con mi hija. No necesito utilizar medios ilegales ni la fuerza para hacerlo.

—¿Qué piensas hacer entonces? —Steven enarcó las cejas, probablemente sorprendido por mi discurso.

—Jugar con las reglas que ella conoce.

—Quiero ver cómo haces eso. —Steven se rió.



Capítulo veintisiete

Caminaba de un lado al otro del apartamento, inquieta y cada vez más impaciente. No había dormido ni un segundo durante la noche y no podía alejarme del lado de la cuna de mi hija, temía dejarla sola y perderla.

Mi celular empezó a sonar, y tardé en contestar, solo lo hice cuando vi que era Tatiana.

—Hola. —Mi tono era bajo y nervioso.

—¿Dónde estás?

—No puedo salir de casa.

—¿Cómo que no puedes?

—No quiero dejar sola a Karen.

—¿Acaso no está con la niñera? ¿O no ha llegado?

—Sí, pero... —Se me cortó la voz.

—Deborah, ¿qué pasa? Te necesitamos aquí para preparar a los testigos para el interrogatorio de mañana.

—River apareció aquí ayer —confesé.

—¿Cómo?

—Sabe que Karen es su hija.

—¿Se lo dijiste?

—No, pero no es idiota. —Fruncí los labios, intentando contener las ganas de gritar.

—¿Y qué pasó?

—Solo se fue cuando llamé a la policía.

—Entonces ya se fue, ¿no?

—Creo que va a volver. —Empezaba a entrar en pánico, esa sensación de inquietud me estaba devorando y no desaparecía.

—¿Crees? —repitió, poniéndose más tensa—. Deborah, tienes que ir a la policía. Llama a tu amiga del departamento de víctimas especiales. ¿Cómo se llama?

—La sargento Madison.

—¡Sí! Ella debería poder ayudarte.

—Para hacer eso, tendría que decir la verdad, Tatiana. Que todos sepan que el verdadero padre de Karen es River Lansky.

—Parece que no podrás evitarlo durante mucho más tiempo.

—¿Y mi carrera?

—¿Es realmente tu prioridad en este momento?

—No. —Tuve que confesar—. Solo quiero que mi hija esté conmigo y a salvo. No importa lo que tenga que sacrificar.

—Entiendo exactamente cómo te sientes, Deborah. Por eso no creo que puedas mantener este secreto por más tiempo.

—Se lo vas a decir a Tyler, ¿verdad? —Era fácil llegar a esa conclusión ante toda su insistencia.

—Creo que es tu secreto y depende de ti decirlo, pero te aconsejo que lo hagas antes de que sea demasiado tarde. Tus hermanos y amigos pueden ayudarte a afrontar esta situación. No tienes que pasar por esto sola, Deby.

—Ya lo sé. —Dejé salir el aire de mis pulmones con fuerza—. Es tan complicado...

—Si fuera fácil, no sería vida.

—Tienes razón. —Hice una breve pausa—. ¿Puedes preparar a los testigos por mí? Confío en ti para hacerlo y sé que lo harás muy bien.

—Ellos te estaban esperando a ti.

—Sé que puedes convencerlos de que mi ausencia en este momento no es un problema. Voy a necesitarte por hoy para resolver esto.

—De acuerdo.

—Gracias.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo mismo digo.

Colgué la llamada y volví con mi hija. Estaba tranquila y no parecía a punto de llorar en cualquier momento como el día anterior, y yo solo quería que todo siguiera así…



Capítulo veintiocho

—Señor Lansky. —El abogado abrió la puerta de su despacho para mí, y caminé por el pasillo mientras mis hombres se quedaban afuera, en silencio, vigilando como de costumbre.

El tipo que tenía delante no era conocido por hacer negocios con mi familia ni con ningún brazo de la mafia neoyorquina, pero tenía una reputación bastante sólida en casos de tribunales de familia. Se rumoreaba que era el mejor abogado especializado en disputas por la custodia y, en aquel momento, realmente necesitaba al mejor si quería librar esta batalla por medios legales en lugar de simplemente irrumpir en casa de Deborah y arrebatarle a mi hija.

Aunque estaba cabreado porque la fiscal me había ocultado esa información, sabía que eso no era lo que debía hacer.

—Es un placer darle la bienvenida a mi despacho. —Me indicó la silla que tenía delante y esperó a que me acomodara en ella—. Fue una sorpresa cuando me llamó y me dijo que quería contratar mis servicios. No es el tipo de persona que suele ponerse en contacto conmigo.

—¿Tipo de persona? —Alcé una ceja.

—Joven, guapo, rico...

—¿Puede ayudarme con la solicitud de paternidad o no? —Interrumpí para que no siguiera con ese tema.

—Por supuesto... —Se atragantó—. Será un placer ayudarlo en lo que necesite.

—¡Genial!

—¿Puede contarme algo más sobre su caso?

—Me involucré con una mujer hace alrededor de un año. Tuvimos algunas relaciones sexuales sin protección y luego de un tiempo no la volví a ver. Pero recientemente la encontré y estaba con una niña que se parece a mí, y la edad coincide con nuestro encuentro.

—¿Cree que la niña es su hija?

—Estoy seguro de ello.

—¿La madre lo admitió? ¿Le dijo a usted o a alguien más que la niña es su hija?

—No, pero...

—Eso es un problema.

—¿Problema?

—Me temo que esta situación puede no ser tan sencilla como le gustaría.

—¿No puede presentar una demanda de reconocimiento de paternidad? Haremos la prueba de ADN y me incluiremos en el certificado de nacimiento de la niña. Estoy dispuesto a pagar lo que haga falta. —Apreté el costado de la mesa, recordando la terrible sensación que tuve cuando quise ver a la niña y no pude.

—Desafortunadamente no es tan fácil.

—¿Por qué? —Apreté los dientes, pero intenté no gritar al hombre porque no creía que aquello fuera a ser la solución a mis problemas.

—Primero tendríamos que probar que ustedes estuvieron juntos en la época del embarazo, y rezar para que la niña no esté registrada a nombre de otro hombre.

—¿Otro hombre? —Golpeé la mesa con la mano e hice que el abogado se sobresaltara ante mi arrebato.

—Es desagradable, pero ocurre. Este supuesto padre puede haber reconocido al niño por su propia voluntad o creer realmente que es el padre. El tribunal de familia suele ser muy cuidadoso con estos hechos para que el niño no sufra una disputa innecesaria.

Tragué saliva, dándome la vuelta con una sensación de desasosiego y amargura que me invadía. Había imaginado que hablar con aquel abogado me aliviaría y me haría sentir más tranquilo, pero no era ése el camino que estaba viendo.

—Puedo proponer una conciliación extrajudicial en la que usted se comprometa a pagar la manutención a cambio de que se le reconozca la paternidad de la niña. Sería un acuerdo que, si la madre está de acuerdo, nos ahorraría la lentitud de un juicio y sus apelaciones.

—¿Y si ella no está de acuerdo? —No quería hacer esa pregunta, pero era necesario porque sabía exactamente cómo iba a actuar Deborah. Si ella hubiera querido que yo asumiera la paternidad de la niña, ya habría venido a mí.

—Prepárese para una batalla judicial que podría durar años.

—¿Años? ¿Y el ADN?

—El juez no la obligará a hacerlo.

—¿Por qué no?

—La suposición es que si la madre no quiere hacer la prueba de ADN, es porque la niña no es hija del hombre que está reclamando.

—¿Y si es mentira?

—Sería difícil de probar. A menos que, cuando la niña sea mayor de edad, quiera desafiar la voluntad de su madre y hacerse la prueba por sí misma. Hasta entonces...

—¿Me estás diciendo que voy a tener que esperar casi dos décadas?

—Y podría ser incluso más complicado...

—¡Qué abogado de mierda eres! —lo interrumpí con tono brusco—. Me dijeron que eras el mejor, pero lo único que veo es a un tipo que no tiene idea de lo que está haciendo.

—Solo le informo de todas las posibles novedades de su caso, señor River, porque necesito que las conozca antes de decidirse a seguir adelante.

—El hecho de que ya haya venido aquí significa que quiero continuar. ¿No es suficiente para ti?

—Por supuesto, señor.

—¡Genial! Entonces haz tu trabajo y te pagaré por ello.

Asintió con la cabeza.

—Necesitaré los nombres de la mujer y la niña, y toda la información que considere necesaria para poder empezar a armar el caso.

Tomé la hoja que me extendió y empecé a escribir.

No estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente a mi derecho sobre mi hija.



Capítulo veintinueve

Abrí la puerta de mi apartamento cuando oí la voz de Thomas al otro lado. Él y Tyler habían venido después del trabajo como les había pedido y se sorprendieron al entrar a la sala y mirarme. Yo llevaba el pelo recogido, una blusa holgada y los ojos hinchados que indicaban que no había dormido ni un segundo la noche anterior.

—Deby, ¿qué te pasa? —Tyler mostró su preocupación después de analizarme a fondo.

—Cierren la puerta, por favor —dije, retrocediendo hacia el sofá mientras tomaba unos sorbos del té que Darla me había preparado, aunque ya estaba frío.

—Cuando dijiste que tenías algo importante que contarnos, no me imaginé que sería para tanto —dijo Thomas—. Me imagino que te has metido con algún delincuente peligroso que está amenazando tu vida. Te lo dije, Deby, ser fiscal es arriesgado. Si hubieras trabajado en Lennox...

—Sí, esto no estaría pasando —lo interrumpí. No tenía fuerzas para aguantar los regaños de mi hermano mayor en ese momento—. Pero tampoco tendría a Karen.

—¿Qué? —Se sorprendió Tyler.

—¿De qué estás hablando? —Quiso saber Thomas.

—Les mentí a ustedes y a nuestros padres —Había pasado la tarde entera pensando en la necesidad de decirles la verdad, y ya no iba a huir de eso.

—¿Sobre qué? —Tyler se sentó en el sofá porque enseguida se dio cuenta de que la

conversación podía alargarse.

—Karen no es el resultado de la inseminación artificial.

—Siempre lo he sospechado. —Thomas se rascó el mentón.

—¿Quién es su padre? —Tyler se inclinó hacia mí, deseoso de oír lo que saldría a continuación de mi boca.

—Ahí es donde las cosas se complican. —Tragué saliva y crucé los brazos detrás del cuerpo en señal de incomodidad e inquietud.

Siempre había sido una mujer que expresaba con seguridad mis opiniones y argumentos, pero esta vez era diferente. Quería encogerme, escapar de todo y fingir que no estaba pasando, porque sabía que mis hermanos y el resto de la familia no tomarían bien esa revelación.

Había huido de la verdad demasiado tiempo, y ahora esa verdad me estaba devorando.

La mentira tiene patas cortas.

—¿Qué tan complicado, Deby? —Thomas me miró fijamente.

—¿Es un funcionario judicial? ¿O un policía? ¿Un hombre mayor? —Tyler empezó a hacer suposiciones.

—¿Está casado?

—¡No, Thomas!

—Entonces dinos quién es. —Tyler se cruzó de brazos y torció los labios, mostrando lo impaciente que estaba.

—¿Me prometen que no se asustarán?

—No estás ayudando —dijo Thomas.

—Él... —Inhalé profundamente, buscando la fuerza para contarlo.

—¿Él qué?

—Es River Lansky.

—¡¿QUÉ?! —Gritaron los dos a la vez como si les hubiera dado el mayor susto de la historia.

—¿Es una broma, Deborah? —Thomas se puso aún más serio.

—Ojalá fuera así. —Aparté la mirada y me crucé de brazos porque no podía mirarlos fijamente sin sentirme acorralada.

—No puedo ni imaginarte teniendo sexo con este tipo. —Tyler estaba completamente perplejo y no esperaba una reacción diferente.

—¿Cuándo ocurrió esto? —Thomas continuó con el cuestionario.

—Hace un año.

—Solo dime que no sigues acostándote con ese delincuente —murmuró Tyler, incapaz de asimilarlo.

—No lo estoy viendo.

—De todas las mujeres del mundo, nunca hubiera esperado esto de ti, Deby. ¿Por qué involucrarte con alguien así? —Tyler se masajeó las sienes, molesto.

—Sucedió cuando intentaba armar el caso contra su familia...

—¿Te secuestró? ¿Te ha hecho daño? —Tyler negó con la cabeza, aún tratando de encontrarle sentido a todo aquello.

—No.

—Ahora entiendo por qué dejaste el caso. ¿Tienes idea de lo que puede pasar si se enteran de tu metedura de pata?

—¿Por qué crees que lo escondí? No quería que nadie lo supiera.

—Deberías habérnoslo dicho —Exigió Thomas.

—Dudo que hubiera cambiado algo —murmuré, cruzándome de brazos en una postura temerosa.

—¿Y por qué nos lo dices ahora?

—River lo descubrió.

—¿Crees que él va a querer a la niña tanto como para atraer la atención sobre él? —Thomas intentaba ser racional.

—Todo lo que sé es que conozco a hombres que cometen errores terribles en nombre de su propio ego e imagino que con él no es diferente.

—Te quiero lejos de ese tipo, Deby. —Thomas se impuso como si de alguna manera tuviera ese poder.

—¿Qué crees que intento hacer? —murmuré.

—Contratemos guardias de seguridad...

—No creo que dos hombres armados sean suficientes para detener a un Lansky. El hecho de que nunca haya habido nada contra ellos demuestra cuánto poder e influencia tienen sobre toda la ciudad. Tienen al alcalde y al gobernador en sus manos. Eso ya lo sabemos —reforcé lo obvio.

—¿Y si te vas a otra ciudad? —sugirió Tyler.

—¿Y abandonarlos a todos? —Thomas respondió por mí—. Esa no es la mejor alternativa, hermano. Debe haber otras formas...

Mi discurso se interrumpió cuando oí sonar el intercomunicador y tragué saliva. *¿Era él otra vez?*

—¿Quieres que conteste yo? —Se ofreció Thomas cuando se dio cuenta de que estaba pálida.

—Por favor.

Mi hermano fue hasta el intercomunicador y tardó unos segundos antes de decir algo y

colgar de nuevo.

—Es un oficial del registro civil.

—¿Estás esperando un documento, Deby? —Tyler volvió a dirigirse a mí.

—No que yo recuerde.

—A lo mejor es algo relacionado con un caso y se te ha olvidado —comentó Thomas mientras volvía al sofá.

—Espero que sí.

Solo pasaron dos minutos hasta que alguien llamó a la puerta y fui a abrir, aunque temía que fuera una trampa. Al otro lado de la puerta había un hombre canoso vestido de traje con un sobre en la mano que me entregó. Efectivamente era un oficial, pero yo no estaba preparada para ese golpe.

—No me lo puedo creer. —Dejé caer el sobre al suelo y me quedé en estado de shock tras leer lo que decía.

—Deborah... —Tyler se levantó y tomó el papel—. No puede ser que haya hecho esto...

—Sí, lo hizo —tartamudeé, aún en estado de shock.

—¿Qué hizo? —preguntó Thomas.

—Envió una notificación extrajudicial a Deborah solicitando un acuerdo sobre el reconocimiento de la paternidad de Karen y la autorización de un régimen de visitas.

—No lo quiero cerca de mi hija.

—¡Carajo! —Tyler se dejó caer en el sillón—. ¿La ha visto, Deborah?

—No se lo permití.

—¿Ni siquiera unos segundos?

—Bueno, cuando estaba con ella en el parque.

—Uf... Mejor que ese tipo vea a la niña.

—¿Te has vuelto loco, Tyler? —Thomas explotó en mi lugar—. ¿De dónde sacas esa idea? ¡Obviamente Deborah no debe permitir eso!

—Cuando vi a mi hijo después de que nació, supe que, por más que Tatiana intentara impedirlo, haría lo que fuera por mi derecho a estar con él. Si ese tipo no quisiera nada con Karen, ¿de verdad creen que buscaría un acuerdo legal?

—¿Quieres decir que me va a quitar a mi hija y tú estás de acuerdo? —Apreté los dientes y gruñí a mi hermano.

—Eso no fue lo que dije. —Tyler intentó esquivar mi arrebato de furia—. ¿Le dijiste alguna vez que estabas embarazada?

Negué con la cabeza.

—Bueno, el tipo ha descubierto que es padre y quiere a su hija. No hay nada malo en ello.

—¿No pasa nada malo? —Al menos Thomas estaba a mi lado.

—Thom, ¿tú no habrías luchado por John si Helena te hubiera escondido que era tu hijo?

—Es completamente diferente. —El mayor intentó defenderse—. Amo a mis hijos.

—¿Y solo porque hay rumores sobre su familia él no tiene derecho a amar a su hija?

—¿De verdad vas a ser el abogado del tipo?

—Hago de juez y analizo los bandos. Yo era el peor padre al principio. Tatiana lo sabe muy bien. Pero cuando la vi embarazada y supe que era real, fue como si algo cambiara dentro de mí. Hoy no hay nada que quiera más en mi vida que a mi hijo, aunque no estuviera casado con su madre.

Thomas se quedó callado, los argumentos de Tyler eran demasiado buenos para ignorarlos sin más, pero aumentaban mi angustia, porque eran un gran indicio de que River no iba a darse por vencido con la bebé.

Me acurruqué en el asiento del sofá y me quedé mirando al techo durante unos segundos, completamente conmocionada.

Conocía muy bien la ley y sabía qué derechos tenía, por mucho que intentara privarlo de ellos, pero al mismo tiempo tenía miedo de vivir con él, de su presencia y de sentir algo tan prohibido que fuera más allá de la moral.

—Puedes dejar que vaya a juicio. —Thomas me acarició el hombro, tratando de tranquilizarme—. Niégate a hacer el ADN y deja que agote todas las vías posibles.

—Es un proceso largo y agotador para ambas partes —afirma Tyler—. Para un multimillonario como él, los recursos no son un problema.

—Ya será difícil para ti y para Karen si él se mantiene solo en el ámbito legal. Pero seamos honestos, no tengo idea de lo que alguien como él puede llegar a hacer con todo el poder que tiene.

—¿Y dejarlo vivir con nuestra sobrina? —Thomas se cruzó de brazos, inflando el pecho.

—Es mejor que arriesgarse a que nuestra hermana pierda la custodia por alienación parental.

—Nuestra hermana puede luchar con las armas que tiene.

—Él también lo hará, por lo visto. —Mostró la notificación.

Tyler puso el papel sobre la mesa de centro y me rodeó con sus brazos, acercándome más.

—Deby, mira, sé que estás pensando en lo mejor para tu hija, pero hay cosas que el juez puede analizar de otra manera, especialmente si River puede probar la paternidad. Lennox & Associates tiene algunos especialistas en derecho de familia, pero seamos sinceros, el bufete siempre se ha centrado en el derecho corporativo, como el propio Thomas. Puedes buscar en otra parte un abogado excelente, pero también sé que este hombre tiene acceso a los mejores abogados que el dinero puede pagar.

—Tyler... —murmuré.

—El juez tiene razón. —Thomas lo admitió y me sentí derrotada—. La mejor salida es un acuerdo de visitas cada quince días, si el tipo acepta.

—¿Si?

—Debería haber pensado más con quién te acostabas.

Apreté los dientes, y estuve a punto de estrangular a mi hermano mayor.

Karen empezó a llorar, así que me levanté del sofá.

—Mi hija debe tener hambre.

—¿Quieres que hagamos algo? —Tyler se ofreció.

—Ya hicieron suficiente —bufé.

—Si quieres, podemos quedarnos un poco más. —Thomas me acarició la mejilla como solía hacer cuando yo era pequeña y temía por mis pesadillas.

—No es necesario.

—¿Segura?

—Sí. —Me aparté de ellos cuando Karen siguió llorando—. Hablaremos más tarde.

Dejé a mis hermanos en la sala y fui al cuarto de mi hija, con el amargo sabor de la derrota en la boca, incluso antes de enfrentarlo en un tribunal.



Capítulo treinta

Aplasté una bola de papel contra la pared después de arrugar uno más de mis dibujos. La paciencia no era una virtud que me sobrara últimamente. Esperar el siguiente paso del abogado y confiar en que haría lo mejor no estaba facilitando nada.

Lancé una pelota a la puerta al abrirse, pero antes de que le diera a mi madre en la cara, ella consiguió atraparla, demostrando que, a pesar de su edad, seguía teniendo buenos reflejos gracias a su entrenamiento.

—Parece que alguien sigue muy enfadado.

—Quisiera tener más paciencia.

—¿Quisieras? —Entró y se sentó en el borde de mi cama, como hacía cuando yo era niño y quería acercarse a mí—. ¿Por qué no te sientas aquí? —Palmoteó el espacio vacío a su lado.

—No, mamá...

—Antes eras más abierto conmigo.

—No es el mejor momento.

—¿Por qué crees que no puedo ayudarte?

—No creo que puedas —murmuré.

—Solo lo sabrás si intentas contarme. ¿Cuántos meses tiene?

—¿Meses? —Me sobresalté con su pregunta.

—Tu hija.

—¿Cómo lo sabes?

—Escuché murmullos por la casa.

—Steven, ese bocón. —Apreté el lápiz entre los dedos e hice que se partiera por la mitad.

—No es culpa de tu hermano. Oí parte de una conversación entre él y Manuela.

—De todos modos, se lo dijo a alguien.

—En algún momento descubrirás que es muy difícil guardar un secreto en un matrimonio. Por eso un cónyuge no puede testificar en contra del otro.

—¡Lo que sea! —Me encogí de hombros.

—¿Y mi pregunta sobre la niña?

—Tres meses y medio. Mi abogado consiguió acceso a su acta de nacimiento.

—Y no tiene información paterna.

—No.

—Imagino que eso te enfada.

—No tienes ni idea.

—No puedo imaginarme cómo sería si en algún momento no pudiera vivir contigo, así que entiendo por qué estás tan disgustado. Pero también puedo imaginar por qué tomó esa decisión.

—¿De verdad? —murmuré.

—Es fiscal, hijo mío.

—No tienen pruebas de nada que yo haya hecho.

—Nuestra familia tiene un historial en esta ciudad. Jamás podría haber seguido trabajando en el FBI si se supiera de mi matrimonio con tu padre. Aunque nunca lo hayan arrestado ni acusado formalmente, todos lo saben, pero nadie tiene pruebas. Siempre ha sido así.

—¿Entonces crees que debería olvidarme de mi hija?

—Yo nunca dije eso.

—¿Entonces?

—Ten un poco más de paciencia e intenta ser cuidadoso.

—Es difícil ser paciente. —Arrugué otra hoja de papel para tirarla contra la pared—. Es como si con cada momento que pasa, pierdo una parte de la vida de mi hija que luego me hará falta.

—Lo entiendo, hijo, pero no querrás meter la pata.

Negué con la cabeza.

Mi teléfono móvil empezó a vibrar sobre el escritorio y me sorprendí al darme cuenta de que era el número de Deborah.

—Hola —respondí sin pensármelo dos veces.

—¿Una notificación extrajudicial? —Estaba irritada al otro lado de la línea y no podía ocultarlo en su tono.

—Estoy jugando con tus armas.

—¡Esto no es un juego, River! —Alzó aún más la voz.

—Prefieres que lo llame una disputa.

—Preferiría que te mantuvieras alejado.

—Eso no va a pasar, porque es mi hija. —Fui firme en mi tono para que tuviera la certeza de que no iba a cambiar de opinión.

—Es solo una idea que te has metido en la cabeza.

—¿De verdad? Entonces, ¿quién es el padre que no pusiste en el acta de nacimiento de Karen?

—¿Estás dispuesto a seguir adelante? —Intentó cambiar el tono y la dirección de la conversación.

—Sabes que sí.

—Está bien, te dejaré verla.

—¿Cuántas veces a la semana?

—¿Veces por semana? —repitió, incrédula—. ¡No! Solo esta vez. La miras y nos dejas en paz.

—Quiero ser parte de su vida, Deborah.

—Eso no va a ocurrir.

—Mi abogado puede hacer que el juez piense diferente.

—¿De verdad estás dispuesto a llegar tan lejos?

—Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

—Es inútil.

—¿Estás tan segura?

Guardó silencio unos segundos, como si estuviera considerando lo que acababa de decir.

—Si cambias de idea en unos meses...

—No lo haré. No soy de los que cambian de opinión fácilmente, pronto lo verás —afirmé, enfatizando la última frase.

—¿Cuándo quieres verla? —Deborah cedió.

—Preferiblemente hoy.

—Mañana por la noche. Pero solo si me prometes que no te aparecerás de improviso en mi casa otra vez.

—Si llegamos a un consenso, eso no ocurrirá.

—Está bien. Pensaré en un lugar y te daré los detalles.

—De acuerdo.

No dijo ni una palabra más, se limitó a colgar, insistiendo en lo mucho que quería alejarme. Fueran cuales fueran sus motivos, era mi hija y no iba a renunciar a ella.

—¿Era ella? —preguntó mi madre.

Asentí.

—Parece que lo de ir al abogado funcionó.

—Eso es lo que espero...

Mi madre se levantó, se acercó a mí y me besó en la cabeza.

—Todo saldrá bien, hijo mío. Estoy ansiosa por conocer a mi nieta.

—Gracias.

Esperé a que ella saliera de la habitación y entré en el cuarto de baño. Estaba tan agotado que necesitaba una ducha.



DEBORAH Lennox

Capítulo treinta y uno

Ese día llevé a Karen conmigo a la fiscalía, junto con su niñera. Solo quería asegurarme de que mi hija estaba a salvo y encargué a Tatiana que la vigilara mientras yo asistía a una audiencia.

Sin embargo, cuando el día se acercaba a su fin, recibí la llamada que tanto temía: River quería saber dónde podíamos encontrarnos para ver a su hija. Pensé en mi departamento y luego en casa de mis padres, pero luego decidí que un lugar neutral llamaría menos la atención y nos mantendría alejados, al menos de momento, de los rumores de la gente.

Elegí un hotel cercano a las atracciones turísticas de la ciudad y con gran afluencia de gente, así como una comisaría de policía. Thomas estaba conmigo, junto con algunos guardias de seguridad que había conseguido.

—Si tú... —Thomas empezó a hablarme mientras empujaba el cochecito de mi hija, pero se detuvo al oír un ruido en la puerta.

—Creo que es él.

—¿Puedo abrir?

Asentí.

Sentí una opresión en el pecho, miedo. Pero en el fondo, sabía que era lo correcto.

En cuanto Thomas abrió la puerta, vi a River.

—¿Estás armado? —le preguntó mi hermano en tono serio.

Sin decir nada, River sacó un revólver que llevaba en la cintura y se lo entregó a uno de los hombres que estaba con él y que permaneció afuera.

—¿Ahora puedo ver a mi hija? —Thomas vaciló, pero acabó apartándose para dejarlo pasar.

La cercanía de River me descolocó, como siempre que se acercaba. Me di cuenta de que más que su historial, era esa sensación lo que me aterraba. Era como si no pudiera reconocerme a mí misma cuando estaba con él, y luchaba contra eso.

—Hola, hija… —La sonrisa que se apoderó de sus labios cuando se inclinó sobre el cochecito y tomó a Karen en brazos parecía muy sincera.

Tuve que reconocer que Tyler tenía razón. River quería a la niña y no lo hacía solo para molestarme.



Capítulo treinta y dos

Ya había experimentado muchas sensaciones en mi vida, de dolor y desesperación, de éxtasis y alegría, pero tener a esa bebé en mis brazos y verla abrir sus ojitos para sonreírme fue como si me hubieran dado definiciones que no conocía, enseñándome nuevos significados de la palabra amor.

Steven tenía hijos, su papel como jefe era asegurarse de que nuestra familia siguiera dirigiendo la ciudad incluso cuando él ya no estuviera capacitado para ello. Yo no tenía las mismas responsabilidades, ni siquiera pensaba en cuándo sería padre.

—Karen... —Le di un beso en la coronilla y ella estiró su manita y me la puso en la mejilla.

Sentí que podría pasarme el resto de mi vida mirándola sin necesitar nada más.

En ese momento me di cuenta de que mi lucha por ella había merecido la pena y no descansaría hasta ser una presencia constante en su vida.

—Puedes volver a ponerla en su cuna —dijo el hermano de Deborah, tratando de poner fin a mi momento.

—Espera, Thomas... —fue ella quien lo detuvo—. Deja a River.

—Pero... —Parecía confundido.

—Todo va bien.

El tipo asintió y no dijo nada más, aunque su expresión dejaba claro que la actitud de su hermana no tenía sentido para él.

—¿Puedo sentarme con ella en el sofá? —le pregunté a Deborah, que asintió con la cabeza.

No sabía exactamente qué hacer y todo el asunto de la paternidad era completamente nuevo para mí, pero estaba seguro de que me esforzaría por cumplir las expectativas.

—¿Ella necesita algo? —me atreví a preguntar.

—No. —Deborah cruzó los brazos delante de su cuerpo.

Aunque no me quitaba a la niña, era evidente que se sentía incómoda viéndonos tan cerca.

Tardó un rato, pero volvió a hablar.

—¿Seguro que quieres esto? ¿Ser su padre?

—Completamente.

Con la bebé en brazos, esta afirmación se hizo aún más indiscutible.

—No necesitamos convertir esto en una disputa legal —dijo, retrocediendo un poco, lo que me hizo sentir un alivio momentáneo.

—Nunca ha sido mi deseo. Solo lo haré si no tengo alternativas.

—Te dejaré verla.

—¿Con qué frecuencia?

—Quince días.

—Deborah, no. Cambian tan rápido en esta etapa —intenté argumentar—. Ya he perdido tanto de su vida que no quiero sentir que pierdo más.

—El juez... —Apretó los dientes cuando la interrumpí.

—No tendremos que ir tan lejos si me dejas verla una vez a la semana.

—Pero... —Reflexionó un momento sobre mi propuesta y luego asintió brevemente—. Una vez a la semana bajo mi supervisión y no te la llevarás a tu casa.

—Está bien, ¿y si mi madre quiere verla?

—¿Tu madre? —Cerró los ojos sorprendida por lo que le había dicho.

—Quiere conocer a su nieta.

—Siempre que venga en tus visitas, está bien.

—Estupendo.

Volví a mirar a mi hija, que estaba tranquila en mis brazos, hasta que de repente se puso a llorar sin que yo pudiera entender por qué, porque no había hecho gran cosa.

—Devuélvemela. —Deborah extendió los brazos.

—Pero...

—Tiene hambre.

—De acuerdo. —Dejé que se llevara a su hija y me quedé mirando.

Se dirigió a un sillón del salón y se sentó, sacando uno de sus pechos del escote y dejando que la bebé lo chupara.

Me incliné hacia ellas para observar el momento. Dos bebés habían crecido en mi casa, pero nunca les presté atención hasta que vi a una que era mía.

No es que no me importaran los hijos de mi hermano, pero solo los veía como los niños de la casa, con una obligación moral de protegerlos. Eran el futuro de nuestra familia y necesitaban cuidados, pero el sentimiento era completamente diferente.

—Creo que ya es hora de que te vayas. —Su hermano se detuvo delante de mí y acabó bloqueando mi campo de visión, lo que me hizo apretar los dientes con irritación.

Quería pasar más tiempo con ellas, preferiblemente a solas, pero aquel tipo indicaba que no confiaban en mí para hacerlo, pero había llegado a un acuerdo con Deborah sobre ver a mi hija e iba a aceptar esa victoria por el momento.

—Muy bien... —Me puse de pie frente a él con el pecho hinchado. El abogado era mayor que yo, pero dudaba que fuera más fuerte o tuviera el mismo entrenamiento de combate. Mientras él estudiaba casos, yo había aprendido a sobrevivir.

Pasé a su lado, lo rodeé y me detuve junto a Deborah.

Me incliné y besé en la frente a mi hija, que seguía mamando tranquilamente.

—Cuídate, angelito.

Me acerqué al rostro de Deborah, y ella giró la cabeza, asegurándose de que mi beso cayera en su mejilla, lejos de su boca. Tendría que contener mis impulsos y deseos, al menos por ahora.

—Me pondré en contacto para que combinemos.

Ella asintió.

Salí por la puerta, donde me esperaban mis hombres, y me fui.



DEBORAH Lennox

Capítulo treinta y tres

—No puedo creer que hayas aceptado que él la visite —dijo Thomas, elevando la voz mientras cerraba la puerta del cuarto de hotel en cuanto River se fue.

—¿Qué querías que hiciera? —Acaricié a mi hija, que se sobresaltó por el tono de su tío, pero pronto empezó a mamar de nuevo.

—Que le dijeras que no.

—¿Crees que aceptaría?

—Él... —Thomas reflexionó, dándose cuenta de que su reacción era más impulso que racionalidad

—Es su padre, Thom.

—Intentaste ocultarlo.

—Todo lo que pude, pero que no iba a funcionar para siempre. Estás acostumbrado a las disputas judiciales, ¿someterías a las gemelas o a John a algo así?

—No. —Inclinó la cabeza, obligado a admitirlo—. Pero Helena es una gran madre.

—No puedo decir que River sea un mal padre.

—¡Es un criminal! —Se llevó las manos a la cintura, enfadado.

—No condenado. Inocente hasta que se demuestre lo contrario es el principio de la

justicia. Pasé dos años intentando probar la implicación de la familia Lansky con el crimen organizado en la ciudad, pero no conseguí nada. Sabes que el jurado y el juez no se conforman con rumores.

—Por no hablar de que el alcalde come de su mano —balbuceó Thomas.

—Solo estoy pensando en el aspecto legal. Ni siquiera quiero considerar el poder que tiene River para sobornar y coaccionar.

—Podría quitarte a la niña.

—Podría —admití con una amargura que hizo que se me oprimiera el pecho de desesperación.

Si River quería convertir mi vida en un infierno, tenía todos los recursos que necesitaba para asegurarse de que no volviera a ver a mi hija, y solo de pensarlo me daban ganas de llorar.

Una lágrima corrió por mi mejilla y Thomas se acercó para acariciarme el hombro.

—¡Tranquila!

—Si él no tiene paciencia con la justicia, puede secuestrar a Karen y no habrá departamento de policía que me devuelva a mi hija. —Empecé a sollozar.

—No va a hacer eso. —Thomas solo intentaba calmarme, porque no tenía ninguna propiedad que reclamar.

—Estoy aterrorizada —admití.

—Eres una fiscal muy competente en Nueva York, podrás negociar el mejor acuerdo.

—Veremos cuánto tiempo más conservo mi empleo.

—¿Crees que el fiscal general te va a despedir?

—Cuando el tribunal de la opinión pública se entere de que tengo una hija con River Lansky podría haber presiones.

—Si eso ocurre, tu lugar en Lennox & Associates siempre estará disponible.

—De vuelta a defender empresas millonarias…

—Oye, no menosprecies mi trabajo. —Mi hermano mayor hizo una mueca y yo me reí durante un breve segundo.

Su teléfono empezó a sonar y vi cómo lo sacaba del bolsillo y se daba cuenta de quién llamaba.

—¡Papá, ¿dónde estás?! —Escuché la vocecita de una de las gemelas al otro lado de la línea.

—Estoy con la tía Deby.

—¡Invítala a comer pastel! Nosotras lo hicimos.

—¿Usaron el horno?

—No, esa parte la hizo mamá.

—Menos mal. Compórtense, ya vuelvo a casa.

—De acuerdo.

Thomas se despidió de su hija y guarda el móvil.

—¿Vamos a mi casa? Tengo que ocuparme de dos niñas traviesas que toquetean la cocina.

—Hoy no. Quiero ir a mi apartamento. Necesito estar con mi hija y ordenar mi cabeza.

—Si ese tipo aparece...

—No va a hacernos daño, Thom.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo sé.

—Voy a llevarte a casa. —Asintió finalmente, pero antes de irse, añadió—. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme.

Asentí y me levanté cuando mi hija terminó de comer.



Capítulo treinta y cuatro

—¿La has visto? —Mi madre estaba sentada en un sillón de mi habitación y se levantó cuando entré.

—Sí. —Mi sonrisa fue completamente involuntaria.

—¿Cómo es ella?

—Tan hermosa...

—¿Tienes fotos?

Hice un gesto negativo, lamentando mentalmente, pero no había sido mi prioridad en ese momento; todo lo que deseaba era tenerla en mis brazos.

—¿Tú y su madre llegaron a algún acuerdo?

—A pesar de que su hermano estaba allí, Deborah accedió a que viera a la niña una vez a la semana.

—Estupendo.

—Quisiera más…

—Tienes que tomártelo con calma, hijo mío —me interrumpió para que pudiera reflexionar.

—Ya lo sé. —Respiré hondo—. No quiero que me excluyan más de su vida.

—Estoy segura de que no vas a permitir que eso pase.

—No lo haré.

—Me alegro. —Me acarició la mejilla con una sonrisa.

—¿Fernanda? —Mi padre apareció en la puerta del cuarto y noté que ella estaba arreglada.

—¿Van a salir? —Observé mejor su vestido negro.

—Tu padre me va a llevar a ver una obra de Broadway.

—Que disfruten del teatro.

—Gracias. —Me besó la mejilla—. Mi niño.

Una vez que ella salió, asentí a mi padre con un gesto de cabeza y cerré la puerta, dejándome caer en la cama.

Mi situación podría ser más tranquila si no hubiera perseguido tanto a la fiscal, pero no me arrepentía en absoluto de mi relación con Deborah. Si no hubiera sido por ella, probablemente nunca hubiera descubierto cuánto deseaba ser padre.

Saqué el móvil del bolsillo e intenté enviarle un mensaje.

River:

¿Cómo está Karen?

Pasó tanto tiempo sin recibir respuesta que empecé a pensar que no me contestaría.

Deborah:

Está bien. Ha estado durmiendo desde que tomó el pecho.

River:

Eso está bien.

Pasó otro largo momento mientras sostenía el celular y miraba el mensaje leído. Pensé que la conversación terminaría allí, hasta que mi pecho dio un extraño vuelco cuando su estado cambió a “escribiendo”. Ella estaba redactando una respuesta y esperé ansioso. Entonces el texto de “escribiendo” desapareció y pensé que había desistido.

Ese día había progresado y, aunque no era exactamente lo que quería, era mejor tomárselo con calma. La paciencia nunca había sido una virtud mía, pero tenía que aprender a equilibrarla para que funcionara.

Respiré hondo y dejé caer el móvil sobre la cama, pero, para mi total sorpresa, vibró con un mensaje suyo. Deborah se había armado de valor para enviar lo que había tecleado tan despacio.

Deborah:

¿Haces esto porque realmente quieres a Karen o solo para molestarme?

River:

Quiero a mi hija.

Deborah:

No va a ser fácil para ella.

River:

No lo hagas más difícil.

Deborah:

Toda mi familia se asustó cuando se enteraron de que eras su padre.

River:

Me juzgan demasiado.

Deborah:

Como si no tuvieras culpa en todo esto.

River:

Son suposiciones.

Deborah:

Porque escondes todas las pruebas.

River:

Más suposiciones.

Deborah:

Te estás saliendo como un buen abogado.

River:

Alguien tiene que defenderme.

Deborah:

Tienes ese derecho.

River:

Al menos ese.

Otra pausa, pero esta vez fui yo quien no permitió que la conversación muriera, a pesar de que era arriesgado llevarla en esa dirección.

River:

Quiero que mi nombre figure en el acta de nacimiento de Karen.

Deborah:

¿Estás loco? ¿Tienes idea de los problemas que esto podría causarme?

River:

Entonces es más sobre los problemas que puedes tener que sobre mi derecho y el de nuestra hija.

Deborah:

Es una responsabilidad de la que no puedes echarte atrás.

River:

Soy muy consciente de ello.

Deborah:

Más te vale.

River:

No tiene por qué ser una disputa.

Deborah:

No lo parecía cuando me enviaste esa notificación.

River:

No me diste ninguna otra opción.

Deborah:

¿Qué habrías hecho si te hubiera contado lo del embarazo cuando me enteré?

River:

Hubiera estado contigo en cada momento, hasta apoyarte durante el parto.

Deborah:

Es fácil decirlo.

River:

No me diste la oportunidad de demostrarlo, pero ahora quiero estar presente en cada momento de su vida y compensar lo que perdí.

Deborah:

¿Tu familia lo va a aceptar bien?

River:

¡Claro! ¿Por qué no lo harían? Es mi hija.

Ella volvió a quedarse en silencio y le di su espacio.

Esa disputa estaba siendo dura para mí, pero necesitaba convencerla de que, independientemente de lo que pensara, sería un buen padre.

River:

¿Cuándo puedo verla?

Deborah:

Los viernes después de las ocho de la noche. Ven a mi apartamento y, por favor, trata de no llamar demasiado la atención.

River:

No hay problema.

Deborah:

Ahora necesito dormir, mañana tengo un largo día.

River:

Llámame si necesitas algo, lo que sea.

Deborah:

De acuerdo.

Ella no dijo nada más y yo tampoco insistí. Solo tenía ganas de volver a ver a mi hija.



Capítulo treinta y cinco

Dejé mis carpetas sobre una mesa cuando llegué a la oficina esa mañana. Había salido temprano de casa porque el trabajo estaba completamente saturado y necesitaba tener todo en orden para la audiencia que se realizaría por la tarde.

Mis hermanos me llamaron para ver si todo iba bien y, extrañamente, tras la visita de River y los mensajes que intercambiamos, me sentía más segura. Verlo solo como el monstruo que había oído que era no me ayudaría a resolver el verdadero problema. Él quería estar en la vida de la niña, y evitarlo solo podría empeorar las cosas para mí.

El tiempo en que había logrado mantenerla alejada de su padre había terminado.

—¿Va todo bien? —Tatiana se acercó a mí y Dolores hizo lo mismo.

—Sí. —Intenté sonreír.

—¿Cómo está Karen? —Quería saber mi cuñada.

—Se quedó dormida cuando salí y la dejé con la niñera.

—Podrías quedarte más tiempo con ella. Yo me encargo aquí.

—Está bien, Tatiana. Además, hoy hay una audiencia y no puedo faltar si no quiero que eso me cause problemas.

—¿Pudiste estudiar el caso?

—Por supuesto. Gracias por enviarme toda la documentación que conseguiste añadir ayer.

—La defensa quiere llegar a un acuerdo para evitar el juicio.

—¿Qué? Un asesino que ya ha matado a diez personas, ¿cree que puede conseguir un trato? Espero que acabe con la pena máxima.

—La policía solo pudo relacionarlo con uno de los casos. —Se lamentó Tatiana, haciendo que una alarma se encendiera en mi mente.

—Encontraremos la forma de conseguir otras pruebas. Habla con la sargenta que lidera el equipo. Puede tener más información.

—Lo haré.

—Gracias.

—Entonces, ¿no te vas a encontrar con el abogado del acusado antes del juicio? —Tatiana se inclinó, interesada.

—Sí, pero solo por cortesía.

—De acuerdo.

—¿Han llegado los testigos al tribunal?

—Lo consultaré con la policía —dijo Dolores.

—Gracias.

En cuanto Dolores se alejó para hacer la llamada, Tatiana se detuvo a mi lado para susurrar como si nadie más debiera oírla.

—¿Cómo fue la reunión con River?

—Mejor de lo que imaginaba. Parece realmente dispuesto a ser el padre de Karen, pero eso me da mucho miedo.

—Entiendo...

—Mi hermano contigo fue un imbécil, pero al menos no estaba metido en el crimen organizado de la ciudad. Las consecuencias de eso pueden ser terribles.

—O podría no pasar nada.

Enarqué una ceja sorprendida por lo que dijo.

—¿A qué te refieres?

—La verdad, Deby. Nadie tiene el valor de actuar contra ellos. La policía, el alcalde y cualquiera que quieras nombrar. Todos hacen la vista gorda.

—¿Y eso es bueno?

—Por supuesto que no. Pero puede facilitar las cosas.

—No lo sé.

Nuestra conversación se interrumpió cuando Dolores se acercó.

—Los testigos ya están esperando.

—¡Estupendo!

—¿Necesitas ayuda con algo, doctora?

—No, ya está. —Saqué los archivos y caminé hacia la puerta—. Voy a hacer mi trabajo.

En cierto modo, la visita de River no había sido tan mala porque me había ayudado a tranquilizarme y a asegurarme de que mi hija estaría bien.

Entré en la sala del tribunal y me senté a la mesa, preparando mis documentos. Miré al asesino en el banquillo. Era un simple repartidor de cartas, un hombre blanco y sin antecedentes. Nadie sospecharía de él. Vivía con su madre, a pesar de tener más de cuarenta años, y asistía a misa los domingos. Si yo quería que el jurado y el juez lo condenaran, tenía que esforzarme al máximo. Aunque el defensor público que tenía no me causaría demasiados problemas.

Nos pusimos de pie cuando el juez entró y se acomodó en su silla. Cuando se sentó, hicimos lo mismo.

Primero hice mi apertura, señalando a las víctimas que habían sido encontradas e intentando convencer al jurado de que el tipo que tenían delante no era un simple cartero que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Todos los crímenes habían sido premeditados y muy crueles, con violación post mortem.

El abogado hizo su papel. Estaba allí para exculpar al acusado. Dijo varias cosas con las que yo podría no haber estado tan de acuerdo, pero me callé. Aún no había llegado el momento de confrontar a los testigos y presentar las pruebas.

El último en declarar sería el acusado. Después de que algunos testigos, incluida la policía, lo situaran en el lugar del último asesinato, siguió actuando como si fuera inocente.

—Señor Hopkins, ¿cuántos años lleva haciendo entregas en las zonas donde han desaparecido las víctimas? —Me levanté y me acerqué al acusado cuando subió al estrado.

Acurrucado en el banquillo, con los hombros encorvados y el pelo blanco, parecía un hombre débil, incapaz de cometer los crímenes, tal como la defensa intentaba demostrar.

—Hace diez años.

—¿Entonces estaba allí cuando ocurrieron todos los asesinatos?

—¡Protesto! —El abogado defensor se levantó.

—Estoy elaborando un razonamiento. —Me volví hacia el juez.

—Lo permitiré. —Su Señoría me hizo un gesto para que continuara—. Responda a la pregunta de la fiscal.

—Haciendo mi trabajo. —Se encogió de hombros—. No vivo en la zona, pero he oído a los lugareños hablar de ello. Estaban aterrorizados. —Noté una sutil sonrisa en la comisura de sus labios y me di cuenta de que podía utilizarla en mi favor.

—¿Se estableció el pánico en el vecindario?

—Sí.

—Aun así, ¿las víctimas siguieron apareciendo?

—Sí, las mujeres morían, pero yo no…

—Eso indica que las personas probablemente conocían y confiaban en el asesino —interrumpí para que no continuara hablando.

—Pero no es asunto mío.

—Estamos analizando la situación, señor Hopkins, y para eso necesito su ayuda. —Volví a mi mesa, tomé las imágenes de las autopsias de todas las víctimas y las abrí delante de él.

A diferencia de la mayoría de los inocentes que apartan la vista con espanto ante imágenes tan perturbadoras, él seguía mirándolas como si las contemplara con admiración. Estaba esperando con que el jurado notara eso.

—¿Conocía a estas mujeres, señor Hopkins?

Se encontró con la mirada del abogado, como si pidiera permiso para responder a mi pregunta.

—¿Debo recordarle que está bajo juramento?

—Responda a la pregunta de la fiscal —exigió el juez.

—Ya las había visto.

—Entonces, ¿todas vivían en el barrio donde usted hacía las entregas?

—Sí, pero...

—Todas fueron asesinadas y violadas. Los peritos indican que el lubricante de los condones usados es el mismo...

—¡Protesto, juez! Esa es una información circunstancial y no es algo que mi cliente tendría por qué saber, qué tipo de lubricante se usa en condones que pueden encontrarse en cualquier parte.

—Lo diré de otra manera. —Respiré hondo—. Quien mató a esas mujeres contaba con su confianza y además disfrutaba sodomizándolas, inmovilizándolas, viéndolas sufrir hasta morir, y luego las violaba.

—Señor Juez, las pruebas que ya hemos presentado indican que mi cliente no tenía la fuerza física necesaria para cometer los asesinatos —afirmó el abogado.

—Por supuesto que no. —Esbocé una sonrisa cínica. Me acerqué a mi mesa y tomé una cuerda similar a la que se había usado para estrangular a las víctimas—. Señor Hopkins, ¿podría ayudarme a simular para el jurado lo que les ocurrió a las víctimas? Algunas de ellas tenían exactamente mi estatura.

Me di la vuelta, aparté el cabello de mi cuello y pasé la cuerda alrededor de él, arrojando los extremos en dirección al acusado.

—Puede tirar por mí, señor Hopkins.

—¿Qué demonios está haciendo esta fiscal? —exclamó el abogado.

El juez no dijo nada en absoluto, se limitó a esperar a que se desarrollara mi acto, que al principio fue completamente irracional.

—¿Señor Hopkins? —Balanceé la cuerda.

Antes de que alguien pudiera detener la escena, el hombre jaló la cuerda con toda su fuerza, y yo reaccioné al estrangulamiento, llevando las manos a mi cuello para intentar defenderme, pero él era lo suficientemente fuerte como para matarme.

—Suelte a la fiscal, señor Hopkins —ordenó el juez.

—Quiero ver cómo sigues hablando ahora, puta de mierda —susurró el acusado al oído —. Yo estoy al mando.

—¡Suelta a la fiscal! —El juez fue más enfático cuando me estaba poniendo morada.

Solo fui liberada cuando un policía se acercó y tiró de los brazos del hombre.

Jadeando, me tambaleé hacia adelante, masajeando mi cuello e inhalando aire con fuerza para recuperarme de esos segundos en los que me había quedado sin aliento.

—Parece que eres totalmente capaz de sorprender a una mujer y matarla —comenté en cuanto pude volver a hablar.

—¡Juez! —El abogado comenzó a protestar.

—La fiscalía ha terminado —dije volviendo a mi silla, pero el hecho de que me pasara la mano por el cuello ya hizo que el jurado se quedara mirando la marca, muy parecida a la que se encontró en los cadáveres.

Una vez concluida la audiencia, abandonamos la sala para que el jurado pudiera emitir su veredicto.

—¡Te has vuelto loca! —Me reprochó Tatiana.

—Estoy bien.

—Podría haberte matado. —Se cruzó de brazos y me dirigió una mirada de reproche como si fuera mi madre.

—No iba a matarme, pero necesitaba demostrarle al jurado lo maniático que era ese tipo. No podía dejar que siguiera con esa imagen de pobre hombre.

—Había otras formas de hacerlo.

—Fue lo mejor que se me ocurrió.

Mi teléfono móvil vibró y miré el mensaje en la pantalla.

—El jurado ha vuelto.

—¿Tan rápido? —Tatiana se sorprendió.

—Vamos a ver qué decidieron.

Volvimos a la sala, donde los miembros del jurado ya estaban sentados y el representante estaba de pie con un papel en las manos.

—¿Cuál fue la decisión del jurado? —preguntó el juez.

—Por el delito de asesinato con agravante de Nicole Evans, declaramos al acusado: culpable.

¡Sí! Lo celebré internamente.

—En cuanto a los otros asesinatos que la fiscalía quiere vincular a este, pedimos una investigación más exhaustiva y un nuevo juicio —añadió el líder del jurado.

—Le agradecemos sus servicios —dijo el juez.

Sonreí al salir de la sala y Tatiana se unió a mí para que pudiéramos volver al despacho.

—Parece que tu idea funcionó.

—Fue una buena estrategia. —Me pasé la mano por el cuello y noté que la zona seguía muy dolorida.

—Ahora quiero ver cuándo desaparece esa marca.

—Ni siquiera debería tardar tanto. —Me encogí de hombros.

—Eso espero.

—Vamos, que aún nos queda mucho trabajo por hacer.

Tatiana asintió sin decir más.



Capítulo treinta y seis

Había esperado ese momento con mucha ansiedad, aunque Deborah había accedido a enviarme una foto de nuestra hija. Estar cerca de Karen y poder cargarla en mis brazos era algo completamente distinto.

Dejé a mis hombres en la esquina y les entregué mi pistola. No quería darle ninguna razón para querer alejarme.

—Señor, no debe bajar la guardia, los rusos siguen ahí fuera y pueden querer atacarlo cuando esté desprotegido.

—Por eso ustedes van a vigilar el área y asegurarse de que nadie sospechoso se acerque.

—Pero...

—Estaré bien si haces tu trabajo.

Finalmente asintieron, y me acerqué a la portería. El hombre detrás del mostrador era diferente esta vez, y no parecía saber que le había apuntado con un arma al anterior.

—Soy River Lansky. Dile a Deborah Lennox que he llegado.

—Sí, señor. —Descolgó el teléfono y la llamó.

Esperé un momento mientras el hombre hablaba con la madre de mi hija. Esperaba que no hubiera cambiado de opinión sobre mis visitas para no tener que imponerme.

—Puede subir. —Señaló el ascensor y pasé de largo sin decir palabra porque conocía el camino.

Toqué la puerta de su apartamento y esperé a que abriera. No tardó mucho en venir y permitirme entrar.

La observé bien. Era viernes por la noche y llevaba ropa distinta a la formal de siempre. La falda ajustada había sido reemplazada por unos shorts y la blusa por una camiseta de mangas cortas.

—Viniste…

—¿Te sorprende?

—Pensé que cambiarías de opinión.

—No lo haré.

Levanté la vista, observándola más de cerca, y entonces vi su cuello, donde había una línea violácea muy parecida a la causada por una cuerda.

—¿Quién te ha hecho esto? —Actué por puro impulso, acercándome a ella y sujetándole la cara para poder verla mejor.

—Nadie de quien preocuparse. —Ella esquivó, apartando mi mano y empujándome.

—Quiero un nombre. —Apreté los dientes.

—¿Qué? Mantente al margen. Ya te dije que no fue nada grave. Estoy usando una pomada y pronto desaparecerá.

—Si descubro quién te lastimó... —Estaba bufando.

—Haz silencio. —Se defendió, dura como siempre—. Te lo dije, no es gran cosa. Solo intentaba demostrar al jurado la peligrosidad de un sospechoso.

—¿Poniéndote en peligro? —Volví a acercar mi mano a su mejilla y ella abrió los ojos, dejando ver que mi toque la afectaba.

—Es parte del trabajo. —Volvió a esquivarme, retrocediendo torpemente.

—Deborah, tenemos una hija...

—Por cierto, ¿no es a ella a quien has venido a ver? Porque si tu intención es solo entrometerte en mi vida, será mejor que te des la vuelta.

—Sí, vine a verla.

—Está dormida en su cuna, le acabo de dar de comer.

—¿No está hoy aquí el perro guardián? —Miré a mi alrededor y no vi ni rastro de su hermano mayor. Estaba seguro de que si estaba allí, se aseguraría de que yo lo supiera.

—Tenía que ir a la presentación del colegio de sus hijas, pero le dije que podía cuidarme sola.

—Eres valiente.

—¿Debería tenerte miedo? —Hinchó el pecho, mirándome fijamente.

—No.

—Entonces mi hermano no tiene de qué preocuparse.

—Tienes razón. —Le sonreí, notando el ligero rubor en sus mejillas, que intentaba disimular—. ¿Puedo ver a mi hija?

Asintió con la cabeza y se adelantó.

Caminé por el pasillo hasta la puerta de un cuarto que estaba abierta. Era rosa, con nubes y lazos, mucho más femenino y tierno de lo que esperaba de Deborah, pero digno de nuestra princesa. Me acerqué y la vi en su cuna. Karen dormía plácidamente. Me incliné y acaricié su cabecita, con cuidado de no despertarla.

—Hola, hija mía.

Me quedé mirándola durante unos minutos y Deborah, que estaba cerca, no hizo absolutamente nada para estropear el momento.

—Parece más grande que la última vez que la vi.

—En esta etapa crecen rápido.

—Se nota. —Sonreí—. Se parece a ti.

—Mentiroso. —Deborah torció los labios.

—Y pensar que querías que creyera que no era mi hija.

—No te das cuenta de lo complicado que es todo esto, River. —Dio un paso atrás con cautela, hasta que su espalda chocó con el armario, lo que la sobresaltó.

—Solo porque soy un Lansky.

—¡¿Solo?!

—Mi apellido no cambia en nada mi capacidad de ser padre.

—Es mucho más que eso. —Sacudió la cabeza en señal de negación, pero me acerqué a ella y volví a tomar su rostro entre mis manos.

Llevaba un año imaginando cómo sería volver a tocarla y eso era lo que quería hacer. Deborah parpadeó y noté que oscilaba entre escapar y permanecer bajo mi contacto.

—¿De qué tienes tanto miedo? —pregunté en voz baja.

Había algo más que mi apellido alejándola de mí.

—De que lo que siento por ti me haga traicionar todo lo que creo. —Sus palabras salieron temblorosas, llenas de una vergüenza que parecía un pecado para ella.

—Desear estar conmigo no es un crimen.

—Sí lo es, el peor que podría cometer.

—Entonces te absuelvo por él. —Tiré de su nuca y acerqué su boca a la mía, tomándola por sorpresa.

Deborah me puso las manos en los hombros, intentando apartarme e interrumpir el beso,

pero cuando le pasé la lengua por los labios, dejó caer las manos por mis brazos y se rindió al beso.



DEBORAH Lennox

Capítulo treinta y siete

¡No, Deborah! No...

Mi racionalidad se silenció cuando me mordisqueó el labio inferior de la forma salvaje que solía hacerlo, y bajó, besándome y mordiéndome el cuello.

Había una excelente razón por la que había hecho todo lo posible para mantener a River alejado de mí durante ese año. Cuando me agarró, mi sentido común se hizo añicos por un deseo completamente intrascendente.

No podía, no debía, pero era exactamente lo que quería.

River deslizó sus manos por los costados de mi cuerpo y, de un solo tirón, me bajó los shorts junto con la ropa interior, sin darme tiempo a reaccionar antes de levantarme en sus brazos. Con sus manos firmes sosteniéndome de mi culo, instintivamente envolví sus caderas con mis piernas. Dio unos pasos hacia el pasillo, saliendo del cuarto de nuestra hija, y un jadeo escapó de mis labios cuando mi espalda chocó contra la pared.

—Quítate el top —me ordenó al oído, provocándome escalofríos.

No debía hacer lo que me decía, ni siquiera frotarme contra el bulto de sus pantalones mientras mis caderas empujaban. Solían decir que a veces los seres humanos estaban completamente controlados por los instintos y yo empezaba a creerlo.

—Quítatelo... —Me mordisqueó la oreja y volvió a bajar la boca por mi cuello.

Retrocedí un poco para subirme la prenda y la tiré al suelo. Mi pecho subía y bajaba rápidamente mientras él me apretaba el culo con más fuerza mientras me desabrochaba el sujetador.

River atrapó uno de mis senos con su boca cuando la prenda cayó, y me volví loca. El deseo que despertaba en mí liberaba una bestia que no podía contener.

Mordió mi pezón, haciéndolo aún más sensible, y dejé escapar un gemido de placer. Tenía que controlarme para no despertar a Karen... o tal vez sería mejor que ella llorara y nos obligara a parar.

—Extrañaba tu cuerpo, fiscal.

—Mentiroso.

—Siente esto —murmuró, frotando su erección contra mi sexo completamente expuesto. Tuve que respirar profundamente, pero aun así no podía controlar el deseo.

Estaba completamente mojada, y las manchas que yo dejaba en su pantalón lo evidenciaban.

—No podemos volver a tener sexo.

—A mí solo me importa lo que tú quieras.

Aquella erección me estaba volviendo loca y ya no había lugar para la racionalidad. Thomas me mataría si lo supiera, pero bueno...

—Te deseo —admití, dictando sentencia.

River volvió a tomar mi boca y el deseo rugió a través del salvajismo que dejó mis labios doloridos, pero todo lo que quería era más. Sus manos me apretaban el culo, pero no conseguían detener mis sacudidas, que solo hacían que me restregara aún más contra él.

Estaba alucinando, cuando se alejó de mí y me dio la vuelta.

—Aquí no...

—Donde quieras. —Él también jadeaba.

Abrí de un empujón la puerta de mi habitación y metí a River conmigo.

Me lanzó a la cama boca abajo, y apenas tuve tiempo de levantar las caderas cuando una nalgada me hizo arder.

—Tienes un culo precioso...

—Entonces, ¿por qué lo castigas? —giré la cabeza para verlo.

River se inclinó hacia mí, separó mis nalgas y enterró su lengua en mi clítoris, lamiéndolo lentamente.

—¿No te gusta? —dijo con su boca enterrada en mi sexo.

—¡Eres una mierda, River! —Apreté la sábana, y si hubiera sido un poco más fuerte la habría roto.

—Qué caliente estás... —Me la chupaba mientras me mantenía a cuatro patas sobre la

cama y yo me volvía loca de lujuria.

Mi cuerpo me traicionó, ansiando más de esa locura.

—No debemos hacerlo. —Fue la última frase racional que conseguí decir.

—¿No debemos? —Volvió a lamerme, divirtiéndose con mi clítoris como si fuera un juego para él—. ¿O no quieres?

¿Quería hacerlo? Claro que quería. Todo mi cuerpo estaba en completo éxtasis y no había manera de que pudiera mantener la compostura cuando mi lujuria era más fuerte que nada.

—¡Chúpamela! —grité, cediendo a la necesidad.

River soltó una carcajada antes de volver a hundir su lengua en mí. Creí que iba a derretirme bajo los efectos mientras me apretaba las nalgas y me hacía un delicioso oral. Aquel idiota sabía muy bien cómo retener a una mujer como rehén, aunque en realidad no me estuviera reteniendo a mí.

Su lengua se deslizó dentro de mí, penetrándome a pequeños impulsos y yo me retorcí, arqueando el cuerpo y echándome el pelo hacia atrás. Mi necesidad de revolcarme en su cara era cada vez mayor, pero sus manos me sujetaban.

La tensión en mi vientre crecía como la espuma y no quería que parara. Incluso pensé en echarlo, pero primero tenía que hacerme acabar.

Cuando todo en mí explotó, caí hacia delante embriagada, hundiendo la cara en la almohada y ahogando mis gemidos.

—¡Ya basta! —Giré la cabeza, aún jadeante.

—Acabo de empezar, Deborah. —Oí el ruido de su cremallera y me di cuenta de que se estaba quitando los pantalones—. Sé sincera, no quieres que pare. —Bajó los dedos y se deslizó dentro de mí, extrayendo mi líquido y provocando nuevas oleadas de contracciones.

—No, no quiero.

Quería poder mentir, pero ya no podía. Cuando River me tocaba, la necesidad de él comandaba mi cuerpo, sin importar que mis neuronas gritaran lo peligroso que era ese hombre.

—Eso es... —Se subió encima de mí y me mordió la nuca, bajando con sus labios y dientes hasta la base de mi columna vertebral, desatando una nueva oleada de efectos que me hicieron desear más de él.

Volví a agarrarme a las sábanas mientras me azotaba de nuevo. No me pegaba para hacerme daño, pero el escozor me excitaba aún más y me hacía retorcerme esperando el siguiente momento.

River me agarró del pelo, tirando de mí hacia arriba, y yo me agarré al cabecero de la cama, manteniéndome de rodillas. Sentí su aliento en mi oreja y su mano agarrándome por la cintura mientras me empujaba en un firme abrazo que me impulsaba hacia delante.

Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en su hombro mientras él se inclinaba para besarme y morderme el cuello. Otra mano recorrió mi vientre y apretó mi pecho, haciéndome frotarme aún más contra él.

Debería lamentarlo, pero eso tendría que esperar hasta que hubiéramos terminado.

Me resultaba tan fácil dejarme llevar por él que parecía que había algo que no iba bien en mí.

Me soltó la cintura y me pasó la mano por la nuca para agarrarme el pelo, haciendo que me inclinara aún más hacia delante. River jadeó en mi oído y yo clavé las uñas en el cabecero cuando sentí que abandonaba mi vagina y su otra mano se deslizaba por mis nalgas. Se burló de mí y jugó con su dedo en una zona prohibida, en un lugar al que no estaba acostumbrada. Antes de que pudiera protestar, introdujo un dedo y luego el otro. Las peligrosas sensaciones que me recorrieron me hicieron estremecerme, en lugar de escapar, que era lo más prudente.

Sus dedos fueron sustituidos y grité cuando River me penetró analmente. Increíblemente, yo solía ser más tradicional en lo que al sexo se refiere y dejar que un hombre me hiciera eso era impensable, pero River fue mucho más allá de lo que yo haría en cualquier otro momento.

Al principio me sentí un poco incómoda, pero cuando se arrodilló detrás de mí y me subió a su regazo, haciéndome sentar y luego empezó a masturbarme, volvió el éxtasis y pronto me dejé llevar.

—¡Date la vuelta! —me ordenó junto a la oreja—. Quiero sentir ese culo sobre mí.

—¡Eres un maníaco!

—¿Lo soy? —Me lamió la oreja y aumentó el ritmo con el que su dedo se movía sobre mi clítoris solo para volverme loca.

Rodé sobre él involuntariamente y me entregué, sin preocuparme ya por el hecho de que estuviéramos practicando sexo anal. Estaba a punto de acabar de nuevo cuando sentí su líquido. Eyaculó dentro de mí mientras yo me estremecía con una nueva oleada de placer.

Nos quedamos quietos un rato hasta que me bajé de su regazo y salí tambaleándome de la cama, casi tropezando con unas zapatillas que había dejado en el suelo.

—Ahora tienes que irte.

—¿Por qué? —se acostó en medio de la cama boca abajo, mostrando ese cuerpo maravilloso que me hacía cometer un crimen tras otro.

—Ya sabes por qué.

—¿Lo sé? Quizá deberías dejar de acusarme tanto y disfrutar el uno del otro.

—No. —Me incliné y tiré de la sábana.

—¿Qué tiene de malo?

—¡Tú, River! Eres mi mayor error.

—No te culparías tanto si dejaras de perseguirme.

—¿Perseguirte?

—Exactamente.

—Si alguien está acechando aquí, no soy yo. —Apreté los dientes. En el fondo, estaba más enfadada conmigo misma que con él, porque fui demasiado cobarde para enfrentarme a mi

deseo y decirle que no.

Solo con ver a ese chico malo desnudo en mi cama me daban ganas de lanzarme a sus brazos otra vez.

—¿Crees que tu familia tomará bien que tengas una aventura con una fiscal?

—Mi madre trabajaba para el FBI. —Se encogió de hombros.

—No voy a cambiarme de bando.

—Tú eres la que hace suposiciones, Deborah. No yo.

Mi conflicto interno era tan grande que tenía ganas de gritar.

Karen empezó a llorar y mi estado de ánimo cambió de inmediato, independientemente de cualquiera de mis otros errores, necesitaba proteger a mi hija y mantenerla a salvo a toda costa.

—Tengo que cuidar de ella. —Di unos pasos, pero River se levantó más rápido y me bloqueó el paso.

—¿Por qué no vas al baño, te limpias y te calmas? Déjame cuidar de nuestra hija.

—Pero...

—Todo irá bien.

Acabé asintiendo, porque algo dentro de mí me aseguraba que, a pesar de todo, River era el padre y no le haría daño.



Capítulo treinta y ocho

Entré en la habitación de la bebé y encendí la luz. Seguía llorando, pero se calmó cuando me acerqué a la cuna y pudo verme.

—Hola, mi princesa. —Me incliné para tomarla en mis brazos.

La besé en la coronilla y la acerqué a mi pecho desnudo, lo que la tranquilizó. Era tan pequeña y frágil que tuve que tener mucho cuidado para no hacerle daño.

Le bajé los pantalones y me di cuenta de que tenía el pañal empapado. Seguramente había sido el pis lo que la había despertado y hecho llorar.

La acosté en el cambiador y le quité los pantalones, los doblé y los dejé a un lado para poder cambiarle el pañal. No es que lo hubiera hecho antes, pero había visto a mi madre y a Manuela cambiar a los niños y yo solía ser un buen observador. No debería haber sido tan difícil. No había hecho un curso de paternidad, pero podía aprender rápido.

La limpié con las toallitas húmedas del cambiador y saqué un pañal limpio del paquete. Mi hija me miraba atentamente, esperando a ver cómo lo hacía, y reconozco que estaba un poco nervioso.

—Está torcido.

Levanté la cabeza y vi a Deborah en la puerta de la habitación, llevando solo un camisón mientras yo intentaba ponerme un pañal limpio.

—Me las arreglaré. Soy bueno con la simetría.

Se rió y se acercó.

—Déjame a mí.

—No, por favor. —Cubrí a la bebé con mi cuerpo para que pudiera quedarse allí—. Puedo cambiarle el pañal. Soy el padre.

—No tienes que esforzarte tanto.

—Es lo mínimo, Deborah. Habría hecho mucho más si me hubieras dejado.

—¿Crees que fue fácil para mí? Mi familia está preocupada. No quiero ni pensar en mis compañeros de trabajo y en la fiscalía.

—Nadie tiene nada contra mí, Deborah.

—Porque los que tienen algo o se callan o desaparecen.

—Teorías. —Terminé de vestir a mi hija y la volví a subir a mi regazo.

Se acurrucó contra mí y volvió a dormirse.

—¿Vas a decir que eres inocente?

—No soy el hombre del que hablan en la calle.

—¿Y qué más?

—Ahora soy padre. —Sonreí mirando a Karen y Deborah acabó haciendo lo mismo.

—Sí, es tu hija, pero tú y yo...

Crucé la habitación y volví a meter a Karen en su cuna antes de acercarme a Deborah y tomarla por la cintura.

—River...

Bajé la cabeza y apoyé mi frente en la suya.

—Ambos estamos aquí ahora.

—Esto no funcionará.

—¿Por qué no quieres?

—Por qué... —Empezó a tartamudear—. Porque no puedo.

—Creo que funcionará.

—Si te mantienes alejado. —Trató de empujar mis hombros, pero no la dejé.

—No estaré lejos. Tenemos una hija que criar.

—Eso no significa que tengamos que ser pareja.

—Tal vez podamos serlo.

—No va a ocurrir. —Asintió y terminó esquivándome—. No te aceptarán.

—¿Quién? La única persona que tiene que quererme eres tú. Y no lo estás disimulando

muy bien.

—Soy fiscal.

—Olvídate de tu profesión durante un tiempo y piensa en lo que realmente quieres.

—¿Tú puedes olvidar quién eres? —Intentó enfrentarse a mí.

—Puedo adaptarme.

—Hablas como si fuera sencillo. —Resopló.

—Nunca dije que fuera fácil, se trata de hacer lo que uno quiere.

—¿Y tú me deseas? —Sus ojos firmes, hermosos y claros me confrontaron de nuevo y me encantaron tanto que pude sumergirme en ellos.

—Desde el primer momento.

—River... —Contuvo la respiración y trató de esquivarme de nuevo.

—Te perseguí en el parque. Descubrir lo de Karen fue solo una consecuencia.

—No nos vimos durante un año.

—Porque tú no me querías cerca.

—¿Por qué no lo aceptaste y te alejaste?

—Porque te deseaba y ahora te deseo aún más. —Le sujeté la cara y ella me miró fijamente.

Deborah parpadeó unos instantes e imaginé que buscaba un argumento mejor en nuestra discusión, pero no lo encontró.

—River...

—No me apartes, Deborah.

—Intento ser racional.

—Al diablo con la racionalidad. —Le sujeté la cara, enredando mis dedos en su pelo.

—Me vuelves demasiado loca. —Se puso de puntillas y acabó con la distancia que nos separaba.

Rodeé su cintura con los brazos y tiré de ella para acercarla, hundiendo la lengua en su boca y alternando el beso con creciente urgencia. Me moría de ganas de llevarla a la cama, pero antes de que pudiera, nuestra hija empezó a llorar de nuevo.

—Hola, pequeña, ¿qué pasa esta vez?

—Debe de tener hambre. —Deborah me esquivó y fue a la cuna a recogerla.

Me quedé mirando hasta que sacó a la bebé de la cuna y se sentó en el sillón.

—¿No te vas?

—Aquí estoy bien. —Me encogí de hombros y me apoyé en la puerta.

Quería estar cerca de esas mujeres aunque fuera lo último que hiciera.



Capítulo treinta y nueve

No había dormido casi nada cuando llegué a mi despacho al día siguiente, pero mis ojos estaban bien abiertos y me sentía alerta, como si hubiera descansado profundamente. Había sido una noche extraña, y todavía estaba intentando procesarlo todo. Deseaba tanto a ese hombre que me aterraban mis propios sentimientos. Hubiera sido mucho más fácil si me hubiera enamorado de un policía o incluso de uno de los abogados de Lennox & Asociados, pero estaba metida en un buen lío.

Aún no sabía cómo afrontarlo todo y estaba esperando a que me cayera la bomba encima.

—¡Deborah!

—¿Qué pasa? —Me sobresalté cuando Tatiana se me acercó y me llamó.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Respiré hondo.

—¿Cómo te fue el viernes?

—¿El viernes? —Me hice la desentendida.

—Con la visita de River.

—Fue... complicada. —No encontraba una mejor palabra para describirlo. Quería fingir que el subjefe de la mafia de Nueva York no era el padre de mi hija y que no estaba acostándome con él.

—Podemos solicitar una orden de alejamiento si logramos probar que es un peligro para ti y para tu hija.

—No creo que el peligro esté necesariamente en ese sentido. No va a hacernos daño.

—Entonces no lo entiendo.

—Doctora, llegaron los informes del forense sobre la víctima encontrada muerta en un banco del Central Park. —Dolores se acercó a nosotras, cortando el tema.

Eso me alivió, por más que confiara en mi cuñada, sabía que su reacción ante una posible relación entre River y yo no sería la mejor. Mis padres y hermanos no lo aprobarían y yo ni siquiera podría decir que estaban equivocados. River definitivamente no era el mejor partido para mí, pero la vida me estaba pateando el culo y me demostraba que no tenía tanto control sobre ella.

—Voy a revisar los documentos. ¿La policía tiene algún sospechoso?

—Parece que todavía no, pero te avisaré si me llaman con alguna noticia.

—Gracias, Dolores.

—¿Cómo está Karen? —preguntó Tatiana cuando me senté.

—Está bien, con la niñera.

—¿No crees que sería más seguro si pidiéramos a la policía que vigilara? Quizá tener una patrulla frente a tu casa...

—Están a salvo, Tati.

—Entonces parece que tuvieron una buena charla.

Ojalá hubiéramos hablado, dije pensativa.

—Nos arreglamos.

—Eso es bueno, ¿no?

—Digamos que sí. —Volví a respirar hondo—. Concentrémonos en nuestro trabajo.

—Por supuesto. —Ella se sentó en la silla a mi lado.

Pensé que mi día transcurriría sin sobresaltos ni estrés cuando recibimos una llamada desde Rikers.

—¿Fiscal?

—¿Qué pasa, Dolores? —Me di cuenta de lo preocupada que parecía.

—Informaron que Hopkins acababa de ser asesinado.

—¿Cómo? ¿Qué?

Me sorprendí, ya que no era común que eso pasara con los prisioneros que mantenían aislados, precisamente por temor a represalias. Los violadores no eran bien recibidos ni en la cárcel, pero sentía que había algo que no sabía.

—Parece que fue sorprendido por otros prisioneros.

—¿No debería estar en una celda individual?

—Los carceleros cometieron un error.

—¿Error?

—Un asesino menos en el mundo —murmuró.

—¡Dolores! —le reproché—. No es así. Tenía una condena que cumplir.

—Lo siento, doctora.

Moví la cabeza negativamente y me masajeé las sienes. No podía entender por qué el tipo que por fin yo había conseguido demostrar que merecía una condena era asesinado sin siquiera tener tiempo de ser trasladado a una prisión permanente.

Estaba pensando en ello hasta que me llevé la mano al cuello y noté la marca que me había dejado la cuerda y que no había desaparecido del todo.

—Oh, no. No puede ser...



Capítulo cuarenta

Escuché el sonido del seguro del arma cuando la bajé. El cañón estaba apoyado en la frente de un hombre que sudaba tanto que las gotas le recorrían el rostro. Sus ojos azules estaban muy abiertos y su boca entreabierta.

—Te lo voy a preguntar una vez más, ¿dónde están tus compañeros?

—Yo... Yo... —balbuceaba, incapaz de completar una frase.

—¿Dónde?

—No... No hay nadie más.

—Mentiroso. —Apreté con más fuerza el cañón de la pistola, esperando que soltara la verdad o acabaría muerto.

—¡Lo juro!

—No creo en la palabra de un ruso.

—¿Y crees que los italianos son mejores? —Apretó los dientes.

—¿Quién sostiene el arma?

Mi móvil empezó a sonar y me sorprendió una llamada.

—Parece que te has salvado por unos momentos —dije mientras sacaba el aparato del bolsillo y veía que era una llamada de Deborah.

Me alejé, acercándome a una de las ventanas del galpón abandonado donde estaba con mis hombres.

—Hola. —Sonreí mientras contestaba la llamada.

—No puedo creer que hicieras algo así. —Estaba muy enfadada al otro lado de la línea e imaginé que me daría un puñetazo en el pecho si estuviéramos frente a frente.

—¿Qué he hecho?

—Ya sabes, River.

—Nos acostamos el viernes, me echaste el sábado y ahora estoy atendiendo negocios. —Mejor no entrar en detalles, porque mi "negociación" no estaba siendo precisamente ortodoxa.

—Dime que no mandaste matar al hombre que me ahorcó en el tribunal.

—No lo hice —respondí rápido, lo que solo la enfureció más.

—¿Por qué diablos mataste a ese tipo?

—No hice nada, pero quiero que sepas que siempre voy a protegerte a ti y a Karen.

—No necesito que me protejas.

—Debor.

No me dio tiempo ni de terminar de decir su nombre porque me colgó.

—¿Hay algún problema? —Otto se me acercó.

—¡Mujeres! —resoplé.

—¿Tu fiscal?

Asentí.

—Cree que algo de lo que ha pasado es culpa mía.

—¿Y lo es?

—No. Aunque me hubiera gustado que lo fuera.

—En algún momento entenderá.

—No sabes lo complicada que es.

—Menos mal que no tengo mujer. —Se burló.

—No lo celebraría por mucho tiempo. —Le di una palmada en el hombro.

—Vamos a deshacernos del ruso.

—Por supuesto.

Me detuve de nuevo frente al hombre y volví a mirarlo.

—Mi chica me está culpando por un crimen que no cometí, ¿qué tal si me das una razón para que realmente me acuse de algo?

—Te juro que no sé nada.

—Me cansé de este tipo. —Apreté el gatillo y lo vi caer hacia adelante.

—Creo que podría habernos dicho algo —comentó Otto.

—Era obvio que no iba a soltar ni una puta palabra. —Aseguré el arma y la volví a guardar en la funda.

—¿Tú crees que eso va a salir bien?

—Lo que no podemos permitir es que cualquiera piense que tiene más poder que nosotros en esta ciudad.

—Estoy hablando de la fiscal. Está claro que no está de nuestro lado.

—Yo me ocuparé de ella.

—Tú, tu padre y esa maldita costumbre de enamorarse de la mujer equivocada.

—Mi madre no fue un problema para nosotros y Deborah tampoco lo será.

—Eso espero.

Ya estaba siendo complicado convencerla de que esto funcionaría; no necesitaba a mi familia apostando en contra, aunque tuvieran razones para hacerlo.



DEBORAH Lennox

Capítulo cuarenta y uno

Estaba agotada e irritable después de un largo día de trabajo y no veía la hora de llegar a casa, pero en cuanto abrí la puerta, me sobresalté al ver a River sentado en uno de los sofás de la sala, jugando con Karen. Nuestra hija, a pesar de su pequeñez, soltaba risitas, como si estuviera disfrutando con las muecas de su padre.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes.

—Hola Deborah, ¡buenas noches!

—¿Cómo has entrado?

—Tu amable niñera me dejó entrar.

—Voy a despedir a Darla por hacer eso...

—Sabes que es una exageración.

—Hoy es lunes, acordamos la visita una vez a la semana. ¿Cómo podemos mantener un acuerdo si no lo cumples?

—No esperaba que me llamaras y me hicieras esas acusaciones.

—Tenía motivos para sospechar.

—¿Para sospechar?

—Te enfadaste mucho cuando viste la marca en mi cuello.

—¡Me importas, maldita sea! Claro que me enfadaría.

Dijo esas palabras con tal naturalidad que estremeció el modo en que latía mi corazón.

¡No, Deborah! ¡No, Deborah!

¿Por qué era tan difícil no dejarme vencer por estos sentimientos?

—Ni siquiera sabía el nombre del tipo, no podría haber hecho nada. ¿O has olvidado que no querías contarme bien lo que había pasado?

—Tenías tus formas de averiguarlo... —Bajé la voz.

—¿De verdad quieres encontrarme culpable?

—Lo lamento. Ahora puedes irte.

—¿Me dejas pasar un poco más de tiempo con ella? —Acunó a nuestra hija en brazos y ella lo miró fijamente.

Era sorprendente como a ella en ningún momento le había parecido extraña la presencia de él, como si lo conociera mejor que yo, aunque no lo hubiera visto ni media docena de veces.

—River...

—Pareces cansada, date una ducha y descansa un poco.

—¿Me prometes que no tardarás?

Movió la cabeza afirmativamente, pero ninguno de nosotros se lo creyó.

—Voy a darme una ducha.

—De acuerdo.

Me adentré en el departamento y vi a Darla en la cocina, estaba calentando un biberón con la leche que yo me había sacado y dejado congelada.

—Señora.

—¿Por qué lo dejaste entrar?

—Dijo en la recepción que era el padre de Karen. Como lo vi aquí el sábado por la mañana, pensé que todo iba bien.

—Deberías haberme llamado.

—Lo siento, señora. Lo haré la próxima vez.

—Eso espero. No quiero que me vuelvan a sorprender así.

Sin humor, negué con la cabeza.

—Voy a darme un baño. Puedes darle su biberón e irte.

—¿Segura? Puedo esperar.

—Todo está bien.

Entré en mi habitación y me desnudé antes de meterme en la ducha. No me quedé allí mucho tiempo, por miedo a que pasara algo. Me puse un camisón y volví a la sala.

River seguía sentado en el sofá, en el mismo sitio, y sostenía el biberón que nuestra hija chupaba tranquilamente. Karen movió sus ojitos y me vio, pero permaneció tranquila, siendo amamantada por su padre.

—Es tan hermosa.

—Así es. —Me acerqué y me senté a su lado en el sofá.

—Verás, nosotros tres podemos estar bien.

—River, ya hablamos...

—¡Eh! —Extendió una de sus manos para tocarme—. Sé que hay algunos puntos en los que tendremos que ponernos de acuerdo, pero no todas las parejas son así.

—No es como dejar la tapa del inodoro abierta o una toalla mojada en la cama.

—No voy a traer problemas de la calle a casa.

—¿Problemas? —repetí—. Eres un maldito gángster.

—Cuida las palabrotas cerca de ella.

—Menos mal que Karen es demasiado pequeña para entenderlo.

—Es lo único que te preocupa.

—¿Cómo podría no preocuparme por eso? —Me pasé la mano por el pelo, echándomelo hacia atrás—. Sé sincera conmigo, ¡maldita sea!

—Mucho de lo que dicen es cierto.

Tragué saliva ante su confesión, aunque no me sorprendió.

—¿Y quieres que me quede tranquila?

—No tienes por qué involucrarte.

—Por supuesto.

—Eso no tiene por qué cambiar nada. La fiscalía no te destituirá.

—Solo tienen que decirme que también como de tu mano.

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! No quiero que me vean como una corrupta.

—Siempre has hecho un buen trabajo y no necesitas cambiar nada.

—Además de tener que archivar el caso Lansky.

—Sí, aparte de eso.

—¡No! Eso no funcionará.

—Tenemos a Karen, pase lo que pase, eso no cambiará. Pero realmente quiero estar contigo.

River se levantó y puso a la niña en un cochecito en la sala antes de acercarse de nuevo. Intentó tocarme la cara, pero me aparté, tratando de evitar las sensaciones que me provocaba.

—Me voy. —Dejó escapar un fuerte suspiro.

—Es mejor.

River asintió y se dio la vuelta. Lo vi alejarse y estaba muy claro, por la forma en que el aire flotaba a nuestro alrededor, que, en el fondo, ninguno de los dos quería esto. ¿Cómo podía ser tan intensa la necesidad de un tipo tan equivocado?

Me levanté y sentí que me temblaban las piernas y se me aceleraba el corazón.

—¡River!

Se giró hacia mí y sonrió.

—¡Ven aquí!

Di unos pasos a tropezones hacia él y River me rodeó la cintura con sus rígidos brazos, atrayéndome más cerca. Me mordisqueó el labio inferior antes de deslizar su lengua dentro de mi boca y me fundí por completo en el beso que encendió un fuego, extendiéndose rápidamente por cada parte de mi cuerpo.

Le rodeé el cuello con los labios y él me agarró de los muslos, me levantó y me hizo girar para dar unos pasos atrás, sentarse en el sofá y subirme a su regazo.

Eché la cabeza hacia atrás mientras me dominaba, sorbiendo, chupando y dejando marcas en mi cuello. Sus manos firmes me apretaban la cintura, haciéndome gemir y frotarme contra su bulto que se estaba formando rápidamente.

—Solo quiero que seas mía. —Me pasó la lengua por la oreja y sentí escalofríos.

—Esto no funcionará.

—Al menos intentémoslo. —Me levantó la camisa y la dejó caer al suelo, haciendo que mis pechos expuestos asomaran ante sus ojos.

Antes de que pudiera protestar, me chupó un pezón y me revolví aún más sobre su regazo. Su erección no hizo sino avivar aún más mi excitación, haciéndome anhelar tenerlo dentro de mí.

River apretó mi otro pecho, retorciendo el pezón mientras seguía chupando y volviéndome loca.

Se apartó momentáneamente para quitarse la camiseta y pude sentir sus músculos, que eran una delicia.

Me estremecí cuando sus dientes rozaron mi piel y dejaron marcas. Entonces aparté su cara, haciendo que volviera a besarme. Sus manos recorrieron mi cuerpo y sus labios dejaron los míos entumecidos por la presión.

Cómo podría mantener la distancia con él si íbamos a vernos a menudo por nuestra hija. La antigua Deborah se había acabado en el momento en que River se cruzó en su camino. Solo que no me había dado cuenta antes.

Bajé de su regazo, lo miré y River sonrió cuando una de mis manos se deslizó por el bulto de sus pantalones y bajé la cremallera. Abrió las piernas y me arrodillé entre ellas, deslizando la mano dentro de sus pantalones. Su verga estaba tiesa y palpitaba entre mis dedos.

River me pasó la mano por el pelo y tiró de él, sujetándolo con fuerza. Me humedecí los labios y la mirada que me dirigió me animó a continuar. Estaba salivando, y tener su verga tan cerca de mi boca solo hacía que lo deseara más.

Rodeé con mis dedos la base de su miembro y él empujó mi cabeza hacia delante. Estaba impaciente por empezar a chupársela de inmediato. Empecé a lamerlo, sintiendo su grosor y su volumen. Disfrutaba con cada movimiento, subiendo y bajando por su longitud y cuanto más chupaba, más ganas tenía de volver a coger con él.

Necesitaba detenerlo, pero no había una célula en mí que coincidiera exactamente con esa idea. Lo único que quería era sentirlo. Sus dedos tiraban con fuerza de mi pelo y sus caderas se movían lentamente para retrasar el momento del orgasmo.

River me tiró del pelo y me vi obligada a levantar la cabeza.

—Ven y siéntate en mi regazo.

—Ok. —Saqué la lengua y él se inclinó hacia delante, tirando de mi cabeza hacia la suya para atraparla.

Me tiró de la cintura y me hizo sentar, encajándose en mí.

Le agarré la barbilla, haciendo que me mirara, y utilicé la otra mano para apoyarme en el respaldo del sofá. Su mirada se clavó en la mía mientras River me agarraba el culo, hundiendo sus dedos en mi piel y haciéndome aumentar la velocidad con la que me movía arriba y abajo sobre él. Mis pechos se bamboleaban cerca de su cara y yo solo podía pensar en aquel ritmo frenético de entrega.

Una de sus manos volvió a mi nuca y tiró de mi cabeza hacia abajo para que pudiéramos besarnos de nuevo. Apenas podía responder a los movimientos de su lengua ante mi incontrolable necesidad de gemir.

Mi clítoris se frotaba contra su pelvis con cada uno de nuestros movimientos y eso solo me hacía sentir aún más placer. Aquel hombre me dominaba y me tenía prisionera de la necesidad que sentía por él.

Me mordió el labio inferior, tirando de él hasta que se resquebrajó y entonces eché la cabeza hacia atrás, soltando un gemido agudo y me revolví aún más intensamente. Era imposible decir que no lo deseaba, y quizá por eso me sentía tan culpable.

Sus dedos se deslizaron por la línea de mi espalda, provocando una nueva oleada de efectos, y River volvió a apretarme el culo. Aquella mano pesada, firme y grande me hizo gemir aún más.

Le clavé las uñas en los hombros y en la espalda, dejándole ronchas, pero no pareció importarle.

—Está bueno, ¿no? —Se burló de mí.

—No es solo sexo lo que sostiene a una pareja.

—Pero es un gran comienzo. —Él trató de levantar sus caderas solo para llegar más profundo en mí.

—Cretino...

—Puedes insultarme todo lo que quieras mientras siempre me entregues tu cuerpo.

Quería irme, detener el sexo en ese mismo instante, pero estaba a punto de acabar y no podía hacerlo.

Me tocó morderle la boca y River me dio una palmada en el culo, que no hizo más que animarme a moverme aún más rápido. No hizo falta mucho más para que todo mi cuerpo se estremeciera. Olas de éxtasis me invadieron mientras explotaba, cayendo jadeante sobre su pecho.

River me sujetó el culo y me hizo moverme un poco más hasta que él también llegó.

Si no quería volver a quedarme embarazada era un buen momento para pensar en un método anticonceptivo muy eficaz, porque tal y como nos estábamos conectando era poco probable que dejáramos de tener relaciones sexuales.

La fiscal racional estaba perdiendo terriblemente ante una adolescente llena de hormonas que ni siquiera sabía que existían dentro de mí.

Él dejó caer su cuerpo contra el respaldo del sofá, inhalando profundamente y pareciendo recuperarse de nuestro momento.

Me levanté del sofá y resoplé al sentir su semen corriendo por mis muslos.

—¡Maldita sea! Voy a necesitar otra ducha.

—Voy contigo. —Se impulsó hacia arriba.

—¿No te ibas?

—Puedo irme mañana por la mañana.

—Imagino que tienes tu propia habitación y tu propia cama.

—Sí, la tengo. —Me rozó la cara con la punta de los dedos y tuve que contener un suspiro—. Pero prefiero mucho más en la que estás tú.

—Si te quedas durmiendo aquí, sospecharán.

—¿Sospechar de qué? —Me levantó el mentón, manteniendo mi mirada fija en la suya—. Somos adultos, Deborah.

—Eso no significa que no tengamos normas y reglamentos.

—Creía que te importaban un bledo las normas cuando estabas rebotando en mi verga hace unos minutos.

—¡River!

—Solo digo que te preocupas demasiado.

—¿No debería?

—Cuidaré de ti y de nuestra hija. Es más, puedo asegurarme de que conserves tu trabajo.

—A través de amenazas…

—No todo tiene que hacerse con amenazas. Hay más intereses comunes en la política de la ciudad de lo que crees.

—¿Estás diciendo que todo el mundo está en esto?

—Solo digo que no tienes que preocuparte. —Se agachó y me agarró de la cintura—. ¿No íbamos a ducharnos? Seguramente no quieres que mi semen manche esa preciosa alfombra.

Puse los ojos en blanco ante su comentario y comprobé que mi hija dormía tranquilamente en su cochecito antes de dirigirnos al baño.



Capítulo cuarenta y dos

Abrí la puerta de cristal y la empujé a la ducha. Pasé unos segundos observando su cuerpo desnudo, sus pechos, que habían aumentado de tamaño desde que había dado a luz a Karen, su espesa melena oscura y su mirada desafiante. Aquella mujer podía ser mi fin si quería, porque estaba completamente en sus manos.

—Te amo, Deborah. —Ni siquiera le di tiempo a responder a la frase que surgió de un puro impulso y volví a tirar de ella por el pelo, acercando su boca a la mía.

Devoré aquellos maravillosos labios, rozando mi piel desnuda contra la suya y mi deseo de estar dentro de ella volvió rápidamente. Ya estaba erecto de nuevo y apenas habíamos empezado a tocarnos. Me pasó la mano por el pecho y la apreté contra la pared.

Deborah alargó la mano y abrió la compuerta de la ducha antes de que yo la diera la vuelta y la colocara contra el cristal. Tenía los pechos apretados, dejando caer unas gotas de leche, y tratando de clavar las uñas en la superficie lisa.

Admiré su culo, tan redondo, tan delicioso. No me arrepentí de estar dentro de ella ni un momento, pero ese día me había bastado con su vagina. La apreté más fuerte con mi cuerpo y Deborah gimió. Era más pequeña que yo, más frágil, pero eso no significaba que no pudiera responder muy bien a cada una de mis embestidas.

Bordeé su cuerpo con las palmas de las manos, sintiendo cómo se estremecía al sentirme, y luego tiré de ella por la cintura, haciéndola echar el culo más hacia atrás. Utilicé una sola mano para introducirme en ella, antes de volver a sujetarla con fuerza.

Tan mojada...

La sensación de estar dentro de ella, combinada con el sonido que hacía su culo al chocar contra mí, era maravillosa. Estaba dispuesto a aprovechar hasta el último aliento que me quedaba y penetrarla toda la noche.

Deborah rodó sobre mí y yo aumenté la velocidad con la que la cogía. Sus gemidos llenaron el cuarto de baño y me incitaron a seguir.

Le mordisqueé la nuca y ella inclinó la cabeza hacia mí, dejándome ver sus ojos en blanco. Era un placer que no podía negar.

Intenté hacerlo durar, conteniéndome todo lo que podía, pero con cada contracción de su vagina sobre mi verga estaba más cerca de acabar de nuevo. Levanté una mano y le agarré el pecho justo cuando eyaculé dentro de ella. Necesité unos segundos para recuperarme antes de dejar caer una de mis manos al centro de sus muslos y buscar su clítoris. Volvió a rodar sobre mí, gimiendo y apretándome hasta que me expulsó entre espasmos de su propio líquido.

—River... River, yo... —Estaba completamente sin aliento.

—Di que sí.

—No puedo.

—Karen merece una familia.

—Eso es jugar sucio.

—Solo tienes que hacer lo que quieras. —Le besé el hombro.

—No es tan sencillo.

—Deja de ponerlo difícil.

—Tú eres...

Estaba a punto de decir que yo era un mafioso, pero dejó de hablar cuando le besé la nuca y bajé un poco por la línea de su espalda.

—Soy el padre de Karen.

—Fue un accidente.

—¿Y no fue ese el mejor accidente que nos ha ocurrido? —Volví a hablar junto a su oreja y pude ver cómo se le erizaban los pelos.

—Apenas la conoces a ella.

—¿Crees que necesito una eternidad para saber lo que siento por nuestra hija?

Deborah permaneció en silencio unos minutos, reflexionando y pensando en una respuesta, pero no se atrevía a admitirla.

—No...

La giré hacia mí y le sostuve la cara, pasándole la mano por la frente y apartándole los mechones de pelo que se le habían pegado por el sudor y las gotas de agua. Aquellos ojos hundidos y su expresión decidida me habían encantado desde la primera vez. Deborah no era una

mujer que se callara o se dejara someter, y esa era una de las cualidades que admiraba en ella.

—Si te quedas conmigo...

—¿Crees que va a ser sencillo? —Intentó esquivarme otra vez.

—Eres el tipo de mujer a la que le gustan los buenos retos.

—River... —Apretó los dientes, pero me incliné para besarle la boca mientras deslizaba las manos por su cuerpo.

Me rodeó el cuello con los brazos y me besó con un deseo que ya no podía negar.

Oímos el sonido del llanto que resonó en el interior del cuarto de baño y acabó asustándome, sobre todo cuando Deborah me apartó de un tirón.

—Es Karen.

—¿Llorando aquí? —Estaba confundido.

—Por supuesto que no. Hay cámaras en su cuna y cochecito y monitores de bebés por toda la casa.

—¡Ah!

—Solo soy una madre soltera que intenta cuidar de su bebé. —Se encogió de hombros.

—Ya no tiene por qué ser así.

—River, no empieces.

—Puedo encontrar un departamento para nosotros...

—Ya tengo un departamento y me encanta.

—Entonces yo...

—¿De verdad estás pensando en mudarte aquí? —me interrumpió con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—Quiero estar cerca de las dos.

Respiró hondo y empezó a mover la cabeza negativamente, pero me tocó a mí sujetarle el mentón e interrumpirla.

—Dime lo que realmente quieres.

—Quiero tener cuidado. —Salió de la ducha y se envolvió en una toalla para ver por qué lloraba nuestra hija y yo la seguí.

—¿Crees que es prudente seguir relacionándote conmigo a escondidas como si fuéramos dos adolescentes?

—Podemos dejar de hacerlo. —Se inclinó sobre el cochecito y tomó a la bebé en brazos, que dejó de llorar inmediatamente.

—¿Crees que si vengo a ver a Karen —acaricié la cara de mi hija—nos comportaremos y no acabaremos teniendo sexo otra vez?

—Creo que...

—Sé sincera, Deborah.

—River, eso de que seremos una pareja no va a funcionar. Si nos descubren a los dos, viviremos una pesadilla.

—Te preocupa demasiado lo que piensen los demás.

—¿Cómo podría no preocuparme? —Acunó a Karen en sus brazos y le dio de comer.

—Tu felicidad es más importante que eso, ¿no crees?

—¿Felicidad? River, ¿en serio?

—¿Por qué tienes que ser tan testaruda, fiscal?

—¡Porque el puto hombre del que estoy enamorada es un delincuente! —dijo en voz alta, pero acabó arrepintiéndose porque asustó a nuestra hija.

—Enamorada... —Esbocé una sonrisa.

—¿Solo oíste esa parte?

—Esa parte es la única que me importa.



DEBORAH Lennox

Capítulo cuarenta y tres

¿Por qué tenía que ser tan complicado?

De todos los hombres con los que me había involucrado, River era el peor de todos, el más inapropiado. Pero cuanto más intentaba alejarlo, más se acercaba, y por unos momentos, podía ignorar todas las señales de advertencia y pensar que tal vez no era tan grave.

Tener una relación me parecía la mayor locura del mundo, pero lo peor era que, en el fondo de mi corazón, era exactamente lo que quería.

Toda mi vida pensé que mi trabajo como fiscal era lo mejor que podía hacer por el mundo. Sin embargo, después de que naciera Karen, todo mi mundo se redujo a mi hija, nada más me importaba.

¿Lo mejor para ella sería estar con su padre, incluso con todo el historial que tenía?

—Quiero que lleves a Karen a conocer a mi familia.

—¿Cómo? ¡No!

—No son los monstruos que piensas.

—No quiero que corra ningún riesgo.

—Puedo asegurarte que no correrá ningún peligro.

—Pero...

—Por favor.

—De acuerdo. —Acabé aceptando tras mucha insistencia por su parte.

Dejar de lado todas mis creencias y prejuicios fue muy difícil.

Una cosa era involucrarse con un *chico malo* y tener algunas noches de sexo salvaje que me mostraran lo que es la adrenalina. Pero tener una hija con él y asumir responsabilidades que iban más allá de mi propia seguridad era algo completamente diferente.

Vi que River me dejó sola en la sala con nuestra hija y me sorprendí cuando escuché ruido de sartenes en la cocina.

—¿Qué haces? —le grité.

—Karen no es la única que debe tener hambre.

—No incendies mi cocina.

—Descuida.

Esperé a que mi bebé terminara de comer y la dejé en su cuna antes de ir a la cocina y encontrar a River manejando una sartén.

—No sabía que fueras de los que cocinan.

—De chico me gustaba hacer panqueques con mi mamá. No te emociones demasiado, porque es lo único que sé hacer —dijo haciendo una mueca, y yo me eché a reír—. Por suerte encontré los ingredientes en tu refrigerador.

—Darla hace las compras por mí.

—Es una buena niñera.

—Sí. Me ha ayudado mucho desde que nació Karen, pero si dependiera de mi mamá, estaría criando a la niña con ella en los suburbios.

—Parece un lugar tranquilo.

—Me gusta la vida ajetreada de Manhattan. Además, no tienes idea de los crímenes que pueden ocurrir en los suburbios.

—Lo tendré en cuenta. Quiero que nuestra hija siempre esté segura.

—Espero que no contribuyas a ponerla en peligro.

—Te doy mi palabra.

—Eso espero.

—¡Maldita sea! —refunfuñó River al darse cuenta de que había quemado la masa de los panqueques .

—No eres bueno en la cocina. —Encendí el extractor para deshacerme del olor a quemado.

—Solo intento complacerte.

—¿Pedimos una pizza?

—Me gusta la idea. —Se rió, soltando su infructuoso intento de hacer tortitas.

Llamé a un restaurante donde solía pedir y encargué una pizza. Luego fui a buscar algo para ponerme y River se vistió también, no quería que llegara el repartidor y nos encontrara desnudos. Además, ya había tenido tanto sexo con él que si íbamos más lejos acabaría necesitando usar un poco de la pomada para la dermatitis del pañal de Karen.



Capítulo cuarenta y cuatro

—Hijo mío, ¿estás seguro de que esto es lo que quieres hacer?

Respiré hondo y me alejé de la ventana de mi habitación, cerré la caja de terciopelo y me la guardé en el bolsillo del pantalón.

—Sí —dije con una certeza casi incuestionable—. Pero lo más probable es que diga que no.

—Entonces, ¿por qué no esperas un poco más...?

—Sé que mi papá, y sobre todo Steven, no van a apoyar esta decisión, pero es a ella a quien quiero.

—Es complicado meter a una fiscal en nuestros asuntos.

—La mantendré alejada de todo. No tendrás que preocuparte por eso. Sin mencionar que tú ahora estás de nuestro lado.

—Pero no es una decisión fácil de tomar.

—¡Claro que no! —Inhalé profundamente.

—Solo quiero que sepas que estamos aquí para ti.

—Gracias, mamá. —La abracé.

—Ah, mi niño. —Me acarició la espalda—. Has crecido tan rápido.

—El tiempo pasa rápido.

—Desgraciadamente.

—Voy a ver si ya está en camino.

—De acuerdo.

Saqué el móvil y envié un mensaje a Deborah.

River:

¿Dónde estás?

Deborah:

Preparándonos para partir.

River:

¿Quieres que te recoja?

Deborah:

No es necesario.

River:

¿Sabes que no es tan terrible dejarme cuidar de ustedes un poquito?

Deborah:

Estamos bien.

River:

Te espero aquí.

Deborah:

De acuerdo.

—¿Va todo bien con ella? —me preguntó mi madre en cuanto volví a guardarme el móvil en el bolsillo.

—Sí. Viene hacia aquí.

—Bien. —Mi madre me dedicó una sonrisa que me animó—. Voy a la cocina a ver cómo va nuestro almuerzo.

Asentí y me dejó solo.

Deborah era terca y decidida, no iba a ser fácil convencerla de casarse conmigo, pero si realmente quería que fuera mi esposa, tendría que esforzarme más para lograrlo.



Capítulo cuarenta y cinco

Conduje hasta una hermosa mansión en el Upper West Side, que no parecía ser más que la residencia de una de las tantas familias adineradas de Nueva York. Los Lansky tenían poder, influencia y propiedades legítimas por toda la ciudad. Tenían manos en casinos, hoteles, restaurantes, construcción, y todo lo que pudiera servir como una buena herramienta para lavar dinero.

¡Contrólate, Deborah!

Intenté enfocarme en otros pensamientos, para no estar dándole vueltas todo el tiempo, o terminaría arruinando ese encuentro.

Karen iba a pasar el día con la familia de su padre y yo esperaba que todo saliera bien. Me repetía a cada rato que no había de qué preocuparme, que todo iría bien y sería algo positivo para Karen. Mi hija no sería arrastrada al mundo del crimen solo por una visita a sus abuelos.

River ya había solicitado el reconocimiento de paternidad y no había mucho más que hacer.

Era el padre.

Confuso, caótico y completamente inmoral, ese encuentro explosivo entre River y yo había generado lo más preciado de mi vida.

Apenas bajé del auto, vi a unos hombres moviéndose cerca de las ventanas, probablemente eran los guardaespaldas. Solo vigilaban el área, no hicieron ningún movimiento

brusco cuando me acerqué.

No había motivo para alarmarme, los guardias de seguridad eran habituales.

Abrí la puerta trasera del coche y me incliné para meter a mi hija en el cochecito. Llevaba un pequeño juguete y me soltó una risita cuando cayó sobre el asiento.

—¡Traviesa!

—Estoy seguro de que va a ser tan inquieta como su madre.

—¡River! —Me asusté, me giré y apreté a mi pequeña contra mi pecho, temerosa de que se cayera.

—¡Ey! —Me sonrió con un poco de torpeza y se rascó la cabeza cuando se dio cuenta de que me había asustado—. Te vi llegar y pensé que podrías necesitar ayuda.

—Estamos bien. —Respiré hondo—. Pero, ¿podrías agarrar la bolsa de Karen del maletero, por favor?

—Por supuesto.

Rodeó el auto y sacó la bolsa, luego se acercó más, cerró la puerta que yo había dejado abierta y apoyó su mano en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia la entrada.

El salón estaba bien amueblado, una armoniosa mezcla de moderno y rústico, con una hermosa araña de cristal en el alto techo. Sin duda, a mi madre le gustaría reunirse allí, pero no podía ver a la madre de River y a ella como amigas.

—¡Deborah! —Justo cuando pensé en ella, fue la primera en aparecer frente a mí.

Había investigado tanto sobre la familia, elaborado diagramas e infografías que las presentaciones eran innecesarias.

—Hola, señora Lansky. —Le sonreí.

—Es un placer conocerte.

—El placer es mío.

No podía decir exactamente que me entusiasmara el encuentro, pero ella parecía dispuesta a ser amable conmigo y no había razón para que yo actuara de otro modo.

—Esta es mi nieta. —La mujer se acercó para ver mejor a la bebé—. Hola, Karen.

—Es preciosa, ¿verdad, mamá? —River parecía embobado.

—Sí, muy parecida a ti.

—Así es. —Forcé una sonrisa, aunque no era algo que me encantara admitir.

—¿Puedo cargarla? —Fernanda extendió los brazos.

Me quedé un poco recelosa, pero finalmente se la pasé.

—Hola, cariño, soy la abuela. —La abrazó y mi hija no pareció sorprenderse en lo más mínimo.

Admito que estuve deseando que Karen comenzara a llorar para tener una excusa para

tomarla de vuelta, pero no hizo ningún ruido.

—Hola, Deborah. —Un hombre con el cabello casi completamente blanco, mezclado con rubios muy claros, apareció en mi campo de visión. Aunque ya era mayor, su porte y las tatuajes que llevaba todavía le daban un aire bastante intimidante.

—Señor Lansky.

—Es un placer darte la bienvenida a nuestra casa.

—Gracias.

—Mira qué guapa está, amor. —Fernanda levantó a mi hija para que su marido pudiera verla mejor.

—Sí.

—¡La bebé! —Oí un grito que me sobresaltó.

Una niña bajó corriendo por las escaleras y se dirigió hacia nosotros. Tendría unos ocho años y el cabello castaño claro. Según lo que había investigado, era la hija del hermano mayor de River.

—¡Abuela, déjame verla! —Empezó a saltar, estirando el cuello para mirar.

—¡Yo también quiero verla! —Otro niño corrió hacia nosotros, esta vez un poco más joven que la primera.

—Tengan cuidado, niños —dijo Manuela, y pronto toda la familia de River estaba a mi alrededor.

—Felicidades por tu hija, hermano.

—Gracias, Steven.

—El almuerzo debería estar servido pronto, así que ¿por qué no vamos al comedor? —Fernanda abrió el camino, atrayendo la atención de todos.

—¡Tía!

Bajé la vista cuando me di cuenta de que la niña me llamaba tirando del dobladillo de mi camisa.

—¿Sí?

—¿Cómo se llama?

—Karen.

—¡Ah! —Se encogió pensativa—. Es bonito.

—El tuyo también es precioso, Melissa.

—Gracias.

—De nada.

Nos dirigimos al comedor y cada uno tomó su lugar en la mesa. River sacó una silla para mí, como si estuviera reservada.

Aunque estaba nerviosa y preocupada por ese encuentro, ya había pasado por la incómoda situación de conocer a los padres de un novio antes. No es que River fuera mi novio.

Me estaba acostumbrando al hecho de tenerlo en mi vida y aceptaba que no se iba a ir, por mucho que yo lo deseara.

El almuerzo fue delicioso y su hermano parecía muy receptivo a quien era el jefe de la mafia, pero nadie habló de negocios, ni ellos ni yo. Como si el hecho de que yo fuera fiscal y ellos delincuentes hubiera quedado al margen.

—Enseguida vuelvo —advirtió River mientras se levantaba a mi lado.

—De acuerdo.

Karen estaba tranquila en su asiento, junto a mí, y realmente no parecía haber ningún motivo para que me preocupara. O al menos eso es lo que pensaba...



Capítulo cuarenta y seis

Fui hasta la cocina de la casa y una de las empleadas me entregó el ramo de rosas rojas que había encargado por la mañana. Nunca me había puesto a pensar realmente cómo se le pedía matrimonio a una mujer, por lo que podría estar pecando de simple, pero esperaba que esas rosas me ayudaran.

Regresé al comedor donde toda mi familia estaba reunida, y todos se giraron a mirarme. Con un ramo tan grande y llamativo como ese, era completamente imposible pasar desapercibido.

—Deborah. —Me acerqué a ella y vi cómo se le abrían los ojos de asombro.

—¿Qué estás haciendo?

—Las flores son para ti.

—¡Ah! —Se quedó completamente desconcertada, y después de pensarlo un poco, no tuvo más opción que agradecer—. Gracias.

—Eso no es todo. —Me arrodillé.

—¡River!

—Tranquila.

Apretó los dientes cuando tomé la caja con el anillo y la abrí delante de ella. Elegir esa pieza había sido un gran reto porque no quería nada demasiado pequeño ni extravagante.

—No vas a hacer eso...

—Deborah, ¿quieres casarte conmigo?

Pensé que me había preparado para una posible negativa, que estaría bien si decía que no. Pero en el momento en que la vi dándome la espalda, saliendo corriendo sin decir una palabra y dejando caer el ramo de rosas al suelo, me sentí completamente frustrado. No había previsto el dolor de la negativa, ni la angustia de tener a mi familia como testigo de mi fracaso.

—¡Oh, mierda! —murmuré.

—Hijo... —Mi padre comenzó a hablar, pero lo interrumpí.

—No hace falta decir nada.

Que intentaran consolarme solo me haría sentir más furia mientras trataba de procesar ese rechazo.

Mi padre se levantó de su silla, rodeó la mesa y me apretó el hombro para llamar mi atención.

—Ve tras ella.

Asentí con la cabeza.

Deborah era la que yo quería y no había razón para renunciar a ella tan fácilmente.



Capítulo cuarenta y siete

Me sentí pésima por haber salido corriendo y dejar a mi hija con ellos, aunque cada vez tenía más claro que Karen estaría segura con la familia de su papá.

¡River debía haberse vuelto loco! ¿En qué estaba pensando cuando creyó que pedirme matrimonio era una buena idea?

Aunque yo era el tipo de mujer que siempre cuidaba de sí misma, independiente y muy decidida, eso no me impedía querer tener una familia, como mis padres o incluso mis hermanos. Cuando me enteré de que estaba embarazada de Karen, por muy aterrador que fuera, tuve claro desde el primer momento que quería ser madre de ese pequeño bebé.

Mi hija me había demostrado que había una vida más allá de los tribunales y que yo era algo más que una fiscal. Sin embargo, traer a River a mi vida lo puso todo patas arriba.

—¡Deborah!

Escuché su voz y cerré los ojos, apretando el costado de mi auto donde me había recargado. Esperaba que, con el tiempo, él se diera por vencido y se fuera, que abandonara esa locura.

—Deborah.

—¿Estás loco? —Me volví hacia él gritando a pleno pulmón—. ¿Por qué se te ocurre hacerme una propuesta así?

—¡Porque te quiero!

—No puedes tenerme —dije entre dientes, respirando aceleradamente.

—Ya te tengo. —Se acercó y me rodeó la cintura con los brazos.

—¡Estás loco! —Le golpeé el pecho con las manos.

—Solo estoy siendo sincero. ¿De verdad crees que seguir luchando contra esto es la mejor opción?

—¿Qué va a pensar la gente? —Mi cuerpo temblaba, un torbellino de emociones me sacudía tanto que mi corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—A la mierda lo que piensen. Lo único que importa es lo que tú quieres.

—Yo... —Abrí la boca varias veces, pero no pude sacar la mentira que tenía atascada en la garganta.

—¿Tú…? —me provocó, acercando su boca a la mía de un modo que me empujaba a cometer una locura.

—Yo te quiero.

—Entonces di que sí. —Me apretó la cintura con más fuerza.

—No puedo...

—¡Deborah!

—¡Maldita sea! Quiero casarme contigo.

Me había perdido, caído por un abismo sin retorno, y River era ese precipicio. Me di cuenta de que la línea entre la moralidad y la inmoralidad era tan fina que podía cruzarse fácilmente en nombre del amor.

River me pasó la mano por el culo y me lo apretó sin ninguna timidez ni temor a ser visto. Tomó la llave de mi coche del bolsillo y desactivó la alarma, abriendo la puerta trasera.

Me empujó hacia el asiento y entró, cerrando la puerta detrás de él. Los vidrios polarizados eran oscuros, pero no estaba segura de que fueran lo suficientemente opacos como para que no nos vieran los guardaespaldas, sobre todo a plena luz del día.

Su lengua se entrelazó con la mía en un beso cada vez más feroz mientras sus manos viajaban sobre mí, apretándome y marcándome.

—Estás loco —dije con mi boca en la suya, incapaz de dejar de besarlo.

—¡Eres mía! —Abrió el cierre de mis jeans y los bajó de un tirón.

Intenté cerrar los muslos, pero la excitación no hacía más que aumentar.

Él se levantó lo suficiente como para hacerme girar en el asiento, poniéndome de bruces. Tuve que acomodarme apoyando las rodillas, pero era difícil moverme con los pantalones en los tobillos.

River me agarró del pelo, tirando de él, y yo eché la cabeza hacia atrás, teniendo que morderme el labio para no gritar cuando me penetró de un solo empujón. No estaba lo bastante

mojada y sentí un ligero escozor, pero pronto desapareció entre la calentura y me revolví sobre él, esperando la siguiente embestida.

Era de día, estábamos frente a la casa de su familia y cogiendo como dos animales en el asiento trasero de mi coche. Lo peor era que no quería que parara, me estaba encantando mientras me conducía. Apreté mi culo contra él sin poder esperar a la siguiente embestida. River me penetraba cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Yo arañaba la ventanilla del coche, el interior de la puerta y el cuero del asiento.

No tardé mucho, acabé rápidamente al sentir sus pelotas golpear mi clítoris.

River sabía cómo ser muy intenso y voraz en sus rapiditos y dejarme completamente sin aliento. Cuando me soltó el pelo, me desplomé sobre el asiento, jadeando e intentando recomponerme y volver a pensar.

Su mano cayó sobre mi culo y grité cuando la bofetada palpitó contra mi nalga.

—¡Cretino!

—Estás buenísima.

Necesité respirar un poco más para volver en mí. Estiré la mano, pero aún me costaba moverme.

—Hay un paquete de toallitas húmedas Karen en la guantera, pásamelas —le pedí.

—De acuerdo.

Se inclinó e hizo lo que le pedí.

Saqué unos pañuelos del paquete y los utilicé para limpiarme.

—Por eso me quedé embarazada —murmuré.

—No me importa en absoluto que tengamos más hijos.

—Vamos con calma. —Intenté recomponerme, sentándome en el asiento y subiéndome de nuevo los jeans.

—Déjame ponerte esto. —Sacó la caja de terciopelo y abrió de nuevo el hermoso anillo de compromiso.

Él realmente estaba dispuesto a casarse conmigo, aunque no sabía cómo convencería a mi familia de que esa era una buena idea.



Capítulo cuarenta y ocho

Salimos del coche de Deborah y la tomé de la mano mientras entrábamos de nuevo en la casa. Cuando entramos en el salón, todos seguían en el mismo sitio y mi cuñada sostenía a mi hija para que los niños curiosos pudieran mirarla.

—¿Va todo bien? —preguntó mi padre un poco preocupado.

Deborah esbozó una media sonrisa y levantó la mano, dejando ver a todos que llevaba el anillo.

—¡Felicidades! —Mi madre vino a abrazarnos.

—Gracias. —Mi prometida estaba avergonzada, pero su sonrisa satisfecha demostraba que era feliz.

Sabía que la situación era complicada, pero estaba seguro de que podríamos manejarla y sortearla lo mejor posible.

—¿Vendrán a vivir aquí? —Quería saber mi madre.

—No —respondió Deborah antes de que pudiera abrir la boca—. Me gusta mi departamento.

—Podemos quedarnos allí o comprar uno más grande —acepté.

—Puede ser, por fin empezamos a entendernos.

—Vayas donde vayas, solo quiero que seas feliz —dijo mi madre.

—Gracias, mamá.

Mi hija se puso a llorar y Manuela se la devolvió a su madre, dejando a Deborah para que se las arreglara.

—Necesita que le cambien el pañal.

—Yo lo haré. —Me ofrecí.

—¿Para que quede torcido otra vez? —Deborah se burló de mí.

—Esta vez será mucho mejor, ya verás. —Le guiñé un ojo mientras recogía a mi hija.

—Sí, ya veré. —Deborah me siguió con el bolso de Karen mientras yo me dirigía al aseo de invitados de la planta baja. Saqué un pañuelo del bolso y lo extendí sobre el banco de piedra antes de depositar a mi hija sobre él.

Deborah me observaba mientras desabrochaba el mameluco de nuestra hija y le sacaba las piernas para cambiarle el pañal empapado. Karen también me miraba, evaluándome.

—Papá no lo hará tan mal. —Le guiñé un ojo y Deborah se rió.

Le apliqué la pomada, le puse un poco de talco y luego le cambié el pañal por uno limpio, ajustando las pegatinas de la parte delantera para que se pegara.

—¿Lo ves? —Levanté a mi hija después de alisarle la ropa—. Ni siquiera fue tan terrible.

—Sí, digamos el padre está mejorando.

Permanecí en silencio, pero realmente disfrutaba oyendo a Deborah hablar así de mí. Éramos los padres de esa niña y quería que ella lo supiera.



DEBORAH Lennox

Capítulo cuarenta y nueve

Respiré hondo al escuchar a alguien más allá de la puerta de entrada de mi departamento, y luego oí el sonido del intercomunicador.

Abrí la puerta y sonreí en cuanto las gemelas corrieron hacia mí y rodearon mi cintura con un abrazo bien apretado.

—¡Tía Deby!

—Hola, mis pequeñas. —Me incliné para besar la parte superior de cada una de sus cabezas.

—¿Dónde está Karen?

—Su primita está durmiendo.

—Ah, solo duerme —refunfuñó Anne.

—Es como John —dijo Mary.

—Ahora él juega.

—Sí.

Thomas y Helena entraron a la sala con su hijo más pequeño, Tyler y Tatiana venían detrás con el pequeño Sky, y mis padres llegaron después.

Tragué saliva, pero intenté forzar una sonrisa. No quería mostrar lo tensa que estaba y el

corazón casi parecía salírseme del pecho. Pero tenía que reunirlos y contarles lo de la boda en un momento u otro. Estaba segura de que no sería fácil.

—¿Estás bien, hija? —preguntó mi madre cuando se dio cuenta de lo tensa que estaba.

—¿Por qué no se sientan todos? —Señalé los sofás.

Asintieron, pero mi sobrina Mary se quedó de pie y se acercó, tomando mi mano.

—Bonito anillo, tía.

—Sí, lo es. —Me puse aún más incómoda.

—¿Es un anillo de compromiso, Deborah? —Thomas lo adivinó antes de que pudiera decir algo.

Asentí con la cabeza.

—No estabas saliendo con nadie.

—Bueno, si hablamos de "salir", no sé si esa sea la palabra exacta —murmuró Tyler, haciendo que Thomas se girara hacia él con una expresión aún más seria.

—¿A qué te refieres?

—¿Es él, Deby? —me preguntó Tyler.

—Tatiana te lo dijo, ¿no?

—¡Oye! Yo no dije nada. —Mi cuñada intentó lavarse las manos.

—No. No me lo dijo, pero no soy idiota.

—No es tan terrible como suena. —Traté de suavizar la situación antes de que reaccionaran al hecho de que estaba comprometida con River Lansky.

—¿No es grave? —replicaron al unísono mi papá y Thomas.

Convencerlos iba a ser mucho más difícil de lo que había previsto. Sabía que este era uno de los motivos por los que me había costado tanto aceptar la propuesta de River. Mi corazón estaba traicionando a mi mente, y eso me estaba metiendo en un buen lío.

—¿Se mantendrá alejado de los negocios ilícitos? —Quería saber mi madre.

—Es probable que no. —Fui honesta.

—¿Vas a dejar de ser fiscal?

—No tengo intención de hacerlo.

—¡Deborah! —Thomas levantó la voz conmigo.

—He hecho mi trabajo todo este tiempo sin cruzarme con él.

—¿Vas a encarcelar a los criminales con los que él trata?

—Puede ser. —Tuve que admitirlo.

—¿No te das cuenta de lo estúpido que es eso, cariño?

—¿Cuántos delincuentes no han defendido ya en Lennox & Asociados? —Traté de

darme un punto a favor.

—Es diferente. —Mi papá intentó suavizar.

—¿Diferente porque esos podían pagar?

—Deborah, el problema no es a quiénes defendemos, sino con quién decides casarte. Esto no tiene vuelta atrás. Estará en tu vida para siempre.

—River es el padre de Karen. Ya va a estar en mi vida para siempre.

—¿De verdad lo quieres? —Tyler se inclinó hacia mí, buscando captar mi atención.

—Sí, lo quiero...

—Ninguno de nosotros quiere que te lastimen. —Mi mamá se acercó para rodearme con un abrazo.

—Lo sé. —Les sonreí.

—Entonces, cuídate mucho.

—Lo haré.

—No puedo creer que estén de acuerdo con esto. —Thomas movió la cabeza negativamente.

—Amor. —Helena le acarició la mano—. Esta es una decisión que tu hermana tiene que tomar, no nosotros.

—No es como si estuviera eligiendo a cualquier hombre.

—Creo que deberíamos darle un voto de confianza.

No era exactamente la felicitación por el matrimonio que esperaba, pero con el tiempo confiaba en que todo saldría bien. ¿Quién sabe?, tal vez River llegara a tener una relación amigable con mi familia.



Capítulo cincuenta

Me sentía inquieto, esperando alguna noticia de Deborah, que no había llegado. Parte de mí temía que pudiera cambiar de opinión después de hablar con su familia. No era precisamente el mejor candidato a marido para una fiscal, pero creía que podíamos tener un buen matrimonio.

La amaba y estaba dispuesto a luchar lo que fuera necesario para estar con ella, por más que fuera terca o pensara que no lo merecía. Impaciente, terminé agarrando el celular y le mandé un mensaje.

River:

¿Cómo fue la conversación con tu familia?

Esperé mucho tiempo y no había señales de que hubiera leído el mensaje hasta que por fin me contestó.

Deborah:

Acaban de irse.

River:

¿Has cambiado de opinión sobre casarte conmigo?

Deborah:

No, pero no fue fácil convencerlos.

River:

Con el tiempo se acostumbrarán a mí.

Deborah:

Eso espero.

River:

¿Dónde estás?

Deborah:

En casa, ¿por qué?

River:

Voy para allá.

Envié ese mensaje y no esperé a que me contestara. Prefiero no arriesgarme a que me diga que no vaya.

Bajé al garaje y tomé una moto, me puse el primer casco que encontré y aceleré rumbo a su apartamento. Si por mí hubiera sido, habría estado con ella antes, pero Deborah me había pedido que hablara a solas con la familia, porque pensaba que mi presencia allí podría complicarlo todo.

Detuve la moto frente al edificio, en un espacio libre entre un coche y otro. Saludé con la cabeza al portero, cada vez más acostumbrado a mi presencia, y subí a su piso.

Llamé a la puerta y esperé unos instantes.

—¡River! —murmuró al abrir la puerta.

—¿Vas a decirme que no me extrañabas? —La rodeé por la cintura, y esa fiscal fría y dura dejó escapar un suspiro.

—Con razón mi familia piensa que estoy loca. —Se derritió en mis brazos cuando acerqué mi boca a su cuello, cerrando la puerta tras de mí.

—No estás loca, Deborah.

—¿Cómo que no? —Levantó sus ojos hacia los míos.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque estoy completamente enamorada de ti.

Una amplia sonrisa iluminó mi rostro y levanté una de mis manos, enredándola en su pelo y atrayendo su cara hacia mí.

—Te amo. —Me incliné hacia ella y le mordisqueé el labio inferior.

—Yo también te amo. —Movió sus labios contra los míos mientras la levantaba y la acercaba a la pared.

Deborah me rodeó la cintura con los pies y yo apreté más fuerte sus muslos mientras mi boca se dirigía a su cuello. Su piel suave y perfumada me volvía loco y me embriagaba. Pasé mi barba por su cuello, y ella se estremeció, restregándose más contra mí. Mordí, besé y lamí, notando cómo su piel se erizaba bajo mis toques cada vez más hambrientos.

Bajé la cabeza hasta el escote de su blusa y gruñí, insatisfecho con la cantidad de ropa que me impedía seguir probándola.

Puse a Deborah en el suelo y la agarré por la cintura, subiéndole la blusa de un tirón firme y luego desabrochándole el sujetador. Chupé con fuerza uno de sus pezones y saboreé la leche mientras ella gemía aún más fuerte.

Mordiéndole y besándole los pechos, deslicé una mano dentro de sus pantalones, ansioso por tocarla. Sin pensarlo, Deborah abrió las piernas, permitiéndome acercarme más. Mis dedos recorrieron su tanga de encaje, acariciando su clítoris hinchado, señal clara de su excitación.

—Estás deliciosa... —dije, volviendo a morder su cuello.

Deborah solo dejó escapar gemidos ininteligibles, cada sonido enfatizando más su placer. Yo ya estaba duro, con el miembro latiendo dentro de mis pantalones, deseando tener más de ella, pero decidí provocarla un poco más. Mis dedos se movían en su ropa interior, y con cada gemido, me excitaba aún más.

—Quítate los zapatos.

Deborah asintió, equilibrándose en mí para obedecer. Después, bajé su pantalón junto con la tanga, dejándola completamente desnuda.

—Así me gusta. —Le di unas palmaditas en la vulva deliciosamente depilada y ella se revolvió aún más contra la pared.

Estaba tan excitada que pude ver pequeñas gotas de humedad resbalando por sus muslos. No pude resistir la tentación de meter un dedo dentro de ella solo para sentir su humedad. Mi dedo se cubrió de su líquido y lo llevé a la boca para saborearlo, mientras sus mejillas se sonrojaban.

—¿Quieres poner tu boca sobre mí? —dijo en voz baja.

—¿Es eso lo que quieres?

Asintió con la cabeza.

—No te escuché. Dilo más fuerte.

—¡Lámeme, River! —Habló con voz temblorosa y separó aún más las piernas.

—Por supuesto, amor. —Me arrodillé frente a ella y le agarré el culo, tirando de ella hacia mi cara.

Deborah se retorció, arañando la pared, mientras yo deslizaba mi boca entre sus grandes labios vaginales. Chupé su clítoris y jugué con él, lamiéndolo y acariciándolo. Cuanto más lo hacía, más parecía rendirse a sus efectos.

Introduje un dedo en su interior y sentí las contracciones de su canal que indicaban aún más su placer mientras la estimulaba. No dejé de lamerla y chuparla hasta que se estremeció,

señal de su orgasmo.

Me levanté rápidamente y la sujeté por la cintura, evitando que se cayera por falta de energía mientras se recuperaba de su orgasmo.

—Vamos al sofá. —La arrastré.

—¿Qué me vas a hacer?

—Dártela en tu precioso culo.

—¡River! —Estaba avergonzada de nuevo—. ¿Por qué no esperamos a la boda?

—¿Por qué dejar para mañana lo que podemos hacer hoy?

La hice arrodillarse en el sofá, apoyada en el respaldo con el culo hacia mí. Le di una palmada, dejando la marca de mis dedos en su nalga izquierda, y ella se inclinó hacia adelante, escondiendo la cara en el respaldo, pero empinando aún más el culo, lista para mí.

Introduje mi verga en su vagina, completamente empapada de su lubricación natural, y luego la agarré por el culo, separándolo todo lo que pude para ver bien su apretado y contraído agujero. Empecé a empujar y ella se encogió hacia delante, apretándome. Gemimos juntos y seguí empujando hasta introducirme por completo en su culo.

—¡River! —Volvió a gritar mi nombre mientras empezaba a moverme en pleno sexo anal.

Mis dedos se hundieron en su hermoso culo mientras disfrutaba de la visión de cómo se frotaba contra mí. Era tan bueno tener a Deborah así, gimiendo y entregándose a mí cada vez más.

Mi erección crecía incontrolablemente en mi interior y cada vez me resultaba más difícil controlarme mientras ella me apretaba, estrujaba el sofá con los dedos y ponía los ojos en blanco cada vez que giraba la cabeza en mi dirección.

Me arrodillé en el sofá, intentando mantener el equilibrio, y me incliné hacia delante, solo para agarrarla del cuello y tirar de ella hacia mí. La hice sentarse en mi regazo y botar mientras la abrazaba.

El sexo fue salvaje. Nunca he sido el tipo de hombre tranquilo y paciente; cuando tenía sexo era una bestia voraz, pero Deborah supo responder muy bien a mis avances.

Con una mano en su cuello, bajé la otra hasta el centro de sus muslos y empecé a estimularla. A medida que la masturbaba, su placer aumentaba y ella se revolvía aún más, frotando su redondo culo contra mi regazo.

Demasiado delicioso...

Quería que durara, pero cuando se revolvió aún más contra mí, no pude evitar eyacular dentro de ella. Respirando en su cuello mientras me recuperaba, seguí masturbándola y Deborah no dejó de revolverse y frotarse contra mí hasta acabar.

Ella se desplomó hacia delante, exhausta, y yo me levanté del sofá, dando unos pasos a tropezones hasta recuperar el equilibrio.

—Estás completamente loco. —Se rió entre dientes.

—¿Te he hecho daño?

—No...

—¿Y no estuvo excitante?

Ella escondió la cara y tardó un poco en contestar.

—Fue... —Terminó confesando—. No sé cómo lo haces tan bien.

—El secreto está en estar relajado de antemano.

Se levantó, recuperó el equilibrio y fue al baño a lavarse. La seguí hasta la ducha para limpiarme yo también, pero antes de que pudiera atacarla de nuevo, nuestra hija empezó a llorar.

Deborah me esquivó y sacó la toalla para secarse.

—Debe ser el pañal.

—¿Quieres que vaya?

Me miró por unos instantes y me lanzó la toalla.

—Me voy a la cama, estoy exhausta.

—Está bien. Yo cuidaré de nuestra hija.

Me sequé rápidamente y salí del baño con una toalla enrollada en la cintura para cambiarle el pañal a Karen, que enseguida volvió a dormirse.

Podría ser feliz viviendo esa vida.



DEBORAH Lennox

Capítulo cincuenta y uno

Un mes después...

No tenía ni idea de lo poderosa e influyente que era la familia Lansky hasta que se anunció mi boda. Ese mismo día, el fiscal general me pidió que fuera a su despacho. Esperaba que me despidieran, pero fue más amable que nunca, me deseó lo mejor y me dijo que cuidaría de mi prometido.

Las felicitaciones no pararon ahí, el mismo alcalde me llamó, y me quedé pensando si se habría auto-invitado a la boda. Todos los hombres poderosos de Nueva York comían de la mano de los Lansky, la prueba de eso fue impactante. Al final, no tenía ninguna posibilidad de armar un caso en su contra. Dominaban la ciudad desde hacía años y parecía que las cosas seguirían así.

Durante los preparativos de la boda, mi familia tuvo tiempo de asimilar la noticia y afrontarla mejor. River incluso había cenado con ellos un día y el hecho de que no hubiera intentado matar a nadie fue un gran avance para mí.

Quizás solo estaba algo preocupada. Iba a casarme y tener a un hombre presente en mi vida todo el tiempo, además de nuestra hija. En el fondo, temía que no funcionara, pero lo único que necesitaba era un poco de fe.

—Estás preciosa, hija mía. —Mi madre me sonrió al salir de la sala donde los profesionales de la belleza me preparaban para el gran acontecimiento.

—Gracias. ¿Cómo está mi hija?

—Durmiendo como el angelito que es. En una cuna en una de las habitaciones de invitados. Cuidarán de ella, no hay por qué preocuparse.

—Aún es demasiado joven para entender la ceremonia.

—Sí, pero la buena noticia es que los padres estarán juntos.

—Así es.

Mi madre intentaba encontrar la mejor perspectiva de la situación y eso me hacía feliz.

—Estás segura de que quieres hacer esto, ¿verdad?

—Sí, estoy segura. —Le sonreí.

—Solo quiero que seas feliz, hija mía.

—Gracias, mamá. —La abracé y evité que se me saltaran las lágrimas y me estropearan el maquillaje.

—¿Vamos? —Mi padre me ofreció su brazo.

Le sonreí y asentí con la cabeza mientras bajábamos juntos al jardín donde se había preparado la ceremonia.

Toda mi familia estaba en las sillas blancas a un lado de la alfombra roja, y al otro lado estaba la familia de River, sus padres, hermano, cuñada, primos y tíos, así como importantes personalidades de la ciudad, como el propio alcalde. Nunca había visto el jardín de la casa de mis padres tan lleno.

Sonreí al ver a River en el altar. Estaba guapísimo con un traje gris claro, el cabello perfectamente peinado. Incluso su típico aire de arrogancia había sido reemplazado por una expresión más seria y concentrada.

Mientras nos mirábamos fijamente, sentí que me subía un calor al pecho y, por muy loco que fuera, estaba completamente segura de que quería a ese hombre para el resto de mis días, por muy loco y peligroso que fuera.

Me detuve frente a él, quien saludó a mi papá con un abrazo y luego se inclinó para besarme la mano.

—Te ves maravillosa, amor.

—Gracias.

Cuando nos giramos hacia el juez, todos guardaron silencio para escuchar la ceremonia.

En los últimos años, había estado tan enfocada en mi trabajo, luchando por la justicia para los demás, que había dejado de lado mi propia vida. Pero el nacimiento de Karen me hizo ver que había vida más allá de los tribunales, y que yo merecía muchos tipos de amor.

De ninguna manera River era el hombre que yo hubiera elegido en cualquier otro momento, pero probablemente si no hubiera sido por ese chico malo que enloqueció mi vida y la puso patas arriba, probablemente seguiría en el mismo lugar, escondiéndome caso tras caso.

—Estamos aquí para celebrar el amor de Deborah y River, una pareja que ya ha cosechado el fruto de una hermosa hija.

—Y vendrán más. —River me guiñó un ojo.

—Vamos a tomárnoslo con calma. —Hice una mueca y los invitados sentados en las primeras filas acabaron riéndose.

—Deborah. —Me tocó la cara y me hizo mirarlo de nuevo. Momentáneamente, sentí que mi corazón dejaba de latir, como si ya pudiera sentir el peso de las palabras que vendrían a continuación—. No solía creer en historias de amor. Y me di cuenta de que no se trata de encontrar a alguien con quien quieras pasar el resto de tu vida, sino de una persona con la que no puedas vivir si no está. Eso es lo que nos trajo aquí, y lo que hará que busque tu compañía hasta el último de mis días, aunque ya no me soportes.

—¡Tonto! —Me reí—. Debería odiarte, y admito que lo intenté muchas veces, pero no solo me ganaste por agotamiento, sino que me diste lo más preciado en mi vida, que es nuestra hija. Karen es la prueba de que la luz puede aparecer en los momentos más inesperados.

—Eres mi luz. —Me interrumpió.

—Sí, lo soy. —Le guiñé un ojo.

River me jaló para besarme antes de que el juez pudiera decirnos que nos pusiéramos los anillos o que nos declarara marido y mujer.



Capítulo cincuenta y dos

—Te has enganchado de verdad —comentó Otto cuando se acercó a felicitarnos junto con un grupo de invitados.

—Ahora solo faltas tú.

—Creo que me abstendré de hacerlo un poco más.

—No es tan malo como dicen.

—Tampoco es tan bueno como lo pintan.

—Tú sabrás. —Me encogí de hombros.

—Que seas feliz.

—Gracias, primo.

Otto abrazó a Deborah y luego se alejó.

Estábamos a punto de saludar a otro grupo de invitados cuando Darla llegó corriendo, agitada, y se plantó frente a nosotros. Al principio no entendí por qué la niñera de nuestra hija estaba tan alterada, pero el susto llegó de inmediato.

—Señora, Karen ha desaparecido.

—¡¿QUÉ?! —gritamos Deborah y yo a la vez.

—La dejé en la cuna y salí un momento para ir al baño, pero cuando volví ya no estaba.

Busqué en todos los rincones de la habitación, pero no había ni rastro de ella. Aún es demasiado pequeña para gatear o andar.

—¿Es una broma de mal gusto? —dije en voz baja.

—No, señor. —La niñera se sobresaltó cuando me incliné hacia ella.

—¿Dónde está mi hija? —La agarré por el cuello y la levanté del suelo, como haría con cualquier desgraciado del que necesitara información.

—¡River! —me gritó Deborah.

—Karen desapareció. —Me giré hacia ella.

—No vamos a encontrar a nuestra hija si matas a la niñera.

—De acuerdo. —Mi mujer me dio un atisbo de cordura y solté a la mujer, haciéndola caer al suelo, temblorosa y morada.

Darla se acarició el cuello y tosió un par de veces, intentando recuperar el aliento.

—¿Dónde está mi hija?

—No lo sé, señor. —Darla temblaba, aterrada por mis gritos, y ni siquiera se imaginaba lo que era capaz de hacer si no me devolvía a mi bebé lo antes posible.

—¿Qué está pasando aquí? —Mi padre se acercó y se paró a mi lado. Había lidiado con muchos conflictos y sabía cuándo uno estaba a punto de explotar.

—Mi hija ha desaparecido de su cuna —le dije.

—¿Es posible que alguien la haya tomado? Tal vez algún familiar de Deborah. Ahora que terminó la ceremonia, podrían haberla traído a la fiesta.

—Iré a ver. —Se ofreció mi madre, alejándose antes de que pudiera decir algo.

Quería retorcerme de rabia ante cualquier posibilidad de que le hubiera pasado algo a mi niña.

—Darla, ¿estás segura de que no viste entrar a nadie en la habitación? —volvió a preguntar Deborah a la niñera.

—Sí, señora. Le juro que no me separé de la bebé más de tres minutos, el baño estaba cerca, pero cuando volví, ya no estaba.

—Darla, solo necesito saber dónde está mi hija... —Deborah intentaba mantener la calma, porque ya era suficiente con que yo estuviera fuera de control. Sin embargo, era casi imposible no entrar en pánico cuando un bebé de apenas unos meses desaparece.

Cuando mi madre regresó, mi corazón dio un salto de esperanza.

—¿Quién está con ella?

Mi madre negó con la cabeza, y enseguida vi a todos los familiares de Deborah acercarse. Ninguno llevaba a Karen en brazos.

—¿Han visto a mi hija? —Deborah temblaba y me di cuenta de que pronto empezaría a llorar.

—¿No estaba con la niñera? —preguntó el hermano mayor.

—Se la llevaron de la cuna mientras Darla iba al baño.

—¿Pero quién? —Quería saber la madre de Deborah.

—No lo sé, señora. —La niñera ya estaba llorando y pronto se le unió mi mujer.

Me daba mucho miedo pensar que a mi niña le podía estar pasando cualquier cosa. Ella estaba dentro de la casa de sus abuelos y no debería haber corrido ningún riesgo. Solo quería pensar que había una explicación menos espantosa para todo eso.

—¿Tienen cámaras dentro de la casa? —Mi padre preguntó a los Lennox.

—Solo afuera —respondió el patriarca.

—¿Me pueden mostrar las grabaciones?

El hombre asintió y condujo a mi padre al interior de la hermosa mansión.

—¿Tu padre cree que podrían haberla secuestrado? —Deborah se giró hacia mí con lágrimas rodando por sus mejillas.

—¡Ven aquí! —La atraje hacia mí, hundiendo su rostro en mi pecho—. Vamos a encontrar a nuestra niña.

Esa no era una promesa vacía. No importaba qué tuviera que hacer, ni aunque tuviera que seguir a un hombre hasta el infierno mismo, yo iba a recuperar a mi hija.



DEBORAH Lennox

Capítulo cincuenta y tres

¡Esto no puede estar pasando!

Mientras sollozaba, presa de una desesperación que me destrozaba el corazón, no podía creer que alguien hubiera llevado a mi pequeña. Aunque en esa boda había personas que nunca antes había visto, era imposible pensar que alguna de ellas pudiera hacerle daño a una bebé de apenas unos meses de vida.

Karen aún no había tenido tiempo de empezar a andar y hablar.

Empujé a River y salí corriendo, levantando la falda del voluminoso vestido de novia para no tropezar. Entré a la casa a toda prisa. Subí las escaleras tan rápido como pude, casi cayéndome varias veces hasta que llegué al cuarto donde Karen debería estar. Empujé la puerta, con el corazón en la garganta.

Mirar la cuna vacía me rompió el corazón y me hizo caer de rodillas.

—¡Hija!

Las lágrimas eran incontrolables y el dolor aún mayor.

¿Quién podría haber hecho algo tan terrible? ¿Dónde estaría mi niña?

—¡Deborah! —River se acercó por detrás y sentí su mano tocar mi hombro.

—¿Dónde está? —Levanté la cabeza para mirarlo.

—Mi hermano ordenó a los hombres rodear la casa, nadie entra ni sale hasta que encontremos a nuestra hija.

—¿Y si ya le hicieron algo horrible...? —No quería pensar en lo peor, pero el miedo me ahogaba.

—Va a estar bien —me lo prometía River, pero ni con todo su poder podía asegurarlo.

—¡Karen! —Me incliné hacia delante, incapaz de dejar de llorar.

No había mayor dolor en el mundo que el miedo a que mi hija pudiera correr algún tipo de peligro. Era demasiado pequeña para defenderse, ni siquiera sabía hablar o andar todavía. ¿Qué clase de monstruo podría habérsela llevado así? Más aún en medio de mi boda.

—River... —Su padre apareció y me puse de pie de un salto.

—Lucian, ¿sabes dónde está? —Le pregunté a mi suegro. Tenían que decirme algo o me volvería loco.

—Tengo una pista.

—¿Qué pista?

—Creo que la sacaron de la mansión.

—¿Qué? ¿Cómo?

Todavía no me lo podía creer y tuve que ponerme la mano en el pecho para ver si dejaba de dolerme y apretarme tanto.

Mis pechos dolían por la leche acumulada, ya era hora de que ella comiera, y el hecho de que no estuviera cerca me angustiaba más.

—Vamos, hijo. —Lucian lo llamó.

—Yo también voy. —Intenté levantarme, pero acabé tropezando con el dobladillo de mi vestido.

—No, Deborah, mejor quédate aquí.

—Necesito encontrar a mi hija.

—Es nuestra hija, y yo la voy a traer de vuelta a casa.

—Yo me encargo de ella —dijo la esposa del hermano mayor de River, Manuela, una italiana que, a pesar de su ligero acento, hablaba inglés perfectamente.

—Mi hija... —Empecé a llorar de nuevo.

—Sé que te resulta difícil quedarte aquí y esperar —me ofreció la mano para levantarme —, pero ellos saben lo que hacen.

Sentarme y esperar nunca ha sido mi fuerte, pero tenía que confiar en mi marido y en su familia si quería recuperar a mi hija.



Capítulo cincuenta y cuatro

Mi padre me mostró una grabación que había hecho con el celular, donde se veía a un hombre encapuchado saliendo con mi hija. Era claramente un bebé, y dudaba mucho que fuera una muñeca.

—¿Quién es este cretino?

—No lo sé.

—¿Cómo puede un hombre entrar aquí, robarme a mi hija y marcharse como si nadie lo hubiera visto? —Estaba tan furioso que apenas podía dejar de gruñir.

—Llamaré a mis contactos en el FBI —dijo mi madre. Aunque se había alejado hace años, todavía tenía mucha influencia allí.

—¡Apenas se le ve la cara! —Se me escapó, molesto.

—Cálmate, hijo, nos las arreglaremos.

—Es tan pequeña, mamá. Si la agarra de la forma equivocada, o si...

—Vamos a encontrarla —interrumpió mi padre, sabiendo que si me ponía a lamentarme no resolveríamos nada.

Asentí con la cabeza y dejé a mi madre para que hiciera unas llamadas, lo único que yo necesitaba era una dirección y un nombre para matar al bastardo que había secuestrado a mi hija y traerla de vuelta a su madre.

No podía quedarme quieto, caminaba de un lado a otro como si me hubieran robado el sentido de la orientación.

—River... —Steven trató de acercarse a mí.

—¿Te imaginas si fuera Melissa, hermano?

—Torturaría al bastardo para que siguiera sintiendo dolor hasta llegar al infierno.

Apreté los puños y los dientes, resoplando.

Se suponía que debía ser un día feliz y no acabar así.

Mi hija estaba en peligro y no tendría paz hasta encontrarla.

—Tengo una dirección. —Mi madre volvió a acercarse y mi corazón se aceleró de esperanza.

—¿Dónde?

Dijeron que el tipo tomó el camino hacia el Bronx y que su auto fue visto en algunas cámaras de tráfico.

—¿Alguna señal de mi hija?

—No, no. —Los labios de mi madre se curvaron con tristeza—. Vamos a mandar al SWAT y asegurarnos de recuperar a mi nieta...

—¡No quiero al SWAT! —Fui tajante—. Quiero resolver esto a mi manera.

—Hijo, no tienes que correr ningún riesgo. —Mi padre me miró fijamente.

—Es mi hija.

—Tú solo podrías ponerla aún más en peligro.

—No estará solo. —Steven me dio un golpecito en el hombro, asegurándome que me ayudaría a resolverlo.

—Calmense los dos —intervino mi madre—. No sabemos por qué secuestraron a Karen, podría ser una trampa.

—No puedo sentarme y esperar.

—Vas a ir allí, pero el apoyo del SWAT podría ser bienvenido.

No veía la necesidad de tener a la policía de nuestro lado, pero mi madre tenía razón. Todo lo que quería era cumplir la promesa que le hice a Deborah y traer a nuestra hija sana y salva de vuelta a casa.



Capítulo cincuenta y cinco

—Ayúdame a quitarme este vestido. —Me levanté inquieta mientras intentaba tirar de los botones de perlas de la espalda.

—Cálmate, niña, tienes que seguir haciéndote fotos con los invitados y con tu marido. —Sabía que mi madre intentaba ayudarme, pero solo consiguió que me girara y la mirara con expresión furiosa.

—¿De verdad crees que vamos a hacer fotos hoy?

—Lo siento. —Se encogió de hombros.

—Voy a ayudarte. —Manuela se acercó por detrás y empezó a abrirme los botones del vestido.

—Yo debería estar allí con ellos.

—No estás preparada para lo que puede pasar —dijo la mujer de mi cuñado en un tono bajo y tranquilo.

—Soy fiscal del estado de Nueva York.

—Enfrentarse a los delincuentes en los tribunales no es como hacerlo en la calle.

—Mi hija... —Me pasé las manos por la cara para intentar ocultar las lágrimas que querían caer de nuevo.

—River es su padre y la protegerá.

Quería confiar en las palabras de Manuela y estar completamente segura de que todo iría bien con mi bebé. Pero la desesperación era ya tan grande que no podía pensar racionalmente.

Mis hermanos estaban en el jardín, intentando controlar a los invitados que no sabían exactamente lo que podía estar pasando, pero ellos eran buenos con las discusiones y podían manejarlo por mí.



Capítulo cincuenta y seis

Teníamos enemigos, eso era invertible, aunque la mayoría de ellos no fueran lo bastante valientes para enfrentarse directamente a nosotros. Los cobardes fueron tras mi hija, y lo iban a pagar muy caro.

Mi madre se quedó en un coche blindado a unas manzanas de distancia, pero se aseguró de que Steven y yo nos pusiéramos los chalecos antibalas antes de dirigirnos al lugar indicado. La calle del barrio pobre estaba extrañamente vacía y temí que solo fuera una pista falsa.

Cuanto más tardáramos en encontrar a mi hija, más riesgo correría.

Saqué mi pistola y miré a un lado y a otro, observando cómo los agentes del SWAT se colocaban en lugares estratégicos para actuar en caso necesario.

Pensé que los responsables del secuestro podían ser los rusos que intentaban apoderarse de nuestro territorio. Por mucho que los hubiéramos perseguido y masacrado, aún cabía la posibilidad de que algunos de ellos estuvieran escondidos, esperando a reagruparse para un nuevo ataque.

Habían ido demasiado lejos secuestrando a una bebé y pagarían un alto precio por ello.

—¿Es ese el coche? —Steven indicó.

—Debe estar cerca.

Oí el llanto de una bebé y se me aceleró el corazón. Era mi hija.

—Por ahí. —Le indiqué.

—Ten cuidado. —Steven estaba justo detrás de mí y nuestros soldados, junto con los agentes del SWAT, nos seguían de cerca.

Me aparté para que pudieran derribar la puerta y entré con todas mis fuerzas. Estaba preparado para encontrarme con un ejército de rusos, pero lo único que vi fue a un hombre delgado de mediana edad con mi hija en brazos. Quise dispararle, pero eso haría que la bebé cayera, y Karen seguramente se lastimaría.

—¡Tengan cuidado! —advertí a los demás.

—¿Dónde está ella? —El hombre apuntó a mi hija con un arma.

—¿Ella quién? —pregunté sin comprender.

—La fiscal.

—¿Qué quieres de ella?

—¡Tráiganme a esa puta de mierda!

—¿Por qué no me entregas a la niña y te vas? —Intenté acercarme, pero me apuntó con la pistola.

—¡Aléjate!

—Si lastimas a la niña, terminarás muerto.

—¡Mi vida se acabó, gracias a esa hija de puta!

—¿Por qué?

—Me envió a la cárcel y tuve que pasar allí diez años. Mi mujer ya no me habla y mi hijo ni siquiera me mira a la cara.

—Lo siento. —Steven trató de llamar la atención del tipo—. Seguro que hay una manera de que podamos resolver esto.

—¡No hay nada que resolver! Trae a la fiscal aquí.

—Entrégame a la bebé, y la llamaremos.

—¿Crees que soy idiota? —Apretó aún más la pistola contra la cabeza de mi hija, que empezó a llorar aún más fuerte.

Mi deseo de lanzarme contra él era enorme, pero si lo hacía, le costaría la vida a Karen, así que tuve que controlarme.

—No quieres lastimar a una niña.

—Esa fiscal va a sufrir.

—Llama a Deborah. —dijo Steven, dirigiéndose a uno de nuestros hombres.

—¿Qué? ¡No! —Por mucho que quisiera rescatar a mi hija, no quería poner en peligro a mi mujer.

—Es la única manera —me susurró.

—Tiene que haber otra.

Steven se limitó a negar con la cabeza.



DEBORAH Lennox

Capítulo cincuenta y siete

No tenía ni idea de que el hombre que había secuestrado a mi hija era alguien a quien yo había ayudado a condenar. Donald Brown no era más que un vendedor de comidas hasta que la policía descubrió que distribuía pornografía infantil. Solo de imaginar que aquel cerdo tenía las manos encima de mi hija se me revolvía el estómago de rabia.

No me gustaban los justicieros, pensaba que los bandidos debían ser castigados por los tribunales, pero en ese momento, lo único que quería era que River le metiera una bala en la cabeza a ese imbécil.

Cuando salí del coche, tenía el corazón acelerado y me temblaban las piernas, pero solo quería correr lo más rápido posible y ver a mi hija. Pensé que el estilo de vida de River sería lo que nos pondría en mayor peligro, pero me equivocaba. Ese monstruo había secuestrado a Karen por mi culpa.

Me crucé con unos cuantos soldados de Lansky y agentes del FBI, que siguieron mi mirada mientras bajaba las escaleras hacia el sótano. Hinché el pecho e intenté no llorar cuando vi al tipo que sostenía a mi bebé.

Ni siquiera me molesté en mirar a River o a su hermano, que mantenían sus armas apuntando al tipo.

—Estoy aquí, Donald. —Di un paso hacia él—. Ahora suelta a mi hija.

—Deborah, ten cuidado. —River estaba preocupado.

—Parece que por fin he captado tu atención, ¿eh, putita? —El criminal escupió entre dientes—. Has acabado con mi vida.

—Distribuiste pornografía infantil, Donald.

—Nunca toqué a esos niños.

—Pero promoviste ese mercado.

—Perdí todo gracias a ti...

—Sé que me quieres a mí, así que, por favor, entrégame a mi hija. —Me acerqué aún más y sacó la pistola de Karen para apuntarme.

La bebé no paraba de llorar y lo único que yo quería era poder abrazar a mi hija contra mi pecho.

—Es a mí a quien quieres.

—Acércate, fiscal.

Cumplí su orden y Donald me puso la pistola justo en el centro de la frente, provocándome un sudor frío.

Tomé a mi hija de sus brazos y Karen dejó de llorar.

—River...

—¿Qué quieres de él? —Donald empuñó la pistola con más fuerza y vi toda mi vida pasar ante mis ojos.

—Solo le voy a entregar a nuestra hija —dije temblando.

—¿Crees que soy idiota, maldita hija de puta?

—No, no lo creo. Pero también sé que no quieres hacerle daño a esta niña y lo único que quieres es a mí.

Asintió y River se acercó. Puse a mi hija en brazos de su padre y él se dio la vuelta, utilizando su cuerpo para protegerla mientras se alejaba, lo que me hizo respirar aliviada por unos instantes.

Con mi bebé a salvo, ya no importaba lo que me pasara.

Vi cómo River se la entregaba a su hermano y le pedía que se la llevara a su madre.

—Ahora solo quedamos nosotros. —Mi marido volvió a tomar la pistola y apuntó a la cabeza del hombre que me tenía secuestrada.

—¿Por qué no te vas y dejas ir a mi mujer?

—¿Crees que soy idiota? —Donald parecía aún más irritado y me hizo temer sus reacciones.

—No. No lo creo.

—Hay muchos federales ahí fuera. En cuanto suelte a la fiscal, me pegarán un tiro en la cabeza.

—No tienes que acabar con tu vida así. —Intenté convencerlo de alguna manera de que no era necesario actuar así.

—Mi vida ya estaba acabada desde que te cruzaste en mi camino, fiscal.

—Será mejor que la dejes ir. —River dio un paso hacia Donald y por reflejo apuntó el arma en dirección a mi marido.

—¡Bájala! —gritó Donald—. O le dispararé aquí mismo.

—De acuerdo. —River acabó accediendo y se arrodilló, dejando su arma en el suelo—. Ahora, ¿por qué no bajas tú también la tuya y hablamos más racionalmente?

—¡Vete de aquí!

—No voy a ir a ninguna parte mientras sigas con mi mujer.

—Ella acabó con mi vida.

—Si le haces daño, me aseguraré de que empieces a pensar que la cárcel es Disney.

—¿Es una amenaza? —Donald apretó los dientes ante River.

—Es una certeza.

—¡Te volaré la cabeza, muchacho!

Donald mantenía la pistola apuntando a River, mientras sus dedos me apretaban el cuello de forma asfixiante. Todo sucedió tan rápido que no lograba distinguir qué era real y qué era producto de mi mente. Mi marido se lanzó contra mi captor y logró desarmarlo. El disparo impactó en el techo, haciendo que un poco de polvo y concreto cayera sobre nosotros.

Le solté un golpe en el estómago a Donald, obligándolo a soltarme. El hombre tambaleó y trató de alcanzar el arma que había caído al suelo, pero River fue más rápido, tomó la pistola y la apuntó a su cabeza.

—¿A mi manera o a la tuya? —preguntó River, y no tuve tiempo para responder porque Donald ya se estaba preparando para atacar.

—A la tuya. —Me alejé unos pasos y vi a uno de los agentes junto a varios soldados de la mafia, justo antes de escuchar un disparo, seguido del golpe de un cuerpo al caer.

En otro momento me habría arrepentido de aquella decisión. La ley no alentaba a los justicieros, pero después de que aquel hombre secuestrara a mi hija, no podía pensar con claridad.

—¡Karen! —Salí del sótano desesperada en busca de mi pequeña.

Cuando llegué a la calle, vi la puerta de un coche abierta con unos hombres haciendo guardia y sentada en el asiento trasero estaba mi suegra con mi hija en brazos.

—¡Oh, mi bebé! —Mi corazón latía con fuerza y temblaba tanto que incluso se reflejaba en mi voz.

—Ella está bien. —Nos aseguró la mamá de River—. Tiene hambre, pero está bien.

Quejosa y un poco llorona, Karen frotaba su cabecita contra mi pecho.

—Siéntate aquí. —Fernanda me hizo espacio en el asiento trasero del auto, y yo me acomodé, bajando el escote de mi blusa para que mi hija pudiera amamantar. Sentirla succionar mi leche, como lo hacía desde pequeña, me tranquilizó y al menos hizo que parte de la tensión que me consumía al enterarme de su secuestro se desvaneciera.



Capítulo cincuenta y ocho

—Ese cerdo creía que tenía alguna posibilidad contra nosotros —refunfuñó Steven mientras miraba el cadáver tendido en el suelo.

—Hoy podría haber perdido a mi mujer y a mi hija por culpa de un idiota que apenas sabía sostener un arma —murmuré con una mezcla de furia e indignación.

—Nuestros enemigos pueden venir de cualquier parte, hermano. —Steven me apretó el hombro.

—Todavía no puedo creer que vino tras de Deborah.

—Nadie te dijo que eligieras una esposa complicada. —Se rió.

—Al menos yo la elegí.

—Punto para ti. —Se rió aún más fuerte—. Ahora vámonos de aquí porque todavía nos espera una fiesta y mis hijos deben estar ansiosos por comer un pedazo de pastel.

Asentí y ambos salimos del sótano.

Unos tipos bajaron y envolvieron al hombre que yo había matado en una lona para que pudieran ocuparse del cadáver. Aunque había unos cuantos policías allí, ninguno de ellos me dijo una sola palabra. Puede que Deborah no fuera plenamente consciente de ello, pero los Lansky eran intocables.

En cuanto salí a la calle, la vi con mi madre. Mi mujer estaba dando de comer a nuestra

hija y me apresuré a acercarme a ellas.

—¿Cómo está Karen? —Me apoyé en el coche y me incliné.

—Hambrienta. —Deborah consiguió dedicarme una sonrisa que me hizo sentir más tranquilo ante toda la situación.

—¿Podemos irnos de aquí?

Ella asintió con la cabeza.

Deborah se movió y me acomodé a su lado para cerrar la puerta, dejando que un chofer nos llevara de regreso a la casa de sus padres, donde los invitados de la boda aún nos esperaban.

—¿Esto va a volver a suceder? —Deborah se giró hacia mí con una mirada preocupada mientras el auto avanzaba.

—Mientras dependa de mí, no.

—Eso espero. —Apoyó la cabeza en mi pecho mientras la acariciaba a ella y a nuestra hija.

Siempre las protegería, aunque tuviera que sacrificarme por ello.



Epílogo

Cinco años después...

—Karen, no te olvides de la merienda —le dije a mi hija cuando llegué a la sala buscando mi carpeta con los documentos de los casos.

—¡Está bien, mami! —Vino hacia mí, me dio un beso en la mejilla y luego fue a buscar su mochila.

Kyle soltó una sonora carcajada mientras su padre lo jugaba, sobrevolando al niño de tres años como si fuera un avión. Los niños siempre disfrutaban con eso y nunca parecían cansarse.

River se detuvo a mi lado y nuestro hijo me rodeó el cuello con los brazos, abrazándome, y tuve que dejar la carpeta para cargar con él.

—¿No deberías estar listo para la clase, travieso?

—Ya voy, mamá.

—Pues ponte en marcha. —Volví a ponerlo en el suelo y le di unas palmaditas en la espalda para que echara a correr.

—¿Estás segura de que hoy irás al tribunal? —River puso su mano sobre mi vientre, acariciándolo. Solo tenía tres meses, aún no se notaba, pero él ya estaba ahí, lleno de expectativa.

—Estoy embarazada, no enferma. —Torcí los labios.

—Aún así. Si necesitas algo...

—Tatiana estará allí.

—De acuerdo. —Terminó asintiendo—. Solo quiero que tengas cuidado.

—Como si mi trabajo fuera más peligroso que el tuyo. —Me encogí de hombros.

—La última vez fue un tipo al que enviaste a la cárcel el que vino tras nosotros.

—Eso fue hace mucho tiempo y ya acordé que tus hombres me vigilen por la noche, así como a nuestros hijos.

—Solo quiero que estés bien. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso.

—¡Qué asco! —murmuró Karen y los dos nos echamos a reír.

—¿De verdad tenemos que ir al cumpleaños de tu hermano esta noche? —Se acercó al mostrador para tomar su café.

—¡Claro que sí! Thomas se enfadaría mucho si no apareciéramos.

—De acuerdo. —River torció los labios.

—Tengo que irme. —Me acerqué de nuevo a él—. ¿Quieres dejar a los niños en el colegio?

River asintió.

—Cuídate. —Toqué su rostro, mirándolo a los ojos.

—Tú también, amor.

—Te amo.

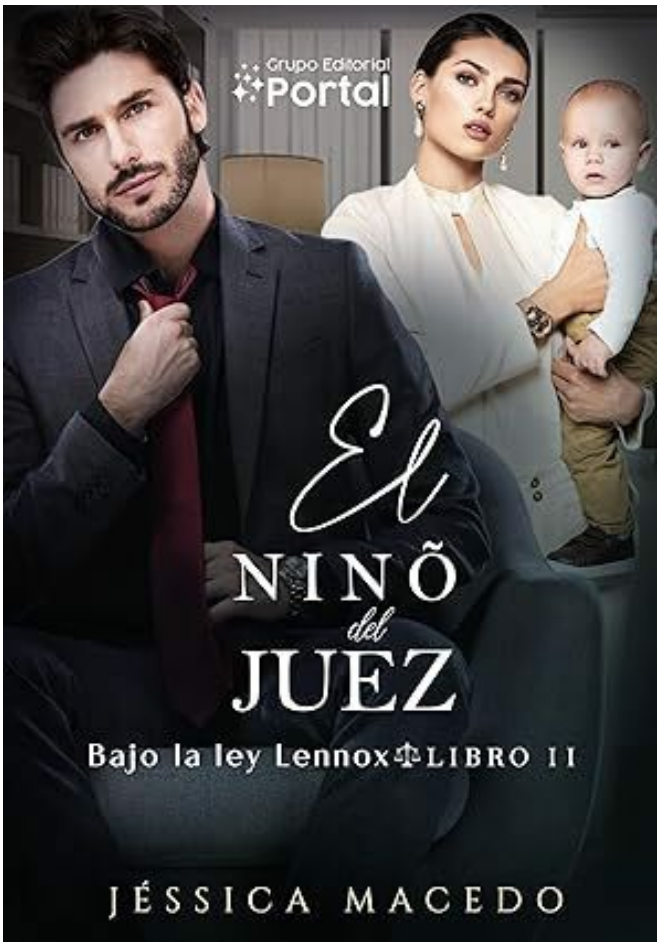
—Yo también te amo, Deborah.

Imaginaba que cuando acepté la propuesta de matrimonio de ese hombre tendría que renunciar a todo y alejarme de la fiscalía, pero encontré la forma de seguir con mi trabajo mientras él navegaba por el submundo de la ciudad. La realidad era que los verdaderos poderosos nunca se acercaban a una sala de tribunales.

Aún podía buscar justicia para algunas personas y River se aseguraba de que nuestros caminos no se cruzarían.

Habíamos encontrado un equilibrio y a su lado, yo era mucho más feliz de lo que jamás imaginé que podría ser.

Lea también:



Enlace: https://amzn.eu/d/e98OHob

Sinopsis:

Un juez sinvergüenza.

Una abogada recién graduada.

Un hijo rechazado que sacude los cimientos de un hombre.

Tyler Lennox procedía de una familia de gran tradición jurídica y llegó a ser un respetado juez. A diferencia de su hermano mayor, llevaba una vida desenfrenada y se divertía con todas las mujeres posibles.

Tatiana Fisher soñaba con convertirse en una gran fiscal y veía a Deborah Lennox como una inspiración. Conseguir un trabajo como pasante con su más grande modelo a seguir era un gran logro, pero eso la puso en el camino del juez, y Tyler no iba a dejar escapar a la joven pasante de su hermana.

Él rechazó la idea del embarazo, convencido de que el bebé no era suyo, pero los sentimientos pueden cambiar al reencontrarla en la sala de audiencias meses después.



Enlace: https://amzn.eu/d/4H4Q2gr

Sinopsis:

Un CEO viudo.

Una maestra de escuela.

Dos niñas gemelas y un plan para tener una mamá.

Tras la muerte de su esposa, Thomas decidió cerrar su corazón para siempre. El director general de Lennox & Associates salió con distintas mujeres solo para satisfacer sus necesidades, pero no estaba dispuesto a tener relaciones profundas. Padre de dos hijas gemelas, guardaba su amor solo para ellas.

Helena Price siempre ha amado a los niños y dedica su vida a enseñarles. Se hizo maestra de guardería infantil y divide su tiempo entre los pequeños alumnos y su anciana abuela, sin pensar en romances.

Las niñas, Anne y Mary, sueñan con tener una mamá y han ideado un plan para unirlos, pero son demasiado ingenuas para entender los misterios del corazón.



Enlace: https://amzn.eu/d/7xvRIQb

Sinopsis:

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.

Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.

Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.

Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



Enlace: https://amzn.eu/d/iNBC5UZ

Sinopsis:

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal



